CARLOS DE SIGÜENZA
Y GÓNGORA

RELACIONES HISTÓRICAS

ncelos

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

NT: 365160 972.02 S52 1992
Adq: 167757, Vol:1, Ej: 9, General
RELACIONES HISTORICAS / CARLOS DE SIGUENZA Y GONGO
SIGUENZA Y GONGORA, CARLOS DE, 1645-1700
Biblioteca Vasconcelos

Cu

Carl
al ig
en u
apre

corresponde de mejor manera al espíritu intelectual que caracterizó al siglo XVIII mexicano. Poeta, periodista, matemático, astrónomo, historiador y geógrafo, puede considerársele como la más alta expresión del erudito barroco de su tiempo y como una de las primeras conciencias que apuntaron al sentimiento histórico de lo mexicano. Entre sus principales obras destacan: *Primavera Indiana* (1668) y *Triunfo parténico* (1683), dentro del género literario; por su parte, la *Libra astronómica y filosófica* es ejemplo de su labor científica.

Para el presente volumen, Manuel Romero de Terreros seleccionó fragmentos de algunas de las narraciones históricas que Sigüenza realizó; aquí podemos encontrar *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), obra que algunos estudiosos han considerado precursora de la novela mexicana; también fragmentos de la *Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento* (1691) y *Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692*.
El prologuista nos presenta, además, una cro
y una bibliografía del autor. En la cuarta
ha sido incluida una nota bibliográfica de
Carlos de Sigüenza y Góngora.

NT: 365160
Adq: 167757
Vol: 1
Ej: 9
General

RELACIONES HISTÓRICAS

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

13

*

CARLOS DE SIGÜENZA
Y GÓNGORA

RELACIONES HISTÓRICAS

Selección, prólogo y notas

MANUEL ROMERO DE TERREROS

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

México 1992

Primera edición: 1940
Segunda edición: 1954
Tercera edición: 1972
Cuarta edición: 1987
Quinta edición: 1992

DR © 1992. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. 04510 México, D. F.

Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-1766-2

PRÓLOGO

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, matemático, historiador, poeta, cosmógrafo y, en opinión de don Marcelino Menéndez y Pelayo, "varón de los más ilustres que ha producido México", nació en la capital del virreinato y fue bautizado el día 20 de agosto de 1645. Su padre, don Carlos de Sigüenza, antiguo preceptor del príncipe don Baltasar Carlos, había llegado a México, cinco años antes, en la comitiva del virrey Duque de Escalona, y contraído matrimonio en 1642 con doña Dionisia de Figueroa, emparentada con don Luis de Góngora, razón por la cual nuestro literato llevó siempre como segundo apellido el del célebre poeta culterano.

De su niñez sólo se sabe que Sigüenza y Góngora recibió cristiana educación y que pronto reveló ser de carácter vivo y a veces impetuoso; antes de cumplir los quince años, se sintió llamado al sacerdocio y, en mayo de 1660, ingresó en el noviciado de los jesuitas, en cuyo colegio de Tepotzotlán hizo sus votos simples a 15 de agosto de 1662. Por motivos que se ignoran y que han dado origen a diversas y encontradas suposiciones, abandonó la Compañía, después de siete años de permanencia en ella; pero seguramente no fue por causa grave, puesto que, a raíz precisamente de haber abandonado la Orden, escribió su Oriental Planeta Evangélico, *poema en honor y alabanza de San Francisco Javier, gloria de la Compañía de Jesús, y conservó siempre pro-*

fundo afecto y respeto a los jesuitas, "sus maestros", al grado de legarles en su testamento su rica biblioteca, su colección de códices y antigüedades mexicanas y sus instrumentos científicos, para el Colegio de San Pedro y San Pablo de la ciudad de México.

Después de su noviciado, había estudiado filosofía y, a los veintidós años, comenzó los cursos teológicos para el sacerdocio en la Real y Pontificia Universidad de México, así como los estudios de matemáticas, a que se mostró siempre tan afecto.

En 1672, al vacar la cátedra de astrología y matemática en la Universidad, por fallecimiento del bachiller don Luis Becerra Tanco, que la poseía, presentó formal oposición a ella y, después de algunos dimes y diretes, triunfó sobre sus dos contrincantes por setenta y cuatro votos contra catorce y siete, respectivamente. El 20 de julio tomó posesión de la cátedra y entró a formar parte del claustro universitario. Cursó, además, durante dicho año y el siguiente, súmulas y lógica y, por fin, recibió las anheladas órdenes sacerdotales.

Cuando el 12 de mayo de 1860 la ciudad de Querétaro celebró de manera solemne la dedicación de la Iglesia de Guadalupe, erigida por la munificencia de don Juan Caballero y Osio, este benefactor convidó a don Carlos para que presenciara el acto, cuyas ceremonias perpetuó el cosmógrafo en un opúsculo que tituló Glorias de Querétaro,* *al que agregó como apéndice su* Primavera Indiana, *poema en honor de la* Virgen de Guadalupe, *que ya había publicado desde 1668.*

Para la entrada pública del vigesimoquinto virrey, conde de Paredes y marqués de la Laguna, el Ayuntamiento de la ciudad de México comisionó a Sigüenza para que dirigiera el arco triunfal que había de erigirse, y don Carlos aprovechó la ocasión para

lucir sus conocimientos, tanto de la historia antigua de México, como de los clásicos latinos. Hizo que el pintor poblano José Rodríguez Carnero pintara, en los tableros del arco, las imágenes de los reyes del antiguo Anáhuac, atribuyéndoles sendas virtudes que habían de ser norma de conducta para el nuevo gobernante. La descripción del monumento, debida también a su pluma, vio la luz pública bajo el título de Teatro de Virtudes Políticas, *en el año de 1680. Contiene la obra (que por cierto es de indigesta y pesada lectura) la curiosa teoría de la filiación directa de los antiguos mexicanos con Neptuno; y también alabanzas a Sor Juana Inés de la Cruz, de quien dice que "en un solo individuo goza México lo que en los siglos anteriores repartieron las gracias a cuantas doctas mujeres son asombro venerable de las historias"; a lo que correspondió la poetisa con el soneto "Dulce canoro Cisne Mexicano" que, según don Francisco Pérez Salazar, revela, o profunda humildad, o finísima sátira y termina con los versos: "Mi entendimiento admira lo que entiendo —Y mi fe reverencia lo que ignoro."*

A fines de 1681 apareció un hermoso cometa que hizo concebir, no solamente al vulgo, sino aun a personas ilustradas, terribles presentimientos de próximos desastres; y para calmar tales temores, don Carlos de Sigüenza y Góngora publicó su Manifiesto Filosófico Contra los Cometas Despojados del Imperio que tenían sobre los Tímidos, *obra que dio origen a una polémica, en que tomaron parte un don José Escobar Salmerón y Castro, doctor en Medicina, don Martín de la Torre, caballero flamenco residente en Campeche, y el célebre jesuita Eusebio Kuhn, o Kino, natural del Tirol, quien de universidades de Europa había llegado a México con renombre de insigne matemático y maestro en varias disciplinas.*

La peregrina teoría de Salmerón, de que el cometa estaba formado de "las exhalaciones de los cuerpos muertos y del sudor humano", ni siquiera la consideró Sigüenza digna de respuesta; pero a la obra que el caballero flamenco denominó Manifiesto Cristiano en favor de los Cometas mantenidos en su natural significación, *contestó Sigüenza con un tratado que ostenta al no menos imponente título de* Belerofonte Matemático contra la Quimera Astrológica de Don Martín de la Torre. *Esta obra no llegó a publicarse, pero según don Sebastián de Guzmán, contenía "cuantos primores y sutilezas gasta la trigonometría en la investigación de los paralexes y refracciones" amén de muchos otros conocimientos y opiniones redactados en los más culteranos términos. Más formidable antagonista resultaba el padre Kino. Dolióle al cosmógrafo mexicano la forma despreciativa de la* Exposición Astronómica del Cometa *que escribió su contrario, a quien había "llevado a su casa, regalado en ella, introducido con sus amigos, comunicado sus observaciones y mostrado y hasta prestado sus cartas geográficas"; pero le contestó don Carlos con su* Libra Astronómica y Filosófica, *en la cual, según parece, derrotó al sabio jesuita tirolense. El resultado fue que la fama de Sigüenza y Góngora traspasó los límites de su patria y llegó no sólo a Europa, sino hasta las más apartadas regiones del Asia.*

*Por los años de 1682, Sigüenza fue nombrado capellán del hospital del Amor de Dios ** y, al mismo tiempo, limosnero del arzobispo de México, don Francisco de Aguiar y Seijas. En dicho hospital, que había de servirle de morada por el resto de su vida, acondicionó su vivienda de manera conveniente; instaló en ella su rica, si no numerosa librería, sus aparatos e instrumentos científicos, sus códices, cartas y mapas. A propósito de su biblioteca debemos men-*

cionar la curiosa costumbre que tenía de marcar en cada libro, dentro de la rúbrica de su apellido, el precio que había pagado por el volumen.

"Hacia fines del siglo XVII, *dice el doctor Leonard, se despertó un tardío interés por la historia del México precortesiano, que yacía en olvido hacía más de un siglo. En este movimiento tomó Sigüenza parte muy prominente y fue probablemente la mayor autoridad de su tiempo en la materia. Llegó a estar versado en las lenguas de los aborígenes e hizo profundo estudio de las antigüedades de los indios, algunas de las cuales coleccionó por sí mismo y otras logró obtener del erudito indio Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de los antiguos reyes de Tezcoco. Como resultado de sus investigaciones arqueológicas, Sigüenza se comprometió a escribir una historia completa del antiguo imperio de los chichimecas, procurando trazar sus migraciones y su desarrollo. Aprovechó sus grandes conocimientos astronómicos para interpretar las fechas de los sucesos de los indios, que descifró de sus monumentos, de acuerdo con el calendario cristiano. Desgraciadamente, la mayoría de estas obras se ha perdido, aunque quedan algunos fragmentos. El viajero italiano Gemelli Carreri, en su libro titulado* Giro del Mondo, *rinde homenaje al gran talento de Sigüenza y hace constar su agradecimiento por noticias que éste le proporcionó."*

Efectivamente, Juan Francisco Gemelli Carreri, quien se ocupa extensamente de nuestro país en el sexto tomo de la relación de su viaje alrededor del mundo, escribe lo siguiente:

"El sábado día 6 (de julio de 1697), fui al hospital del Amor de Dios. Está destinado a la curación de los enfermos de bubas o mal francés, y para ello tiene de renta treinta y seis mil pesos que se pagan

de la real hacienda. Asistía allí con el cargo de rector, don Carlos de Sigüenza y Góngora, profesor público de matemáticas, y como deseaba desde algún tiempo antes conocerme, con motivo de esta visita hicimos una buena amistad. Siendo él muy instruido y afable, pasamos bien el tiempo, tratando de varios asuntos. Después de haberme mostrado muchos escritos y dibujos notables tocantes a las antigüedades de los indios, me dio, al retirarme en la noche, un libro escrito por él, impreso con el título de Libra Astronómica".

Y más adelante relata cómo, días después, volvió a ver a Sigüenza, quien, además de los datos que ya le había proporcionado para los capítulos de su obra relativos a la historia antigua de México, le hizo entrega de las estampas apropiadas para ilustrarla.

Una de las obras más notables de don Carlos de Sigüenza apareció en 1683, bajo el extraño título (como todos los suyos) de Triunfo Parténico en Glorias de María Santísima Inmaculadamente Concebida, *en la que comenta y describe los certámenes convocados por la Universidad para celebrar tan piadoso misterio. Desfilan por sus páginas los más preclaros ingenios de su tiempo, entre ellos Sor Juana Inés de la Cruz; pero lo más importante de la obra es, quizá, la descripción que hace de los adornos que lució la Academia Mexicana, cuya principal galería se colgó de damasco azul, y engalanó con excelentes pinturas. "Eran éstas, dice, no sólo de extranjeros pinceles, por quien tendrán prolija vida los coloridos, sino también de nuestros mexicanos compatriotas, que merecen el ladeárseles como iguales; poco es esto, el colocarse en más supremo lugar como superiores, y no sólo respecto de aquéllos, sino aun de los Zeuxis, Apeles, Parrhasios y Timantes. Porque allí, las perfecciones de Alonso Vázquez le emulaban*

a la naturaleza sus operaciones todas; los colores de Concha y Arrué, con el decoro de sus bien compartidos trazos, apostaban a hacer viviente la pintura con singulares ideas; en la mano de Luis Juárez se hallaba sin imitación la gracia, la hermosura y la suavidad; lo esbelto de los cuerpos, con la disposición de escorzos y descuidados movimientos, se admiraban excedidos en el profundo estudio del franciscano Becerra; la propiedad en la simetría de las partes y en el natural aire de los ropajes regalaban la vista en el pulido artificio del consumado Arteaga; ni faltaba la proporción de todo un cuerpo humano, ejecutada en breve lienzo, ni la inimitable trabajada prolijidad en lo pequeño, ni la valentía última en la expresión y robustez de lo grande del dominicano divino Herrera; ni la viveza diestra en pintar las humanas carnes, añadir belleza a la hermosura en la distribución de los colores y hacer verdad la ficción a esfuerzos del dibujo, en las tres líneas, o caracteres con que mutuamente diversos, aún más que por el tiempo, se dieron a conocer los tres Echaves; como tampoco dejaron de ocupar su lugar y las atenciones, los ingenios de Daza y Angulo, cuyos países no tienen oposición sino hasta que se ponga a pintar la naturaleza."

He aquí un resumen de la pintura virreinal del siglo XVII.

Si el Paraíso Occidental Plantado y Cultivado por la Liberal Benéfica Mano de los Muy Católicos y Poderosos Reyes de España *constituye la obra más voluminosa de Sigüenza y Góngora, la más rara, puesto que solamente se conoce en fragmentos, es la* Piedad Heroica de don Fernando Cortés, Marqués del Valle, en el Hospital de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora. *La primera es la crónica del Real Convento de Jesús María, sazonada con*

sabrosos comentarios e ingenuas biografías de las monjas más célebres del cenobio, y contiene una curiosa invectiva contra el pulque; en cuanto a la segunda, es lástima grande que no se haya conservado en su totalidad, porque, a juzgar por lo que de ella queda, debió contener noticias históricas del mayor interés, no solamente acerca del Hospital de Jesús, sino también de importantes sucesos e insignes personajes mexicanos.

De los virreyes que gobernaron la Nueva España durante la vida de Sigüenza y Góngora, ninguno mereció su afecto como don Gaspar de Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, quien supo estimar su valer e impartirle siempre su más decidida protección, a la que correspondió el cosmógrafo con tales muestras de agradecimiento en sus obras, que a veces rayan en mal disimulada adulación. Durante el gobierno del de Galve, se desarrolló un sistemático plan para defender el territorio americano de las incursiones de los franceses, para cuyo fin se fortificaron los puertos, se practicaron reconocimientos geográficos y se fundaron avanzadas colonias militares. Para casi todas estas obras solicitó el virrey la colaboración científica de Sigüenza y Góngora, quien de buena gana puso a contribución sus conocimientos históricos y geográficos del territorio de la Nueva España y mares y regiones adyacentes. Comprendiendo la importancia del puerto de Panzacola, en el seno mexicano, redactó un memorial, en compañía de su amigo el capitán don Andrés de Pez, que interesó tanto a las autoridades de la metrópoli, que seis años más tarde, en 1692, mandaron practicar un reconocimiento de aquella bahía, y lo encomendaron al ya almirante Pez y al propio don Carlos. Partió la expedición a principios del año siguiente, en la fragata "Nuestra Señora de Guadalu-

pe", que zarpó de Veracruz, llevando a bordo a Sigüenza y Góngora, Pez y otros marinos expertos, todos los cuales supieron aprovechar los pocos meses que navegaron en el golfo para llevar a cabo importantes investigaciones. Don Carlos levantó el plano de la bahía y formó un interesante diario del viaje. En el informe que presentó al virrey, el 15 de mayo, dice textualmente: "No quedó piel de nutria, castor, gato montés, venado, cíbola; piedra bézar de las que hallamos en los lugares en que estaban los Indios; granos de maíz, pepitas de calabaza, plumas de pájaros, hojas de árboles, raíces de yerbas, pellas de barro, piedras, arena, lana hilada, conchas, caracoles, castaños, bellotas, nueces, que no trajera conmigo para presentárselas al Excelentísimo Señor Conde de Galve, para prueba de mi cuidado." La bahía de Panzacola recibió el nombre de Santa María de Galve, en honor del gobernante, y la punta de tierra que la forma, el de Sigüenza, en honor del cosmógrafo.

La curiosa relación que escribió don Carlos de los infortunios padecidos por Alonso Ramírez (que algunos consideran precursora de la novela mexicana) apareció en 1690, y en el año siguiente, por mandato del virrey, publicó Sigüenza su folleto Mercurio Volante, *referente a los sucesos de la reconquista del Nuevo México, llevada a cabo por don Diego de Vargas Zapata y Luján; y para halagar al de Galve, que ordenara la expedición, narró los hechos ejecutados por los lanceros de la isla de Santo Domingo en contra de los franceses, en dos opúsculos: el que aquí se reproduce, y otro algo más extenso que intituló* Trofeo de la Justicia Española en el Castigo de la Alevosía Francesa. *Por esta misma época escribió también su* Fénix de Occidente, *que no llegó a darse*

a la estampa, en que intentó identificar a Quetzalcóatl nada menos que con el apóstol Santo Tomás.

En 1692 ocurrieron varios sucesos que impresionaron grandemente a Sigüenza. De ellos el más trascendental fue el motín que ocurrió en México, a consecuencia de la carestía del maíz, y que, con todos sus antecedentes y pormenores, describió nuestro cosmógrafo en extensa carta relación que dirigió a su amigo el almirante Pez con fecha 30 de agosto. Esta carta permaneció inédita hasta el año de 1932, en que, sirviéndose de una copia manuscrita, la publicó el doctor Irving A. Leonard, de la Universidad de California, en nuestro Museo Nacional. Hoy la reproducimos casi en su totalidad.

En medio del imponente tumulto, Sigüenza fue autor de una hazaña, que él apenas esboza en su relación, pero que no debe quedar callada. "La voz de que se quemaban las Casas de Cabildo, dice un autor, llegó al retiro de don Carlos de Sigüenza y Góngora, y este literato, honor de México, excitado del amor de las letras y de la patria, considerando que en un momento iban a ser consumidos por las llamas los monumentos más preciosos de la historia antigua y moderna de los mexicanos, que se conservaban en aquel archivo, con sus amigos y alguna gente moza y denodada, a quien dio cantidad de dinero, partió para la plaza; y viendo que por las piezas bajas no era dable subir al archivo, pues el fuego las había ocupado, puestas escaleras y forzadas las ventanas, aquellos hombres intrépidos penetraron a las piezas, y aunque el fuego se propagaba en ellas, en medio de las llamas, asiendo de aquí y de allí los códices y libros capitulares, los lanzaban a la plaza, en cuyo ministerio tan arriesgado continuaron hasta que no dejaron monumento de los que no habían sido devorados por el fuego."

En medio de sus estudios y aficiones, no descuidaba don Carlos sus deberes como capellán del hospital del Amor de Dios y como limosnero del arzobispo; por cierto que, en una ocasión, el señor Aguiar y Seijas endilgó una reprensión que Sigüenza no consideró merecer y contestó al prelado altivamente, con lo cual éste, con la muleta que traía, le quebró los anteojos y le bañó el rostro de sangre; pero este incidente fue nube pasajera que no empañó la amistad y respeto que mutuamente se tenían.

El 16 de octubre, solicitó don Carlos su jubilación en la cátedra de Astrología que había servido durante veinte años, pero no le fue otorgada sino hasta el 25 de diciembre de 1696.

Para que no se posesionaran los franceses de algunos puertos del seno mexicano, ordenó el rey, por conducto del Consejo de Indias, que se siguieran las indicaciones de Sigüenza y se poblara la bahía de Panzacola, para lo cual se comisionaba al almirante Arriola. Pero al volver éste de un corto viaje de inspección, declaró que lo asentado por don Carlos en su informe era inexacto, y criticó severamente las medidas que el cosmógrafo había aconsejado; pedía, por lo tanto, Arriola, que lo acompañase Sigüenza en un nuevo viaje, para ver a quién asistía la razón. Accedió el virrey, que era entonces el conde de Moctezuma, y el 27 de abril de 1699 ordenó a don Carlos que se embarcara en el nuevo viaje de exploración. Contestó el cosmógrafo, a 9 del mes siguiente, con un largo memorial, en que destruyó punto por punto los argumentos del almirante; pero no eludió el reto, a pesar de la grave enfermedad de la vejiga que venía padeciendo y que le producía agudísimos dolores. Puso, sin embargo, ciertas condiciones, como la de que se le llevara en silla de manos hasta Veracruz; que le acompañara cirujano de

su confianza; y que había de ir en barco distinto del del almirante, para impedir que "él a mí, o yo a él lo bote al mar". Exigía, además, que se le ministraran como viáticos cuatro mil pesos y que su contrario depositara tres mil, para el caso de que el cosmógrafo tuviera razón. Si éste no la tenía, entonces consentía en que Arriola dispusiese de su querida biblioteca que estimaba en suma parecida.

Su contestación puso fin al incidente y ya no se le volvió a molestar más. Seguramente, se tuvo también en consideración el estado angustioso de su salud, que cada día declinaba y agoraba un fin próximo. El 9 de agosto de 1700, don Carlos de Sigüenza y Góngora otorgó, ante Gabriel de Mendieta Rebollo, un largo y minucioso testamento, en el que instituyó por principal heredero de su hacienda, que consistía en su mayor parte, en libros, manuscritos, pinturas e instrumentos científicos, al Colegio de San Pedro y San Pablo que regían los jesuitas en la ciudad de México; y en una de cuyas cláusulas dispuso que se hiciera la autopsia de su cadáver, para que los médicos conocieran la causa de su muerte y les sirviera de útil enseñanza. Trece días después, a la media noche, pasó a mejor vida quien, según Menéndez y Pelayo, "bastaba para honrar a una Universidad y a un país".

Para morir había reingresado en la Compañía de Jesús y, de acuerdo con su última voluntad, fue inhumado su cadáver en la Capilla de la Purísima, del expresado Colegio de San Pedro y San Pablo, después de haberle hecho los padres jesuitas solemnísimas honras fúnebres.

En el prólogo de su Paraíso Occidental, *critica don Carlos de Sigüenza y Góngora la moda literaria de su tiempo en los siguientes términos: "Por lo que toca al estilo, gasto en este libro el que gasto siempre: esto*

es, el mismo que observo cuando converso, cuando escribo, cuando predico; así porque quizás no pudiera ejecutar lo contrario si lo intentase, como por saber haber perdido algunos tratados, por su lenguaje horroroso y nimio, lo que merecerían de aplauso por su asunto heroico." Pero Sigüenza veía la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio; y adoleció, en todos sus versos y en casi toda su prosa, de los mismos defectos que criticaba, empezando por los larguísimos e intrincados títulos de sus producciones. Sin embargo, hay que reconocer que algunas páginas de la crónica citada parecen exhalar un como lejano perfume de las Florecillas de San Francisco de Asís. En su reseña biográfica de la Madre de la Cruz, se lee lo siguiente: "Venían (a su celda), unas tras otras, innumerables tropas de pajarillos y, formando entre las flores de las macetas, una breve idea del terrenal paraíso, la entretenían continuamente con su no aprendida y armoniosa música; ayudábales la Venerable Madre con cánticos de alabanza, que al mismo tiempo le entonaba su espíritu al Autor de todo, y esto duraba hasta que, mandándoles se fuesen y la dejasen sola, lo ejecutaban al instante con singular obediencia."

En cuanto a la obra poética de Sigüenza y Góngora, no nos incumbe juzgarla, ni es este lugar para ello; de trasnochado gongorismo la califican algunos, pero quizás sea demasiado dura la frase de Menéndez y Pelayo cuando dice que "algunas muestras quitan las ganas de leer lo demás".

Dada la índole de esta Biblioteca, al reproducir las narraciones históricas que se ofrecen hoy a los estudiantes, no hemos vacilado en adoptar la ortografía moderna, modificar un tanto la puntuación

y corregir, en la relación del motín, algunos evidentes errores del amanuense, pero sin lograr aclarar del todo varios pasajes que permanecen, a nuestro parecer, confusamente redactados.

MANUEL ROMERO DE TERREROS

CRONOLOGÍA

1645. Nace en México don Carlos de Sigüenza y Góngora y es bautizado el 20 de agosto.

1660. Ingresa al noviciado de la Compañía de Jesús.

1662. 15 de agosto. Hace votos simples en el Colegio de Tepotzotlán.

1662. Publica su *Primavera Indiana.*

1667. Abandona la Compañía de Jesús.
Comienza sus cursos de Teología para el sacerdocio, en la Real y Pontificia Universidad de México.

1668. Segunda impresión de la *Primavera Indiana.*

1672. 20 de julio, toma posesión de la cátedra de Astrología y Matemáticas, en la Universidad.

1673. Se ordena sacerdote.

1675. Publica un *Lunario.*

1680. Publica sus *Glorias de Querétaro* y su *Teatro de Virtudes Políticas.*

1681. Publica otro *Lunario.*
Aparece el famoso cometa.
Publica su *Manifiesto filosófico contra los cometas.*
Don Martín de la Torre publica su *Manifiesto Cristiano en favor de los cometas.*
Contesta Sigüenza con su *Belerofonte matemático.*
El padre Kino publica su *Exposición astronómica del cometa.*

1682. Es nombrado capellán del hospital del Amor de Dios y limosnero del arzobispo Aguiar y Seijas.

1683. Tercera impresión de la *Primavera Indiana.*
Publica su *Triunfo Parténico.*

1684. Publica su *Paraíso Occidental.*

1688. Toma posesión del gobierno el trigésimo virrey de la Nueva España, don Gaspar de Sandoval, Silva y Mendoza, conde de Galve, protector de Sigüenza.

1689. Publica su *Piedad Heroica de don Fernando Cortés.*

1690. Publica su *Infortunios de Alonso Ramírez.*

1691. Publica su *Libra astronómica y filosófica.*
Publica su *Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento.*
Publica su *Trofeo de la Justicia Española.*

1692. Motín en México. Salva los libros del Cabildo, del incendio que provocó la plebe en las casas consistoriales.
30 de agosto. Dirige al almirante Pez una carta relación de estos sucesos.
16 de octubre. Solicita su jubilación en la cátedra de Astrología.

1693. Parte con el almirante Pez a reconocer la Bahía de Panzacola y, el 15 de mayo, rinde el informe correspondiente al virrey Conde de Galve.
Publica su *Mercurio Volante.*

1697. 6 de julio. Recibe la visita del viajero italiano Gemelli Carreri. 25 de diciembre. Se le concede la jubilación que solicitó.

1700. Publica su *Oriental Planeta Evangélico.*
9 de agosto. Otorga su testamento.
22 de agosto. Muere, después de reingresar en la Compañía de Jesús; y es sepultado en la Capilla de la Purísima del Colegio de San Pedro y San Pablo.

BIBLIOGRAFÍA SUCINTA

Primavera Indiana. Poema sacrohistórico idea de María Santissima de Guadalupe, copiada de Flores, Escrivelo D. Carlos de Sigüenza y Góngora... En México por la Viuda de Bernardo Calderón. Año de 1668. 8º

Glorias de Querétaro en la Nueva Congregación Eclesiastica de María Santissima de Guadalupe, con que se ilustra; y en el sumptuoso Templo, que dedicó a su obsequio D. Juan Cavallero, y Ocio, Presbytero, Comissario de Corte del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Escrívelas D. Carlos de Sigüenza y Góngora, Natural de México, Cathedrático propietario de Mathematicas en la Real Universidad de esta Corte. (Pegaso). En México: Por la Viuda de Bernardo Calderón. M. DC. LXXX.

Teatro de virtudes políticas que constituyen a un Príncipe: Advertidas en los monarcas antiguos del Mexicano Imperio, con cuyas efigies se hermoseó el Arco Triunfal, que la muy noble, Imperial Ciudad de México erigió para el digno recibimiento en ella, del Exmo. Sr. Virrey Conde de Paredes, marqués de la Laguna, etcétera. Ideólo entonces, y ahora lo describe Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Cathedrático propietario de Matemáticas en su Real Universidad. En México: Por la Viuda de Bernardo Calderón. M. DC. LXXX.

Triumpho Parthenico que en Glorias de María Santissima immaculadamente concebida, celebró la Pontificia, Imperial, y Regia Academia Mexicana en el biennio, que como su Rector la governo el Doctor Don Juan de Narvaez, Tesorero General de la Santa Cruzada en el Arzobispado de México, y al presente Cathe-

dratico de Prima de Sagrada Escritura. Descríbelo Don Carlos de Sigüenza, y Góngora, Mexicano, y en ella Cathedrático propietario de Mathemáticas. (Pegaso). En México: Por Juan de Ribera en el Empedradillo. M. DC. LXXX. III.

Parayso Occidental, Plantado y Cultivado por la liberal benéfica mano de los muy Catholicos, y poderosos Reyes de España Nuestros Señores en su magnífico Real Convento de Jesús María de México; De cuya Fundación y Progresos, y de las prodigiosas maravillas, y virtudes, con que exalando olor suave de perfección, florecieron en su clausura la V. M. Marina de la Cruz y otras exemplarissimas Religiosas. Da Noticia en este Volumen Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Presbytero Mexicano. (Pegaso). Con licencia de los Superiores. En México: por Juan de Ribera, Impressor, y Mercader de libros. Año de M. DC. LXXX. IIIj.

Libra Astronomica y Philosophica en que D. Carlos de Sigüenza y Góngora, Cosmographo, y Mathematico Regio en la Academia Mexicana examina no sólo lo que a su Manifiesto Philosophico Contra los Cometas opuso el R. P. Eusebio Francisco Kino de la Compañía de Jesús sino lo que el mismo R. P. opino, y pretendió haver demostrado en su Exposición Astronomica del Cometa del año de 1681. Sácala a luz D. Sebastian de Guzman y Cordova Fator, Veedor, Proveedor, Juez oficial de la Real Hazienda de su Magestad en la Caxa desta Corte. En México: por Calderón, 1691.

Piedad Heroica de D. Fernando Cortés, Marqués del Valle. En el Hospital de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora del Patronato del Marqués del Valle, el más antiguo de México.

Relación De Lo Svcedido a La Armada De Barlovento a fines del año passado, y principios de este de 1691. Victoria Que contra los Franceses, que ocupan la Costa del norte de la Isla de Santo Domingo tuvieron, con el ayuda de dicha Armada los Lanzeros, y milicia Española de aquella Isla, abrasando el Puerto de Guarico, y otras Poblaciones. Debido todo al

influxo, y providentissimos ordenes del Excelentissimo Señor D. Gaspar de Sandoval, Cerda, Silva, y Mendoza, Conde de Galve, & meritissimo Virrey. Governador, y Capitan General de esta Nueva-España. (Pegaso). Con licencia de los Superiores en México por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón año de 1691.

Trofeo de la Justicia Española en el Castigo de la Alevosía Francesa que Al Abrigo de la Armada de Barlovento, executaron los Lanzeros de la Isla de Santo Domingo, en los que de aquella nación ocupan sus costas. Debido todo a providentes ordenes del Exmo. Señor D. Gaspar de Sandoval Cerda Silva y Mendoza, Conde de Galve, Virrey de la Nueva-España. Escribelo D. Carlos de Sigüenza, y Góngora, Cosmographo, y Cathedratico de Mathematicas del Rey N. S. en la Academia Mexicana. (Pegaso). En México por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón. Año de M. DC. XCI.

Infortunios que Alonso Ramírez natural de la Ciudad de S. Juan de Pverto Rico padecio assi en poder de Ingleses Piratas que lo apresaron en las Islas Philipinas como navegando por si solo y sin derrota, hasta varar en la Costa de Iucatan: Consiguiendo por este medio dar vuelta al Mundo. Descrivelos D. Carlos de Sigüenza, y Góngora Cosmographo, y Cathedratico de Mathematicas del Rey N. Señor en la Academia Mexicana. (Pegaso). Con licencia en México por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón: en la calle de S. Agustín. Año de 1690.

Mercurio Volante con la Noticia de la recuperación de las provincias del Nuevo México conseguida por D. Diego de Vargas, Zapata, y Luxan Ponze de León, Governador y Capitán General de aquel Reyno. Escriviola por especial orden de el Excelentissimo Señor Conde de Galve Virrey Governador, y Capitan General de la Nueva España &c. D. Carlos de Sigüenza, y Góngora, Cosmographo mayor de su Magestad en estos Reynos, y Cathedratico Iubilado de Mathematicas en la Aca-

demia Mexicana. (Pegaso). Con licencia en México: en la Imprenta de Antuerpia de los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón, año de 1693.

Oriental Planeta Evangélica Epopeya sacro-panegyrica Al Apostol Grande de las Indias S. Francisco Xavier, Escriviola El Dr. D. Carlos de Sigüenza, y Góngora: Cosmographo del Rey N. Señor, Cathedratico Jubilado de las sciencias Mathematicas, y Contador de esta Real Universidad, Examinador General de Artilleros y Gente de Mar, Capellan proprietario del Hospital del Amor de Dios, Ministro del Tribunal del Santo Oficio, y su Corrector General de libros. Diólo a la Estampa D. Gabriel López de Sigüenza al Señor canónigo de la Santa Iglesia Cathedral de esta Ciudad, Juez Provisor y Vicario General de este Arcobispado. Con licencia de los Superiores. En México por Doña María de Benavides. Año de 1700.

Para los demás escritos de nuestro autor, nos remitimos al excelente *Ensayo Bibliográfico de Sigüenza y Góngora,* de Irving A. Leonard, que publicó la Secretaría de Relaciones Exteriores en 1929.

OBRAS CONSULTADAS

Colección de libros raros y curiosos que tratan de América. Tomo XX, Madrid, 1902.

FRANCISCO PÉREZ DE SALAZAR. *Biografía de D. Carlos de Sigüenza y Góngora, seguida de varios documentos inéditos.* México, 1928.

IRVING A. LEONARD. *Ensayo bibliográfico de Sigüenza y Góngora.* México, 1929.

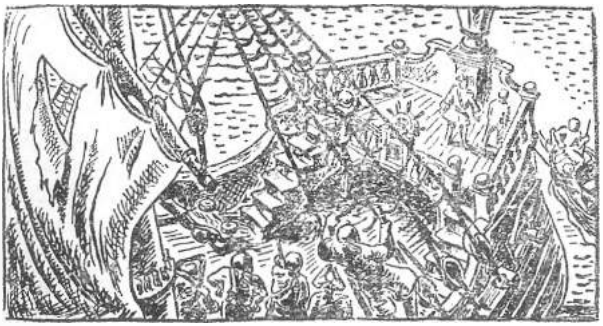
———. *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. A Mexican Savant of the Seventeenth Century.* University of California, 1929.

Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692. Relación de don Carlos de Sigüenza y Góngora, en una carta dirigida al Almirante don Andrés de Pez... Edición anotada por Irving A. Leonard. México, 1932.

JUAN FRANCISCO GEMELLI CARRERI. *Las cosas más considerables vistas en la Nueva España.* México, 1946.

INFORTUNIOS DE ALONSO RAMÍREZ

Infortunios que Alonso Ramírez natural de la Ciudad de S. Juan de Puerto Rico padecio assi en poder de Ingleses Piratas que lo apresaron en las Islas Philipinas como navegando por sí solo y sin derrota, hasta varar en la Costa de Iucatan: Consiguiendo por este medio dar la vuelta al Mundo. Descrivelos D. Carlos de Sigüenza y Góngora Cosmographo, y Cathedratico de Mathematicas del Rey N. Señor en la Academia Mexicana. Con licencia en México por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderon; en la calle de S. Agustín. Año de 1690.



I

Motivos que tuvo para salir de su patria. Ocupaciones y viajes que hizo por la Nueva España; su asistencia en México hasta pasar a las Filipinas.

Quiero que se entretenga el curioso que esto leyere por algunas horas, con las noticias de lo que a mí me causó tribulaciones de muerte por muchos años, y aunque de sucesos que sólo subsistieron en la idea de quien los finge, se suelen deducir máximas y aforismos que, entre lo deleitable de la narración que entretiene, cultiven la razón de quien en ello se ocupa, no será esto lo que yo aquí intente, sino solicitar lástimas que, aunque posteriores a mis trabajos, harán por lo menos tolerable su memoria, trayéndolas a compañía de las que me tenía a mí mismo cuando me aquejaban. No por esto estoy tan de parte de mi dolor, que quiera incurrir en la fea nota de pusilánime y así, omitiendo menudencias que a otros menos atribulados que yo lo estuve, pudieran dar asunto de muchas quejas, diré lo primero que

me ocurriere por ser en la serie de mis sucesos lo más notable.

Es mi nombre Alonso Ramírez y mi patria la ciudad de San José de Puerto Rico, cabeza de la isla, que en los tiempos de ahora con este nombre, y con el de *Borriquen* en la antigüedad, entre el seno mexicano y el mar Atlántico divide términos. Hácenla célebre los refrescos que hallan en su deleitosa aguada cuantos desde la antigua navegan sedientos a la Nueva España; la hermosura de su bahía; lo incontrastable del Morro que la defiende; las cortinas y baluartes coronados de artillería que la aseguran. Sirviendo, aún no tanto esto, que en otras partes de las Indias también se halla, cuanto el espíritu que a sus hijos les reparte el genio de aquella tierra sin escasez, a tenerla privilegiada de las hostilidades de corsantes.

Empeño es éste en que pone a sus naturales su pundonor y fidelidad sin otro motivo, cuando es cierto que la riqueza que le dio nombre, por los veneros de oro que en ella se hallan, hoy, por falta de sus originarios habitadores que los trabajen y por la vehemencia con que los huracanes procelosos rozaron los árboles de cacao que, a falta de oro, provisionaban de lo necesario a los que lo traficaban, y por el consiguiente al resto de los isleños se transformó en pobreza.

Entre los que ésta había tomado muy a su cargo fueron mis padres, y así era fuerza que hubiera sido, porque no lo merecían sus procederes; pero ya es pensión de las Indias el que así sea. Llamóse mi padre Lucas de Villanueva, y aunque ignoro el lugar de su nacimiento, cónstame, porque varias veces se le oía, que era andaluz, y sé muy bien haber nacido mi madre en la misma ciudad de Puerto Rico, y es su nombre Ana Ramírez, a cuya cristiandad le debí

en mi niñez lo que los pobres sólo le pueden dar a sus hijos, que son consejos para inclinarlos a la virtud.

Era mi padre carpintero de ribera, e impúsome (en cuanto permitía la edad) al propio ejercicio, pero, reconociendo no ser continua la fábrica y temiéndome no vivir siempre, por esta causa, con las incomodidades que, aunque muchacho, me hacían fuerza, determiné hurtarle el cuerpo a mi misma patria para buscar en las ajenas más conveniencia.

Valíme de la ocasión que me ofreció para esto una urqueta del capitán Juan del Corcho, que salía de aquel puerto para el de La Habana, en que, corriendo el año de 1675, y siendo menos de trece los de mi edad, me recibieron por paje. No me pareció trabajosa la ocupación, considerándome en libertad y sin la pensión de cortar madera; pero confieso que, tal vez presagiando lo porvenir, dudaba si podría prometerme algo que fuese bueno, habiéndome valido de un corcho para principiar mi fortuna. Mas, ¿quién podrá negarme que dudé bien, advirtiendo consiguientes mis sucesos a aquel principio? Del puerto de La Habana (célebre entre cuantos gozan las Islas Barlovento, así por las conveniencias que le debió a la naturaleza que así lo hizo, como por las fortalezas con que el arte y el desvelo lo ha asegurado), pasamos al de San Juan de Ulúa en la tierra firme de Nueva España, de donde, apartándome de mi patrón, subí a la ciudad de la Puebla de los Ángeles, habiendo pasado no pocas incomodidades en el camino, así por la aspereza de las veredas que desde Jalapa corren hasta Perote, como también por los fríos que, por no experimentados hasta allí, me parecieron intensos. Dicen los que la habitan ser aquella ciudad inmediata a México en la amplitud que coge, en el desembarazo de sus calles, en la magnificencia de sus templos y en cuantas otras

cosas hay que la asemejan a aquélla; y ofreciéndoseme (por no haber visto hasta entonces otra mayor) que en ciudad tan grande me sería muy fácil el conseguir conveniencia grande, determiné, sin más discurso que éste, el quedarme en ella, aplicándome a servir a un carpintero para granjear el sustento, en el ínterin que se me ofrecía otro modo para ser rico.

En la demora de seis meses que allí perdí, experimenté mayor hambre que en Puerto Rico y, abominando la resolución indiscreta de abandonar mi patria por tierra a donde no siempre se da acogida a la liberalidad generosa, haciendo mayor el número de unos arrieros, sin considerable trabajo me puse en México.

Lástima es grande el que no corran por el mundo, grabadas a punta de diamante en láminas de oro, las grandezas magníficas de tan soberbia ciudad. Borróse de mi memoria lo que de la Puebla aprendí como grande, desde que pisé la calzada, en que por la parte de mediodía (a pesar de la gran laguna sobre que está fundada) se franquea a los forasteros. Y siendo uno de los primeros elogios de esta metrópoli la magnanimidad de los que la habitan, a que ayuda la abundancia de cuanto se necesita para pasar la vida con descanso que en ella se halla, atribuyo a fatalidad de mi estrella haber sido necesario ejercitar mi oficio para sustentarme. Ocupóme Cristóbal de Medina, maestro de alarife y de arquitectura, con competente salario en obras que le ocurrían, y se gastaría en ello cosa de un año.

El motivo que tuve para salir de México a la ciudad de Oaxaca, fue la noticia de que asistía en ella, con el título y ejercicio honroso de regidor, don Luis Ramírez, en quien, por parentesco que con mi madre tiene, afiancé, ya que no ascensos desproporcionados a los fundamentos tales cuales en que estribaran,

por lo menos alguna mano para subir un poco; pero conseguí, después de un viaje de ochenta leguas, el que, negándome con muy malas palabras el parentesco, tuviese necesidad de valerme de los extraños por no poder sufrir despegos, sensibilísimos por no esperados, y así me apliqué a servir a un mercader trajinante que se llamaba Juan López. Ocupábase éste en permutar con los indios mixes, chontales y cuicatecas, por géneros de Castilla que les faltaban, los que son propios de aquella tierra, y se reducen a algodón, mantas, vainillas, cacao y grana. Lo que se experimenta en la fragosidad de la sierra, que para conseguir esto se atraviesa y huella continuamente, no es otra cosa sino repetidos sustos de derrumbarse por lo acantilado de las veredas, profundidad horrorosa de las barrancas, aguas continuas, atolladeros penosos, a que se añaden, en los pequeños calidísimos valles que allí se hacen, muchos mosquitos, y en cualquier parte, sabandijas abominables a todo viviente por su mortal veneno.

Con todo esto atropella la gana de enriquecer y todo esto experimenté acompañando a mi amo, persuadido a que sería a medida del trabajo la recompensa. Hicimos viaje a Chiapa de Indios, y de allí a diferentes lugares de las provincias de Soconusco y de Guatemala, pero, siendo pensión de los sucesos humanos interpolarse con el día alegre de la prosperidad la noche pesada y triste del sinsabor, estando de vuelta para Oaxaca, enfermóse mi amo en el pueblo de Talistaca, con tanto extremo, que se le administraron los Sacramentos para morir.

Sentía yo su trabajo y en igual contrapeso sentía el mío, gastando el tiempo en idear ocupaciones en que pasar la vida con más descanso; pero con la mejoría de Juan López, se sosegó mi borrasca a que se siguió tranquilidad, aunque momentánea, supues-

to que, en el siguiente viaje, sin que le valiese remedio alguno, acometiéndole el mismo achaque en el pueblo de Cuicatlán, le faltó la vida.

Cobré de sus herederos lo que quisieron darme por mi asistencia, y, despechado de mí mesmo y de mi fortuna, me volví a México y, queriendo entrar en aquesta ciudad con algunos reales, intenté trabajar en la Puebla para conseguirlos, pero no hallé acogida en maestro alguno, y, temiéndome de lo que experimenté de hambre cuando allí estuve, aceleré mi viaje.

Debíle a la aplicación que tuve al trabajo, cuando le asistí al maestro Cristóbal de Medina por el discurso de un año, y a la que volvieron a ver en mí cuantos me conocían, el que tratasen de avecindarme en México y conseguílo mediante el matrimonio que contraje con Francisca Xavier, doncella, huérfana de doña María de Poblete, hermana del Venerable señor doctor don Juan de Poblete, Deán de la iglesia metropolitana, quien, renunciando la mitra arzobispal de Manila por morir como Fénix en su patrio nido, vivió para ejemplar de cuantos aspiren a eternizar su memoria con la rectitud de sus procederes.

Sé muy bien que expresar su nombre es compendiar cuanto puede hallarse en la mayor nobleza y en la más sobresaliente virtud, y así callo, aunque con repugnancia, por no ser largo en mi narración, cuanto me está sugiriendo la gratitud.

Hallé en mi esposa mucha virtud y merecíle en mi asistencia cariñoso amor, pero fue esta dicha como soñada, teniendo solos once meses de duración, supuesto que en el primer parto le faltó la vida. Quedé casi sin ella a tan no esperado y sensible golpe y para errarlo todo, me volví a la Puebla.

Acomodéme por oficial de Esteban Gutiérrez, maestro de carpintero, y sustentándose el tal mi maestro con escasez, ¿cómo lo pasaría el pobre de su oficial?

Desesperé entonces de poder ser algo, y hallándome en el tribunal de mi propia conciencia no sólo acusado, sino convencido de inútil, quise darme por pena de este delito la que se da en México a los que son delincuentes, que es enviarlos desterrados a las Filipinas. Pasé, pues, a ellas en el galeón Santa Rosa, que (a cargo del general Antonio Nieto y de quien el Almirante Leandro Coello era piloto) salió del puerto de Acapulco para el de Cavite el año de 1682.

Está este puerto en altura de 16 grados 40 minutos a la banda del Septentrión, y cuanto tiene de hermoso y seguro para las naos que en él se encierran, tiene de desacomodado y penoso para los que lo habitan, que son muy pocos, así por su mal temple y esterilidad del paraje, como por falta de agua dulce y aun del sustento, que siempre se le conduce de la comarca, y añadiéndose lo que se experimenta de calores intolerables, barrancas y precipicios por el camino, todo ello estimula a solicitar la salida del puerto.

II

Sale de Acapulco para Filipinas; dícese la derrota de este viaje y en lo que gastó el tiempo, hasta que lo apresaron ingleses

Hácese esta salida con la virazón por el oesnoroeste o noroeste, que entonces entra allí como a las once del día; pero siendo más ordinaria por el sud-

oeste y saliéndose al sur y sursudoeste, es necesario para excusar bordos esperar a las tres de la tarde, porque, pasado el sol del meridiano, alarga el viento para el oesnoroeste y noroeste, y se consigue la salida sin barloventear.

Navégase desde allí la vuelta del sur con las virazones de arriba (sin reparar mucho en que se varíen las cuartas o se aparten algo del meridiano) hasta ponerse en 12 grados o en algo menos. Comenzando ya aquí a variar los vientos desde el nordeste al norte, así que se reconoce el que llaman del lesnordeste y leste haciendo la derrota al oesudueste, al oeste y a la cuarta del noroeste, se apartarán de aquel meridiano quinientas leguas, y conviene hallarse entonces en 13 grados de altura.

Desde aquí comienzan las agujas a nordestear y en llegando a 18 grados la variación, se habrán navegado (sin las quinientas que he dicho) mil y cien leguas, y sin apartarse del paralelo de 13 grados, cuando se reconozca nordeste la aguja sólo 10 grados (que será estando apartados del meridiano de Acapulco mil setecientas y setenta y cinco leguas) con una singladura de veinte leguas o poco más, se dará con la cabeza del sur de una de las islas Marianas, que se nombra Guam, y corre desde 13 y 5 hasta 13 grados y 25 minutos. Pasada una isletilla que tiene cerca, se ha de meter de 100 con bolinas aladas para dar fondo en la ensenada de Humata, que es la inmediata, y dando de resguardo un solo tiro de cañón al arrecife que al oeste arroja esta isletilla, en veinte brazas o en la que se quisiere, porque es bueno y limpio el fondo, se podrá surgir.

Para buscar desde aquí el embocadero de San Bernardino, se ha de ir al oeste cuarta al sudoeste, con advertencia de ir haciendo la derrota como se recogiere la aguja y, en navegando doscientas y no-

venta y cinco leguas, se dará con el Cabo del Espíritu Santo, que está en 12 grados 45 minutos, y si se puede buscar por menos altura, es mejor porque, si los vendavales se anticipan y entran por el sursudueste o por el sudueste, es aquí sumamente necesario estar a barlovento y al abrigo de la isla de Palapa y del mismo cabo.

En soplando brisas, se navegará por la costa de esta misma isla cosa de veinte leguas, la proa al oesnoroeste, guiñando al oeste, porque aquí se afija la aguja, y pasando por la parte del leste del islote de San Bernardino, se va en demanda de la isla de Capul, que, a distancia de cuatro leguas, está el sudueste. Desde aquí se ha de gobernar al oeste seis leguas hasta la isla de Ticao, y, después de costear las cinco leguas yendo al noroeste hasta la cabeza del norte, se virará al oesudueste en demanda de la bocaina que hacen las islas de Burias y Masbate. Habrá de distancia de una a otra casi una legua, y de ellas es la de Burias la que cae al norte. Dista esta bocaina de la cabeza de Ticao cosa de cuatro leguas.

Pasadas estas angosturas, se ha de gobernar al oesnoroeste en demanda de la bocaina de las islas de Marinduque y Banton, de las cuales está ésta al sur de la otra tres cuartos de legua, y distan de Burias diez y siete. De aquí al noroeste cuarta al oeste, se han de ir a buscar las isletas de Mindoro, Lobo y Galván.

Luego, por entre las angosturas de Isla Verde y Mindoro, se navegarán al oeste once o doce leguas, hasta cerca de la isla de Ambil y las catorce leguas, que desde aquí se cuentan a Mariveles (que está en 14 grados 30 minutos) se granjean yendo al noroeste, norte y nordeste.

Desde Mariveis se ha de ir en demanda del puerto de Cavite al nordeste, lesnordeste y leste, como cinco leguas, por dar resguardo a un bajo, que está al lesnordeste de Mariveles con cuatro brazas y media de agua sobre su fondo.

Desengañado en el discurso de mi viaje de que jamás saldría de mi esfera, con sentimiento de que muchos con menores fundamentos perfeccionasen las suyas, despedí cuantas ideas me embarazaron la imaginación por algunos años.

Es la abundancia de aquellas islas, y con especialidad la que se goza en la ciudad de Manila, en extremo mucha. Hállase allí para el sustento y vestuario cuanto se quiere a moderado precio, debido a la solicitud con que por enriquecer los sangleyes lo comercian en su Parián, que es el lugar donde, fuera de las murallas, con permiso de los españoles se avecindaron. Esto y lo hermoso y fortalecido de la ciudad, coadyuvado con la amenidad de su río y huertas y lo demás que la hace célebre entre las colonias que tienen los europeos en el oriente, obliga a pasar gustosos a los que en ella viven.

Lo que allí ordinariamente se trajina es de mar en fuera y, siendo por eso las navegaciones de unas a otras partes casi continuas, aplicándome al ejercicio de marinero, me avecindé en Cavite.

Conseguí por este medio no sólo mercadear en cosas en que hallé ganancia y en que me prometía para lo venidero bastante logro, sino el ver diversas ciudades y puertos de la India en diferentes viajes.

Estuve en Madrastapatan, antiguamente Calamina o Meliapor, donde murió el apóstol Santo Tomé, ciudad grande cuando la poseían los portugueses, hoy un monte de ruinas, a violencia de los estragos que en ella hicieron los franceses y holandeses por poseerla.

Estuve en Malaca, llave de toda la India y de sus comercios por el lugar que tiene en el estrecho de Sincapura, y a cuyo gobernador pagan anclaje cuantos lo navegan.

Son dueños de ella y de otras muchas los holandeses, debajo de cuyo yugo gimen los desvalidos católicos que allí han quedado, a quienes no se permite el uso de la religión verdadera, no estorbándoles a los moros y gentiles, sus vasallos, sus sacrificios.

Estuve en Batavia, ciudad celebérrima, que poseen los mismos en la Java Mayor, y adonde reside el gobernador y capitán general de los Estados de Holanda. Sus murallas, baluartes y fortalezas son admirables.

El concurso que allí se ve de navíos de malayos, macasares, sianes, bugifes, chinos, armenios, franceses, ingleses, dinamarcos, portugueses y castellanos, no tiene número. Hállanse en este emporio cuantos artefactos hay en la Europa y los que, en retorno de ellos, le envía la Asia. Fabrícanse allí, para quien quisiere comprarlas, excelentes armas. Pero con decir estar allí compendiado el universo, lo digo todo.

Estuve también en Macán, donde, aunque fortalecida de los portugueses que la poseen, no dejan de estar expuestos a las supercherías de los tártaros (que dominan en la gran China) los que la habitan.

Aún más por mi conveniencia que por mi gusto, me ocupé en esto, pero no faltaron ocasiones en que, por obedecer a quien podía mandármelo, hice lo propio, y fue una de ellas la que me causó las fatalidades en que hoy me hallo y que empezaron así:

Para provisionarse de bastimentos que en el presidio de Cavite ya nos faltaban, por orden del general don Gabriel de Cuzalaegui, que gobernaba las islas, se despachó una fragata de una cubierta a la

provincia de Ilocos, para que de ella, como otras veces se hacía, se condujesen.

Eran hombres de mar cuantos allí se embarcaron, y de ella y de ellos, que eran veinticinco, se me dio el cargo. Sacáronse de los almacenes reales y se me entregaron, para que defendiese, la embarcación, cuatro chuzos y dos mosquetes que necesitaban de estar con prevención de tizones para darles fuego, por tener quebrados los serpentines. Entregáronme también dos puños de balas y cinco libras de pólvora.

Con esta prevención de armas y municiones, y sin artillería, ni aun pedrero alguno, aunque tenía portas para seis piezas, me hice a la vela. Pasáronse seis días para llegar a Ilocos; ocupáronse en el rescate y carga de los bastimentos como nueve o diez y estando al quinto del tornaviaje, barloventeando con la brisa, para tomar la boca de Miraveles para entrar al puerto, como a las cuatro de la tarde se descubrieron por la parte de tierra dos embarcaciones, y presumiendo, no sólo yo, sino los que conmigo venían, serían las que, a cargo de los capitanes Juan Bautista y Juan Carvallo, habían ido a Pangasinan y Panay en busca de arroz y de otras cosas que se necesitaban en el presidio de Cavite y lugares de la comarca, aunque me hallaba a su sotavento, proseguí con mis bordos sin recelo alguno, porque no había de qué tenerlo.

No dejé de alterarme cuando dentro de breve rato vi venir para mí dos piraguas a todo remo, y fue mi susto en extremo grande reconociendo en su cercanía ser de enemigos.

Dispuesto a la defensa como mejor pude con mis dos mosquetes y cuatro chuzos, llovían balas de la escopetería de los que en ella venían sobre nosotros, pero sin abordarnos, y tal vez se respondía con los mosquetes, haciendo uno la puntería y dando otro

fuego con una ascua, y en el ínterin partíamos las balas con un cuchillo para que, habiendo munición duplicada para más tiros, fuese más durable nuestra ridícula resistencia.

Llegar casi inmediatamente sobre nosotros las dos embarcaciones grandes que habíamos visto y de donde habían salido las piraguas y arriar las de gavia, pidiendo buen cuartel, y entrar más de cincuenta ingleses con alfanjes en las manos en mi fragata, todo fue uno.

Hechos señores de la toldilla, mientras a palo nos retiraron a proa, celebraron con mofa y risa la prevención de armas y municiones que en ella hallaron, y fue mucho mayor, cuando supieron el que aquella fragata pertenecía al rey, y que habían sacado de sus almacenes aquellas armas. Eran entonces las seis de la tarde del día martes, 4 de marzo de mil seiscientos ochenta y siete.

III

Pónense en compendio los robos y crueldades que hicieron estos piratas en mar y tierra hasta llegar a la América

Sabiendo ser yo la persona a cuyo cargo venía la embarcación, cambiándome a la mayor de las suyas, me recibió el capitán con fingido agrado. Prometiéndome a las primeras palabras la libertad, si le noticiaba cuáles lugares de las islas eran más ricos, y si podría hallar en ellos gran resistencia. Respondíle no haber salido de Cavite, sino para la provincia de Ilocos, de donde venía, y que así no podía satisfacer a lo que preguntaba. Instóme si en la isla de Capo-

niz, que a distancia de catorce leguas está noroeste sueste con Mariveles, podría aliñar sus embarcaciones y si había gente que se lo estorbase; díjele no haber allí población alguna y que sabía de una bahía donde conseguiría fácilmente lo que deseaba. Era mi intento el que, si así lo hiciesen, los cogiesen desprevenidos no sólo los naturales de ella, sino los españoles, que asisten de presidio en aquella isla, y los apresasen. Como a las diez de la noche, surgieron donde les pareció a propósito, y en estas y otras preguntas que se me hicieron se pasó la noche.

Antes de levarse, pasaron a bordo de La Capitana mis veinticinco hombres. Gobernábala un inglés, a quien nombraban Maestre Bel; tenía ochenta hombres, veinte y cuatro piezas de artillería y ocho pedreros todos de bronce; era dueño de la segunda el capitán Donkin; tenía setenta hombres, veinte piezas de artillería y ocho pedreros, y en una y otra había sobradísimo número de escopetas, alfanjes, hachas, arpeos, granadas y ollas llenas de varios ingredientes de olor pestífero.

Jamás alcancé, por diligencia que hice, el lugar donde se armaron para salir al mar; sólo sí supe habían pasado al del sur por el estrecho de Mayre, y que, imposibilitados de poder robar las costas del Perú y Chile, que era su intento, porque con ocasión de un tiempo que, entrándoles con notable vehemencia y tesón por el leste, les duró once días, se apartaron de aquel meridiano más de quinientas leguas, y no siéndoles fácil volver a él, determinaron valerse de lo andado pasando a robar a la India, que era más pingüe.

Supe, también, habían estado en islas Marianas, y que, batallando con tiempos deshechos y muchos mares, montando los cabos del Engaño y del Boxeador, y habiendo antes apresado algunos juncos y

champanes de indios, y chinos, llegaron a la boca de Mariveles, a donde dieron conmigo.

Puestas las proas de sus fragatas (llevaban la mía a remolque) para Caponiz, comenzaron con pistolas y alfanjes en las manos a examinarme de nuevo y aun a atormentarme; amarráronme a mí y a un compañero mío al árbol mayor, y como no se les respondía a propósito acerca de los parajes donde podían hallar la plata y oro porque nos preguntaban, echando mano de Francisco de la Cruz, sangley mestizo, mi compañero, con cruelísimos tratos de cuerda que le dieron, quedó desmayado en el combés y casi sin vida; metiéronme a mí y a los míos en la bodega, desde donde percibí grandes voces y un trabucazo; pasado un rato y habiéndome hecho salir afuera, vide mucha sangre y mostrándomela, dijeron ser de uno de los míos, a quien habían muerto, y que lo mismo sería de mí, si no respondía a propósito de lo que preguntaban; díjeles con humildad que hiciesen de mí lo que les pareciese, porque no tenía que añadir cosa alguna a mis primeras respuestas.

Cuidadoso, desde entonces, de saber quién era de mis compañeros el que habían muerto, hice diligencias por conseguirlo y, hallando cabal el número, me quedé confuso. Supe mucho después era sangre de un perro lo que había visto, y no pasó del engaño.

No satisfecho de lo que yo había dicho, repreguntando con cariño a mi contramaestre, de quien por indio jamás se podía prometer cosa que buena fuese, supieron de él haber población y presidio en la isla de Caponiz, que yo había afirmado ser despoblada.

Con esta noticia y, mucho más, por haber visto, estando sobre ella, ir por el largo de la costa dos hombres montados, a que se añadía la mentira de que nunca había salido de Cavite sino para Ilocos, y dar razón de la bahía de Caponiz, en que, aunque

lo disimularon, me habían cogido, desenvainados los alfanjes, con muy grandes voces y vituperios dieron en mí.

Jamás me recelé de la muerte con mayor susto que en este instante; pero conmutáronla en tantas patadas y pescozones que descargaron en mí, que me dejaron incapaz de movimiento por muchos días.

Surgieron en parte de donde no podían recelar insulto alguno de los isleños y, dejando en tierra a los indios dueños de un junco, de que se habían apoderado el antecedente día al aciago y triste en que me cogieron, hicieron su derrota a Pulicondon, isla poblada de Cochinchinas en la costa de Camboja, donde, tomado puerto, cambiaron a sus dos fragatas cuanto en la mía se halló, y le pegaron fuego.

Armadas las piraguas con suficientes hombres, fueron a tierra y hallaron los esperaban los moradores de ella sin repugnancia; propusiéronles no querían más que proveerse allí de lo necesario, dándoles lado a sus navíos y rescatarles también frutos de la tierra, por lo que les faltaba.

O de miedo, o por otros motivos que yo no supe, asintieron a ello los pobres bárbaros; recibían ropa de la que traían hurtada, y correspondían con brea, grasa y carne salada de tortuga y con otras cosas.

Debe de ser la falta que hay de abrigo en aquella isla, o el deseo que tienen de lo que en otras partes se hace en extremo mucho, pues les forzaba la desnudez o curiosidad a cometer la más desvergonzada vileza que jamás vi.

Traían las madres a las hijas y los mismos maridos a sus mujeres, y se las entregaban, con la recomendación de hermosas, a los ingleses, por el vilísimo precio de una manta o equivalente cosa.

Hízoseles tolerable la estada de cuatro meses en aquel paraje con conveniencia tan fea, pero, pare-

ciéndoles no vivían mientras no hurtaban, estando sus navíos para navegar, se bastimentaron de cuanto pudieron para salir de allí.

Consultaron primero la paga que se les daría a los Pulicondones por el hospedaje y, remitiéndola al mismo día en que saliesen al mar, acometieron aquella madrugada a los que dormían incautos y, pasando a cuchillo a las que dejaban en cinta y poniendo fuego en lo más del pueblo, tremolando sus banderas y con grande regocijo, vinieron a bordo.

No me hallé presente a tan nefanda crueldad; pero, con temores de que en algún tiempo pasaría yo por lo mismo, desde la capitana, en que siempre estuve, oí el ruido de la escopetería y vi el incendio.

Si hubieran celebrado esta abominable victoria agotando frasqueras de aguardiente, como siempre usan, poco importara encomendarla al silencio; pero, habiendo intervenido en ello lo que yo vide, ¿cómo pudiera dejar de expresarlo, si no es quedándome dolor y escrúpulo de no decirlo?

Entre los despojos con que vinieron del pueblo y fueron cuanto por sus mujeres y bastimentos les habían dado, estaba un brazo humano de los que perecieron en el incendio; de este cortó cada uno una pequeña presa y, alabando el gusto de tan linda carne, entre repetidas saludes le dieron fin.

Miraba yo con escándalo y congoja tan bestial acción y, llegándose a mí uno con un pedazo, me instó con importunaciones molestas a que lo comiese. A la debida repulsa que yo le hice, me dijo: Que, siendo español y por el consiguiente cobarde, bien podía para igualarlos a ellos en el valor, no ser melindroso. No me instó más por responder a un brindis.

Avistaron la costa de la tierra firme de Camboja al tercero día y, andando continuamente de un bordo a otro, apresaron un champán lleno de pimienta;

hicieron con los que lo llevaban lo que conmigo y, sacándole la plata y cosas de valor que en él se llevaban sin hacer caso alguno de la pimienta, quitándole timón y velas y abriendo un rumbo, lo dejaron ir al garete para que se perdiese.

Echada la gente de este champán en la tierra firme, y pasándose a la isla despoblada de Puliubi, en donde se hallan cocos y ñame con abundancia, con la seguridad de que no tenía yo ni los míos por dónde huir, nos sacaron de las embarcaciones para colchar cable. Era la materia, de que se hizo, bejuco verde, y quedamos casi sin uso de las manos por muchos días por acabarlo en pocos.

Fueron las presas que en este paraje hicieron de mucha monta, aunque no pasaran de tres, y de ellas pertenecía la una al rey de Siam y las otras dos a los portugueses de Macán y Goa.

Iba en la primera un embajador de aquel rey para el gobernador de Manila, y llevaba para éste un regalo de preseas de mucha estima y muchos frutos y géneros preciosos de aquella tierra.

Era el interés de la segunda mucho mayor, porque se reducía a sólos tejidos de seda de la China en extremo ricos, y a cantidad de oro en piezas de filigrana que por vía de Goa se remitía a Europa.

Era la tercera del virrey de Goa, e iba a cargo de un embajador que enviaba al rey de Siam por este motivo.

Consiguió un genovés (no sé las circunstancias con que vino allí) no sólo la privanza con aquel rey, sino el que lo hiciese su lugarteniente en el principal de sus puertos.

Ensoberbecido éste con tanto cargo, les cortó las manos a dos caballeros portugueses que allí asistían, por leves causas.

Noticiado de ello el virrey de Goa, enviaba a pedirle satisfacción y aun a solicitar se le entregase el genovés, para castigarle.

A empeño que parece no cabía en la esfera de lo asequible, correspondió el regalo que, para granjearle la voluntad al rey, se le remitía.

Vide y toqué con mis manos una como torre, o castillo, de vara en alto, de puro oro, sembrada de diamantes y otras preciosas piedras y, aunque no de tanto valor, le igualaban en lo curioso muchas alhajas de plata, cantidad de canfora, ámbar y almizcle, sin el resto de lo que para comerciar y vender en aquel reino había en la embarcación.

Desembarazada ésta y las dos primeras de lo que llevaban, les dieron fuego, y dejando, así a portugueses como a sianes, y a ocho de los míos en aquella isla sin gente, tiraron la vuelta de las de Ciantan, habitadas de malayos, cuya vestimenta no pasa de la cintura, y cuyas armas son crises.

Rescataron de ellos algunas cabras, cocos y aceite de éstos para la lantía y otros refrescos y, dándoles un albazo a los pobres bárbaros, después de matar algunos y de robarlos a todos, en demanda de la isla de Tamburlan viraron afuera.

Viven en ella Macazares y, sentidos los ingleses de no haber hallado allí lo que en otras partes, poniendo fuego a la población, en ocasión que dormían sus habitadores, navegaron a la grande isla de Borney, y por haber barloventeado catorce días su costa occidental sin haber pillaje, se acercaron al puerto de Ciudana en la misma isla.

Hállanse en el territorio de este lugar muchas preciosas piedras y, en especial, diamantes de rico fondo, y la codicia de rescatarlos y de poseerlos, no muchos meses antes que allí llegásemos, estimuló a los ingleses que en la India viven pidiesen al rey de

Borney (valiéndose para eso del gobernador que en Cicudana tenía) les permitiese factoría en aquel paraje.

Pusiéronse los piratas a sondar en las piraguas la barra del río, no sólo para entrar en él con las embarcaciones mayores, sino para hacerse capaces de aquellos puestos.

Interrumpióles este ejercicio un champán de los de la tierra, en que se venía de parte de quien la gobernaba a reconocerlos.

Fue su respuesta ser de nación inglesa y que venían cargados de géneros nobles y exquisitos para contratar y rescartarles diamantes.

Como ya antes habían experimentado en los de esta nación amigable trato y vieron ricas muestras de lo que, en los navíos que apresaron en Puliubi, les pusieron luego a la vista, se les facilitó la licencia para comerciar.

Hiciéronle al gobernador un regalo considerable y consiguieron el que por el río subiesen al pueblo (que dista un cuarto de legua de la marina) cuando gustasen.

En tres días que allí estuvimos, reconocieron estar indefenso y abierto por todas partes y, proponiendo a los cicudanes no poder detenerse por mucho tiempo, y que así se recogiesen los diamantes en casa del gobernador, donde se haría la feria, dejándonos aprisionados a bordo y con bastante guarda, subiendo al punto de media noche por el río arriba muy bien armados, dieron de improviso en el pueblo, y fue la casa del gobernador la que primero avanzaron.

Saquearon cuantos diamantes y otras piedras preciosas ya estaban juntas, y lo propio consiguieron en otras muchas a que pegaron fuego, como también a algunas embarcaciones que allí se hallaron.

Oíase a bordo el clamor del pueblo y la escopetería, y fue la mortandad (como blasonaron después) muy considerable.

Cometida muy a su salvo tan execrable traición, trayendo preso al gobernador y a otros principales, se vinieron a bordo con gran presteza y con la misma se levaron, saliendo afuera.

No hubo pillaje que a éste se comparase, por lo poco que ocupaba y su excesivo precio. ¿Quién será el que sepa lo que importaba?

Vídele al capitán Bel tener a granel llena la copa de su sombrero de solos diamantes. Aportamos a la isla de Baturiñan dentro de seis días y, dejándola por inútil, se dio fondo en la de Pulitiman, donde hicieron aguada y tomaron leña y, poniendo en tierra (después de muy maltratados y muertos de hambre) al gobernador y principales de Cicudana, viraron para la costa de Bengala, por ser más cursada de embarcaciones, y en pocos días apresaron dos bien grandes, de moros negros, cargadas de rasos, elefantes, garzas y sarampures y, habiéndolas desvalijado de lo más precioso, les dieron fuego, quitándoles entonces la vida a muchos de aquellos moros, a sangre fría, y dándoles, a los que quedaron, las pequeñas lanchas que ellos mismos traían, para que se fuesen.

Hasta este tiempo no habían encontrado con navío alguno que se les pudiera oponer, y en este paraje, o por casualidad de la contingencia, o porque ya se tendría noticia de tan famosos ladrones en algunas partes, de donde creo había ya salido gente para castigarlos, se descubrieron cuatro navíos de guerra bien artillados, y todos de holandeses, a lo que parecía.

Estaban éstos a Sotavento, y teniéndose de los piratas cuanto les fue posible, ayudados de la obscuridad de la noche, mudaron rumbo hasta dar en Pu-

lilaor, y se rehicieron de bastimentos y de agua; pero, no teniéndose ya por seguros en parte alguna y temerosos de perder las inestimables riquezas con que se hallaban, determinaron dejar aquel archipiélago.

Dudando si desembarcarían por el estrecho de Sunda o de Sincapura, eligieron éste por más cercano, aunque más prolijo y dificultoso, desechando el otro, aunque más breve y limpio, por más distante o, lo más cierto, por más frecuentado de los muchos navíos que van y vienen de la nueva Batavia, como arriba dije.

Fiándose, pues, en un práctico de aquel estrecho que iba con ellos, ayudándoles la brisa y corrientes cuanto no es decible, con banderas holandesas y bien prevenidas las armas para cualquier acaso, esperando una noche que fuese lóbrega, se entraron por él con desesperada resolución y lo corrieron casi hasta el fin, sin encontrar sino una sola embarcación al segundo día.

Era ésta una fragata de treinta y tres codos de quilla, cargada de arroz y de una fruta que llaman Bonga, y al mismo tiempo de acometerla (por no perder la costumbre de robar, aun cuando huían), dejándola sola los que la llevaban, y eran Malayos, se echaron al mar y de allí salieron a tierra para salvar las vidas.

Alegres de haber hallado embarcación en qué poder aliviarse de la mucha carga con que se hallaban, pasaron a ella, de cada uno de sus navíos, siete personas con todas armas y diez piezas de artillería con sus pertrechos y, prosiguiendo con su viaje, como a las cinco de la tarde de este mismo día desembarcaron.

En esta ocasión se desaparecieron cinco de los míos y presumo que, valiéndose de la cercanía a la tierra, lograron la libertad con echarse a nado.

A los veinticinco días de navegación, avistamos una isla (no sé su nombre) de que, por habitada de portugueses, según decían o presumían, nos apartamos, y desde allí se tiró la vuelta de la Nueva Holanda, tierra aún no bastantemente descubierta de los europeos y poseída, a lo que parece, de gentes bárbaras; y al fin de más de tres meses dimos con ella.

Desembarcados en la costa los que se enviaron a tierra con las piraguas, hallaron rastros antiguos de haber estado gente en aquel paraje, pero, siendo allí los vientos contrarios y vehementes y el surgidero malo, solicitando lugar más cómodo, se consiguió en una isla de tierra llana, y hallando no sólo resguardo y abrigo a las embarcaciones, sino un arroyo de agua dulce, mucha tortuga y ninguna gente, se determinaron dar allí carena para volverse a sus casas. Ocupáronse ellos en hacer esto, y yo y los míos en remendarles las velas y en hacer carne.

A cosa de cuatro meses o poco más, estábamos ya para salir a viaje y, poniendo las proas a la isla de Madagascar, o de San Lorenzo, con leste a popa, llegamos a ella en veintiocho días. Rescatáronse de los negros que la habitan muchas gallinas, cabras y vacas y, noticiados de que un navío inglés mercantil estaba para entrar en aquel puerto a contratar con los negros, determinaron esperarlo y así lo hicieron.

No era esto como yo infería de sus acciones y pláticas, sino por ver si lograban el apresarlo; pero reconociendo, cuando llegó a surgir, que venía muy bien artillado y con bastante gente, hubo de la una a la otra parte, repetidas salvas y amistad recíproca.

Diéronles los mercaderes a los piratas aguardiente y vino, y retornáronles éstos de lo que traían hurtado, con abundancia.

Ya que no por fuerza (que era imposible), no omitía diligencia el capitán Bel para hacerse dueño

de aquel navío como pudiese; pero lo que tenía éste de ladrón y de codicioso, tenía el capitán de los mercaderes de vigilante y sagaz, y así, sin pasar jamás a bordo nuestro (aunque con grande instancia y con convites que le hicieron, y que él no admitía, lo procuraban), procedió en las acciones con gran recato. No fue menor el que pusieron Bel y Donkin para que no supiesen los mercaderes el ejercicio en que andaban y, para conseguirlo con más seguro, nos mandaron a mí y a los míos, de quien únicamente se recelaban, el que, pena de la vida, no hablásemos con ellos palabra alguna y que dijésemos éramos marineros voluntarios suyos y que nos pagaban.

Contravinieron a este mandato dos de mis compañeros, hablándole a un portugués que venía con ellos, y mostrándose piadosos en no quitarles la vida, luego al instante los condenaron a recibir cuatro azotes de cada uno. Por ser ellos ciento y cincuenta, llegaron los azotes a novecientos, y fue tal el rebenque y tan violento el impulso con que los daban, que amanecieron muertos los pobres al siguiente día.

Trataron de dejarme a mí y a los pocos compañeros que habían quedado en aquella isla; pero, considerando la barbaridad de los negros moros que allí vivían, hincado de rodillas y besándoles los pies con gran rendimiento, después de reconvenirles con lo mucho que les había servido y ofreciéndome a asistirles en sus viajes como si fuese esclavo, conseguí el que me llevaran consigo.

Propusiéronme entonces, como ya otras veces me lo habían dicho, el que jurase de acompañarlos siempre y me darían armas.

Agradecíles la merced y, haciendo refleja a las obligaciones con que nací, les respondí con afectada humildad el que más me acomodaba a servirlos a

ellos que a pelear con otros, por ser grande el temor que les tenía a las balas, tratándome de español cobarde y gallina, y por eso, indigno de estar en su compañía que me honrara y valiera mucho, no me instaron más.

Despedido de los mercaderes y bien provisionados de bastimentos, salieron en demanda del Cabo de Buena Esperanza en la costa de África y, después de dos meses de navegación, estando primero cinco días barloventeándolo, lo montaron. Desde allí por espacio de mes y medio se costeó un muy extendido pedazo de tierra firme, hasta llegar a una isla que nombran de Piedras, de donde, después de tomar agua y proveerse de leña, con las proas al oeste y con brisas largas dimos en la costa del Brasil en veinte y cinco días. En el tiempo de dos semanas en que fuimos al luengo de la costa y sus vueltas disminuyendo altura, en dos ocasiones echaron seis hombres a tierra en una canoa y, habiendo hablado con no sé qué portugueses y comprándole algún refresco, se pasó adelante hasta llegar finalmente a un río dilatadísimo sobre cuya boca surgieron en cinco brazas, y presumo fue el de la Amazonas, si no me engaño.

IV

Danle libertad los piratas y trae a la memoria lo que toleró en su prisión

Debo advertir, antes de expresar lo que toleré y sufrí de trabajos y penalidades en tantos años, el que sólo en el condestable Nicpat y en Dick, cuartamaestre del capitán Bel, hallé alguna conmiseración y consuelo en mis continuas fatigas, así socorrién-

dome, sin que sus compañeros lo viesen, en casi extremas necesidades, como en buenas palabras con que me exhortaban a la paciencia. Persuádome a que era el condestable católico sin duda alguna.

Juntáronse a consejo en este paraje y no se trató otra cosa sino qué se haría de mí y de siete compañeros míos que habían quedado.

Votaron unos, y fueron los más, que nos degollasen, y otros, no tan crueles, que nos dejasen en tierra. A unos y otros se opusieron el condestable Nicpat, el cuartamaestre Dick y el capitán Donkin con los de su séquito, afeando acción tan indigna a la generosidad inglesa.

—Bástanos (decía éste) haber degenerado de quienes somos, robando lo mejor del oriente con circunstancias tan impías. ¿Por ventura no están clamando al cielo tantos inocentes, a quienes les llevamos lo que a costa de sudores poseían, a quienes les quitamos la vida? ¿Qué es lo que hizo este pobre español ahora para que la pierda? Habernos servido como un esclavo, en agradecimiento de lo que con él se ha hecho desde que lo cogimos. Dejarlo en este río, donde juzgo no hay otra cosa sino indios bárbaros, es ingratitud. Degollarlo, como otros decís es más que impiedad, y porque no dé voces que se oigan por todo el mundo su inocente sangre, yo soy, y los míos quien los patrocina.

Llegó a tanto la controversia que, estando ya para tomar las armas para decidirla, se convinieron en que me diesen la fragata, que apresaron en el estrecho de Sincapura, y con ella la libertad, para que dispusiese de mí y de mis compañeros como mejor me estuviese.

Presuponiendo el que a todo ello me hallé presente, póngase en mi lugar quien aquí llegare y dis-

curra de qué tamaño sería el susto y la congoja con que yo estuve.

Desembarazada la fragata que me daban de cuanto había en ella, y cambiando a las suyas, me obligaron a que agradeciese a cada uno separadamente la libertad y piedad que conmigo usaban, y así lo hice.

Diéronme un astrolabio y agujón, un derrotero holandés, una sola tinaja de agua y dos tercios de arroz; pero al abrazarme el condestable para despedirse, me avisó cómo me había dejado, a excusas de sus compañeros, alguna sal y tasajos, cuatro barriles de pólvora, muchas balas de artillería, una caja de medicinas y otras diversas cosas.

Intimáronme (haciendo testigos de que lo oía) el que, si otra vez me cogían en aquella costa, sin que otro que Dios lo remediase, me matarían, y que para excusarlo gobernase siempre entre el oeste y noroeste, donde hallaría españoles que me amparasen, y, haciendo que me levase, dándome el buen viaje, o por mejor decir, mofándose y escarneciéndome, me dejaron ir.

Alabo a cuantos, aun con riesgo de la vida, solicitan la libertad, por ser sola ella la que merece, aun entre animales brutos, la estimación.

Sacónos a mí y a mis compañeros tan no esperada dicha copiosas lágrimas, y juzgo corrían gustosos por nuestros rostros por lo que antes las habíamos tenido reprimidas y ocultas en nuestras penas.

Con un regocijo nunca esperado suele de ordinario embarazarse el discurso y, pareciéndonos sueño lo que pasaba, se necesitó de mucha refleja para creernos libres.

Fue nuestra acción primera levantar las voces al cielo engrandeciendo a la divinal misericordia como mejor pudimos, y con inmediación dimos las gracias

a la que, en el mar de tantas borrascas, fue nuestra estrella.

Creo hubiera sido imposible mi libertad, si continuamente no hubiera ocupado la memoria y afectos en María Santísima de Guadalupe de México, de quien siempre protesto viviré esclavo por lo que le debo.

He traído siempre conmigo un retrato suyo, y temiendo no le profanaran los herejes piratas cuando me apresaron supuesto que entonces, quitándonos los rosarios, los arrojaron al mar, como mejor pude se lo quité de la vista y la vez primera que subí al tope lo escondí allí.

Los nombres de los que consiguieron conmigo la libertad y habían quedado de los veinticinco (porque de ellos en la isla despoblada de Poliubi dejaron ocho, cinco se huyeron en Sincapura, dos murieron de los azotes en Madagascar, y otros tres tuvieron la misma suerte en diferentes parajes), son Juan de Casas, español, natural de la Puebla de los Ángeles en Nueva España; Juan Pinto y Marcos de la Cruz, indios pangasinán aquél y éste pampango; Francisco de la Cruz y Antonio González, sangleyes; Juan Díaz, Malabar, y Pedro, negro de Mozambique, esclavo mío. A las lágrimas de regocijo por la libertad conseguida se siguieron las que bien pudieran ser de sangre, por los trabajos pasados, los cuales nos representó luego al instante la memoria en este compendio.

A las amenazas con que, estando sobre la isla de Caponiz, nos tomaron la confesión, para saber qué navíos y con qué armas estaban para salir de Manila, y cuáles lugares eran más ricos, añadieron dejarnos casi quebrados los dedos de las manos con las llaves de las escopetas y carabinas; y, sin atender a la sangre que lo manchaba, nos hicieron hacer

ovillos del algodón que venía en greña para coser velas; continuóse este ejercicio siempre que fue necesario en todo el viaje, siendo distribución de todos los días, sin dispensa alguna, baldear y barrer por dentro y fuera las embarcaciones.

Era también común a todos nosotros limpiar los alfanjes, cañones y llaves de carabinas con tiestos de lozas de China, molidos cada tercer día; hacer meollar, colchar cables, faulas y contrabrasas, hacer también cajetas, embergues y mojeles.

Añadíase a esto, ir al timón y pilar el arroz que de continuo comían, habiendo precedido el remojarlo para hacerlo harina, y hubo ocasión en que a cada uno se nos dieron once costales de a dos arrobas por tarea de un solo día, con pena de azotes (que muchas veces toleramos) si se faltaba a ello.

Jamás en las turbonadas que en tan prolija navegación experimentamos, aferraron velas; nosotros éramos los que lo hacíamos, siendo el galardón ordinario de tanto riesgo crueles azotes, o por no ejecutarlos con toda priesa, o porque las velas, como en semejantes frangentes sucede, solían romperse.

El sustento que se nos daba para que no nos faltasen les fuerzas en tan continuo trabajo, se reducía a una ganta (que viene a ser un almud) de arroz, que se sancochaba como se podía, valiéndose de agua de la mar, en vez de la sal que les sobraba y que jamás nos dieron; menos de un cuartillo de agua se repartía a cada uno para cada día.

Carne, vino, aguardiente, bonga, ni otra alguna de las muchas miniestras que traían, llegó a nuestras bocas y, teniendo cocos en grande copia, nos arrojaban sólo las cáscaras para hacer bonote, que es limpiarlas y dejarlas como estopa para calafatear, y, cuando por estar surgidos los tenían frescos, les bebían el agua y los arrojaban al mar.

Diéronnos en el último año de nuestra prisión el cargo de la cocina y no sólo contaban los pedazos de carne que nos entregaban, sino que también los medían para que nada comiésemos.

Notable crueldad y miseria es ésta, pero no tiene comparación a la que se sigue. Ocupáronnos también en hacerles calzado de lona y en coserles camisas y calzoncillos, y para ello se nos daban, contadas y medidas, las hebras de hilo y, si por echar tal vez menudos los pespuntes como querían, faltaba alguna, correspondían a cada una que se añadía veinticinco azotes.

Tuve yo otro trabajo de que se privilegiaron mis compañeros y fue, haberme obligado a ser barbero, y en este ejercicio me ocupaban todos los sábados sin descansar ni un breve rato, siguiéndosele a cada descuido de la navaja, y de ordinario eran muchos por no saber científicamente su manejo, bofetadas crueles y muchos palos.

Todo cuanto aquí se ha dicho sucedía a bordo, porque sólo en Puliubi y en la isla despoblada de la Nueva Holanda, para hacer agua y leña y para colchar un cable de bejuco, nos desembarcaron.

Si quisiera especificar sucesos me dilataría mucho, y con individuar uno u otro se discurrían los que callo.

Era para nosotros el día del lunes el más temido, porque, haciendo un círculo de bejuco en torno de la mesana y amarrándonos a él las manos siniestras, nos ponían en las derechas unos rebenques y, habiéndonos desnudado, nos obligaban, con puñales y pistolas a los pechos, a que unos a otros nos azotásemos.

Era igual la vergüenza y el dolor que en ello teníamos al regocijo y aplauso con que lo festejaban.

No pudiendo asistir mi compañero Juan de Casas a la distribución del continuo trabajo que nos ren-

día, atribuyéndolo el capitán Bel a la que llamaba flojera, dijo que él lo curaría y por modo fácil (perdóneme la decencia y el respeto que se debe a quien esto lee que lo refiera). Redújose éste a hacerle beber, desleídos en agua, los excrementos del mismo capitán, teniendo puesto un cuchillo al cuello para acelerarle la muerte si le repugnase, y como a tan no oída medicina se siguiesen grandes vómitos que le causó el asco y con que accidentalmente recuperó la salud, desde luego nos la recetó, con aplauso de todos, para cuando por nuestras desdichas adoleciésemos.

Sufría yo todas estas cosas, porque el amor que tenía a mi vida no podía más y, advirtiendo había días enteros que lo pasaban borrachos, sentía no tener bastantes compañeros de quien valerme para matarlos y, alzándome con la fragata, irme a Manila; pero también puede ser que no me fiara de ellos aunque los tuviera, por no haber otro español entre ellos sino Juan de Casas.

Un día que, más que otro, me embarazaba las acciones este pensamiento, llegándose a mí uno de los ingleses, que se llamaba Cornelio, y gastando larga prosa para encargarme el secreto, me propuso si tendría valor para ayudarle con los míos a sublevarse.

Respondíle con gran recato; pero, asegurándome tenía ya convencidos a algunos de los suyos (cuyos nombres dijo) para lo propio, consiguió de mí el que no le faltaría, llegado el caso, pero pactando primero lo que para mi seguro me pareció convenir.

No fue esta tentativa de Cornelio, sino realidad, y de hecho había algunos que se lo aplaudían, pero por motivo que yo no supe desistió de ello.

Persuádome a que él sin duda quien dio noticia al capitán Bel, de que yo y los míos lo querían ma-

tar, porque comenzaron a vivir de allí en adelante con más vigilancia, abocando dos piezas cargadas de munición hacia la proa donde siempre estábamos y procediendo con gran cautela.

No dejó de darme toda esta prevención de cosas grande cuidado y, preguntándole al condestable Nicpat, mi patrocinador, lo que lo causaba, no me respondió otra cosa sino que mirásemos yo y los míos cómo dormíamos.

Maldiciendo yo entonces la hora en que me habló Cornelio, me previne como mejor pude para la muerte. A la noche de este día, amarrándome fuertemente contra la mesana, comenzaron a atormentarme para que confesase lo que acerca de querer alzarme con el navío tenía dispuesto.

Negué con la mayor constancia que pude y creo que, a persuasiones del condestable, me dejaron solo; llegóse éste entonces a mí y, asegurándome el que de ninguna manera peligraría si me fiase dél, después de referirle enteramente lo que me había pasado, desamarrándome me llevó al camarote del capitán.

Hincado de rodillas en su presencia, dije lo que Cornelio me había propuesto.

Espantado el capitán Bel con esta noticia, haciendo primero el que en ella me ratificase con juramento, con amenaza de castigarme por no haberle dado cuenta de ello inmediatamente me hizo cargo de traidor y de sedicioso.

Yo con ruegos y lágrimas y el condestable Nicpat con reverencias y súplicas, conseguimos que me absolviese, pero fue imponiéndome, con pena de la vida, que guardase el secreto.

No pasaron muchos días sin que de Cornelio y sus secuaces echasen mano, y fueron tales los azotes con que los castigaron, que yo aseguro el que jamás se olviden de ellos mientras vivieren; y con la misma

pena y otras mayores, se les mandó el que ni conmigo ni con los míos, se entrometiesen; prueba de la bondad de los azotes sea el que uno de los pacientes, que se llamaba Enrique, recogió cuanto en plata, oro y diamantes le había cabido y, quizás receloso de otro castigo, se quedó en la Isla de San Lorenzo, sin que valiesen cuantas diligencias hizo el capitán Bel para recobrarlo.

Ilación es, y necesaria, de cuanto aquí se ha dicho, poder competir estos piratas en crueldad y abominaciones a cuantos en la primera plana de este ejercicio tienen sus nombres, pero creo el que no hubieran sido tan malos como para nosotros lo fueron, si no estuviera con ellos un español, que se preciaba de sevillano y se llamaba Miguel.

No hubo trabajo intolerable en que nos pusiesen, no hubo ocasión alguna en que nos maltratasen, no hubo hambre que padeciésemos, ni riesgo de la vida en que peligrásemos, que no viniese por su mano y su dirección, haciendo gala de mostrarse impío y abandonando lo católico en que nació, por vivir pirata y morir hereje.

Acompañaba a los ingleses, y esto era para mí y para los míos lo más sensible, cuando se ponían de fiesta, que eran las Pascuas de Navidad y los domingos del año, leyendo o rezando lo que ellos en sus propios libros.

Alúmbrele Dios el entendimiento, para que, enmendando su vida, consiga el perdón de sus iniquidades.

V

Navega Alonso Ramírez y sus compañeros sin saber dónde estaban ni la parte a que iban; dícense los trabajos y sustos que padecieron hasta varar tierra

Basta de estos trabajos, que aun para leídos son muchos, por pasar a otros de diversa especie.

No sabía yo ni mis compañeros el paraje en que nos hallábamos, ni el término que tendría nuestro viaje, porque ni entendía el derrotero holandés ni teníamos carta que, entre tantas confusiones, nos sirviera de algo, y para todos era aquella la vez primera que allí nos víamos.

En estas dudas, haciendo refleja a la sentencia que nos habían dado de muerte, si segunda vez nos aprisionaban, cogiendo la vuelta del oeste me hice a la mar.

A los seis días, sin haber mudado la derrota, avistamos tierra que parecía firme, por lo tendida y alta, y poniendo la proa al oesnoroeste, me hallé el día siguiente a la madrugada sobre tres islas de poca ámbitu.

Acompañado de Juan de Casas, en un cayuco pequeño que en la fragata había, salí a una de ellas, donde se hallaron pájaros, tabones y bobos y, trayendo grandísima cantidad de ellos para cenizarlos, me vine a bordo.

Arrimándonos a la costa, proseguimos por el largo de ella, y a los diez días se descubrió una isla, La Trinidad, y al parecer grande; eran entonces las seis de la mañana, y a la misma hora se nos dejó ver una armada de hasta veinte velas de varios portes y, echando bandera inglesa, me llamaron con una pieza.

Dudando si llegaría discurrí el que, viendo a mi bordo cosas de ingleses quizás no me creerían la re-

lación que les diese, sino que presumirían había yo muerto a los dueños de la fragata y que andaba fugitivo por aquellos mares; y aunque con turbonada, que empezó a entrar, juzgando me la enviaba Dios para mi escape, largué las velas de gavia y, con el aparejo siempre en la mano (cosa que no se atrevió a hacer ninguna de las naos inglesas), escapé con la proa al norte, caminando todo aquel día y noche sin mudar derrota.

Al siguiente volví la vuelta del oeste a proseguir mi camino, y al otro, por la parte del leste tomé, una isla [El Barbado].

Estando ya sobre ella, se nos acercó una canoa con seis hombres a reconocernos y, apenas supieron de nosotros ser españoles y nosotros de ellos que eran ingleses, cuando, corriendo por nuestros cuerpos un sudor frío, determinamos morir primero de hambre entre las olas que no exponernos otra vez a tolerar impiedades.

Dijeron que, si queríamos comerciar hallaríamos allí azúcar, tinta, tabaco y otros buenos géneros.

Respondíles que eso queríamos y, atribuyendo a que era tarde para poder entrar, con el pretexto de estarme a la capa aquella noche y con asegurarles también el que tomaríamos puerto al siguiente día, se despidieron y, poniendo luego al instante la proa al leste, me salí a la mar.

Ignorantes de aquellos parajes y persuadidos a que no hallaríamos sino ingleses donde llegásemos, no cabía en mí ni en mis compañeros consuelo alguno, y más, viendo que el bastimento se iba acabando, y que si no fuera por algunos aguaceros en que cogimos alguna, absolutamente nos faltara el agua.

Al leste, como dije, y al lesnordeste corrí tres días y después cambié la proa al noroeste y, gobernando a esta parte seis días continuos, llegué a una isla

alta y grande y, acercándome por una punta que tiene al leste a reconocerla, salió de ella una lancha con siete hombres para nosotros.

Sabiendo de mí ser español y que buscaba agua y leña y algún bastimento, me dijeron ser aquella la isla de Guadalupe, donde vivían franceses, y que con licencia del gobernador (que daría sin repugnancia) podría provisionarme en ella de cuanto necesitase y que, si también quería negociación, no faltaría forma, como no les faltaba a algunos que allí llegaban.

Dije que sí entraría, pero que no sabía por dónde por no tener carta ni práctico que me guiase y que me dijesen en qué parte del mundo nos hallábamos.

Hízoles notable fuerza el oírme esto e, instándome que de dónde había salido y para qué parte, arrepentido inmediatamente de la pregunta, sin responderles a propósito, me despedí.

No se espante quien esto leyere de la ignorancia en que estábamos de aquellas islas, porque, habiendo salido de mi patria de tan poca edad, nunca supe (ni cuidé de ello después) qué islas son circunvecinas y cuáles sus nombres; menos razón había para que Juan de Casas, siendo natural de la Puebla en lo mediterráneo de la Nueva España, supiese de ellas, y con más razón militaba lo propio en los compañeros restantes, siendo todos originarios de la India oriental, donde no tienen necesidad de noticia que les importe de aquellos mares; pero, no obstante, bien presumía yo el que era parte de la América en la que nos hallábamos.

Antes de apartarme de allí, les propuse a mis compañeros el que me parecía imposible tolerar más, porque ya para los continuos trabajos en que nos víamos nos faltaban fuerzas, con circunstancia de que los bastimentos eran muy pocos, y que, pues los

franceses eran católicos, surgiésemos a merced suya en aquella isla, persuadidos que, haciéndoles relación de nuestros infortunios, les obligaría la piedad cristiana a patrocinarnos.

Opusiéronse a este dictamen mío con grande esfuerzo, siendo el motivo el que a ellos, por su color y por no ser españoles, los harían esclavos y les sería menos sensible el que yo con mis manos los echase al mar, que ponerse en la de extranjeros para experimentar sus rigores.

Por no contristarlos, sintiendo más sus desconsuelos que los míos, mareé la vuelta del norte todo el día, y el siguiente al nornordeste, y por esta derrota a los tres días di vista a una isla [La Barbada], y de allí habiéndola montado por la banda del sur y dejando otra [La Antigua] por la babor, después de dos días que fuimos al noroeste y al oesnoroeste, me hallé cercado de islotes entre dos grandes islas [San Bartolomé y San Martín].

Costóme notable cuidado salir de aquí, por el mucho mar y viento que hacía, y corriendo con sólo el trinquete para el oeste, después de tres días descubrí una isla grandísima, alta y montañosa [La Española]; pero, habiendo amanecido cosa de seis leguas sotaventeando de ella para la parte del sur, nunca me dio lugar el tiempo para cogerla, aunque guiñé al noroeste.

Gastados poco más de otros tres días sin rematarla, reconocidos dos islotes [Beata y Altobelo], eché al sudoeste y, después de un día sin notar cosa alguna ni avistar tierra, para granjear lo perdido volví al noroeste.

Al segundo día de esta derrota, descubrí y me acerqué a una isla grande [Jamaica]; vide en ella a cuanto permitió la distancia, un puerto [Puerto Real],

con algunos cayuelos fuera y muchas embarcaciones adentro.

Apenas vide que salían de entre ellas dos balandras con bandera inglesa para reconocerme, cargando todo el paño, me atravesé a esperarlas; pero, por esta acción o por otro motivo que ellos tendrían, no atreviéndose a llegar cerca, se retiraron al puerto. Proseguí mi camino y, para montar una punta que salía por la proa, goberné al sur y, montada muy para afuera, volví al oeste y al oesnoroeste, hasta que a los dos días y medio llegué a una isla [Caimán Grande], como de cinco o seis leguas de largo, pero de poca altura, de donde salió para mí una balandra con bandera inglesa.

A punto cargué el paño y me atravesé, pero, después de haberme cogido el barlovento, reconociéndome por la popa y muy despacio, se volvió a la isla.

Llaméla disparando una pieza sin bala, pero no hizo caso. No haber llegado a esta isla ni arrojándome al puerto de la antecedente, era a instancias y lágrimas de mis compañeros, a quienes, apenas vían cosa que tocase a inglés, cuando al instante les faltaba el espíritu y se quedaban como azogados por largo rato.

Despechado entonces de mí mismo y determinado a no hacer caso en lo venidero de sus sollozos, supuesto que no comíamos sino lo que pescábamos y la provisión de agua era tan poca que se reducía a un barril pequeño y a dos tinajas, deseando dar en cualquier tierra para (aunque fuese poblada de ingleses) varar en ella, navegué ocho días al oeste y al oesudueste, y a las ocho de la mañana de aquel en que a nuestra infructuosa y vaga naveción se le puso término (por estar ya casi sobre él), reconocí un muy prolongado bajo de arena y piedra, no manifestando el susto que me causó su vista; orillán-

dome a él como mejor se pudo por una quebrada que hacía, lo atravesé sin que hasta las cinco de la tarde se descubriese tierra.

Viendo su cercanía que, por ser en extremo baja y no haberla por eso divisado, era ya mucha, antes que se llegase la noche, hice subir al tope, por si se descubría otro bajo de que guardarnos y manteniéndome a bordos lo que quedó del día, poco después de anochecer, di fondo en cuatro brazas y sobre piedras.

Fue esto con sólo un anclote, por no haber más, y con un pedazo de cable de cáñamo de hasta diez brazas, ajustado a otro de bejuco (y fue el que colchamos en Poliubi) que tenía sesenta, y por ser el anclote (mejor lo llamara rezón) tan pequeño que sólo podría servir para una chata, lo ayudé con una pieza de artillería entalingada con un cable de guamutil de cincuenta brazas.

Crecía el viento al peso de la noche, y con gran pujanza, y por esto y por las piedras del fondo, poco después de las cinco de la mañana se rompieron los cables.

Viéndome perdido, mareé todo el paño luego al instante, por ver si podía montar una punta que tenía a la vista; pero era la corriente tan en extremo furiosa, que no nos dio lugar ni tiempo para poder orzar, con que, arribando más y más y sin resistencia, quedamos varados entre mucaras en la misma punta.

Era tanta la mar y los golpes que daba el navío tan espantosos, que no sólo a mis compañeros, sino aun a mí, que ansiosamente deseaba aquel suceso para salir a tierra, me dejó confuso y más hallándome sin lancha para escaparlos.

Quebrábanse las olas no sólo en la punta sobre que estábamos sino en lo que se vía de la costa, con grandes golpes, y a cada uno de los que a co-

rrespondencia daba el navío, pensábamos que se abría y nos tragaba el abismo.

Considerando el peligro en la dilación, haciendo fervorosos actos de contrición y queriendo merecerle a Dios su misericordia sacrificándole mi vida por la de aquellos pobres, ciñéndome un cabo delgado para que lo fuesen largando, me arrojé al agua.

Quiso concederme su piedad el que llegase a tierra, donde lo hice firme y, sirviendo de andaribel a los que no sabían nadar, convencidos de no ser tan difícil el tránsito como se lo pintaba el miedo, conseguí el que (no sin peligro manifiesto de ahogarse dos) a más de media tarde estuviesen salvos.

VI

Sed, hambre, enfermedades, muertes con que fueron atribulados en esta costa: hallan inopinadamente gente católica y saben estar en tierra firme de Yucatán en la Septentrional América

Tendría de ámbito la peña, que terminaba esta punta, como doscientos pasos y por todas partes la cercaba el mar, y aun, tal vez por la violencia con que la hería, se derramaba por toda ella con grande ímpetu.

No tenía árbol ni cosa alguna a cuyo abrigo pudiésemos repararnos contra el viento, que soplaba vehementísimo y destemplado; pero haciéndole a Dios Nuestro Señor repetidas súplicas y promesas y persuadidos a que estábamos en parte donde jamás saldríamos, se pasó la noche.

Perseveró el viento y, por el consiguiente, no se sosegó el mar hasta de allí a tres días; pero, no obstante, después de haber amanecido, reconociendo su cercanía, nos cambiamos a tierra firme, que distaría

de nosotros como cien pasos y no pasaba de la cintura el agua, donde más hondo.

Estando todos muertos de sed, y no habiendo agua dulce en cuanto se pudo reconocer en algún espacio, posponiendo mi riesgo al alivio y conveniencia de aquellos míseros, determiné ir a bordo y, encomendándome con todo afecto a María Santísima de Guadalupe, me arrojé al mar y llegué al navío, de donde saqué un hacha para cortar y cuanto me pareció necesario para hacer fuego.

Hice segundo viaje y, a empellones, o por mejor decir, milagrosamente, puse un barrilete de agua en la misma playa, y no atreviéndome aquel día a tercer viaje, después que apagamos todos nuestra ardiente sed, hice que comenzasen los más fuertes a destrozar palmas, de las muchas que allí había, para comer los cogollos y, encendiendo candela, se pasó la noche.

Halláronse el día siguiente unos charcos de agua (aunque algo salobre) entre aquellas palmas y, mientras se congratulaban) los compañeros por este hallazgo, acompañándome Juan de Casas, pasé al navío, de donde, en el cayuco que allí traíamos (siempre con riesgo por el mucho mar y la vehemencia del viento), sacamos a tierra el velacho, las dos velas del trinquete y gavia y pedazos de otras.

Sacamos también escopetas, pólvora y municiones y cuanto nos pareció por entonces más necesario para cualquier accidente.

Dispuesta una barraca en que cómodamente cabíamos todos, no sabiendo a qué parte de la costa se había de caminar para buscar gente, elegí sin motivo especial la que corre al sur. Yendo conmigo Juan de Casas, y después de haber caminado aquel día como cuatro leguas, matamos dos puercos monteses y, escrupulizando el que se perdiese aquella

carne en tanta necesidad, cargamos con ellos para que los lograsen los compañeros.

Repetimos lo andado a la mañana siguiente hasta llegar a un río de agua salada, cuya ancha y profunda boca nos atajó los pasos y, aunque por haber descubierto unos ranchos antiquísimos hechos de paja, estábamos persuadidos a que dentro de breve se hallaría gente, con la imposibilidad de pasar adelante, después de cuatro días de trabajo nos volvimos tristes.

Hallé a los compañeros con mucho mayores aflicciones que las que yo traía, porque los charcos de donde se proveían de agua se iban secando, y todos estaban tan hinchados que parecían hidrópicos.

Al segundo día de mi llegada se acabó el agua y aunque por el término de cinco se hicieron cuantas diligencias nos dictó la necesidad para conseguirla, excedía a la de la mar, en la amargura, la que se hallaba.

A la noche del quinto día, postrados todos en tierra, y más con los afectos que con la voces, por sernos imposible el articularlas, le pedimos a la Santísima Virgen de Guadalupe el que, pues era fuente de aguas vivas para sus devotos, compadeciéndose de lo que ya casi agonizábamos con la muerte, nos socorriese como a hijos, protestando no apartar jamás de nuestra memoria, para agradecérselo, beneficio tanto. Bien sabéis, madre y señora mía amantísima, el que así pasó.

Antes que se acabase la súplica, viniendo por el sueste la turbonada, cayó un aguacero tan copioso sobre nosotros, que, refrigerando los cuerpos y dejándonos en el cayuco y en cuantas vasijas allí teníamos provisión bastante, nos dio las vidas.

Era aquel sitio no sólo estéril y falto de agua, sino muy enfermo, y aunque así lo reconocían los com-

pañeros, temiendo morir en el camino, no había modo de convencerlos para que lo dejásemos; pero quiso Dios que lo que no recabaron mis súplicas, lo consiguieron los mosquitos (que también allí había) con su molestia y ellos eran, sin duda alguna, los que en parte les habían causado las hinchazones, que he dicho, con sus picadas.

Treinta días se pasaron en aquel puesto comiendo chachalacas, palmitos y algún marisco, y antes de salir de él, por no omitir diligencia, pasé al navío que hasta entonces no se había escatimado y, cargando con bala toda la artillería, la disparé dos veces.

Fue mi intento el que, si acaso había gente la tierra adentro, podía ser que les moviese el estruendo a saber la causa y que, acudiendo allí, se acabasen nuestros trabajos con su venida.

Con esta esperanza me mantuve hasta el siguiente día, en cuya noche (no sé como), tomando fuego un cartucho de a diez que tenía en la mano, no sólo me la abrasó sino que me maltrató un muslo, parte del pecho, toda la cara y me voló el cabello.

Curado como mejor se pudo con ungüento blanco, que en la caja de medicina que me dejó el condestable se había hallado, y a la subsecuente mañana dándoles a los compañeros el aliento, de que yo más que ellos necesitaba, salí de allí.

Quedóse (ojalá la pudiéramos haber traído con nosotros, aunque fuera a cuestas, por lo que adelante diré), quedóse, digo, la fragata, que, en pago de lo mucho que yo y los míos servimos a los ingleses, nos dieron graciosamente.

Era (y no sé si todavía lo es) de treinta y tres todos de quilla y con tres aforros, los palos y vergas de excelentísimo pino, la fábrica toda de lindo gálido, y tanto, que corría ochenta leguas por singladura con viento fresco; quedáronse en ella y en las

playas nueve piezas de artillería de hierro, con más de dos mil balas de a cuatro, de a seis y de a diez, y todas de plomo; cien quintales, por lo menos, de este metal; cincuenta barras de estaño; sesenta arrobas de hierro; ochenta barras de cobre del Japón; muchas tinajas de la China; siete colmillos de elefante; tres barriles de pólvora; cuarenta cañones de escopetas; diez llaves; una caja de medicinas y muchas herramientas de cirujano.

Bien provisionados de pólvora y municiones y no otra cosa, y cada uno de nosotros con escopeta, comenzamos a caminar por la misma marina la vuelta del norte, pero con mucho espacio por la debilidad y flaqueza de los compañeros, y en llegar a un arroyo de agua dulce, pero bermeja, que distaría del primer sitio menos de cuatro leguas, se pasaron dos días.

La consideración de que a este paso sólo podíamos acercarnos a la muerte y con mucha priesa, me obligó a que, valiéndome de las más suaves palabras que me dictó el cariño, les propusiese el que, pues ya no les podía faltar el agua, y como víamos acudía allí mucha volatería que les aseguraba el sustento, tuviesen a bien el que, acompañado de Juan de Casas me adelantase hasta hallar poblado, de donde protestaba volvería cargado de refresco para sacarlos de allí.

Respondieron a esta proposición con tan lastimeras voces y copiosas lágrimas, que me las sacaron de lo más tierno del corazón en mayor raudal.

Abrazándose de mí, me pedían con mil amores y ternuras que no les desamparase, y que, pareciendo imposible en lo natural poder vivir el más robusto ni aun cuatro días, siendo la demora tan corta, quisiese, como padre que era de todos, darles mi bendición en sus postreras boqueadas y que después prosiguiese, muy enhorabuena, a buscar el descanso que

a ellos les negaba su infelicidad y desventura en tan extraños climas.

Convenciéronme sus lágrimas a que así lo hiciese; pero, pasados seis días sin que mejorasen, reconociendo el que yo me iba hinchando y que mi falta les aceleraría la muerte, temiendo, ante todas cosas la mía, conseguí el que, aunque fuese muy poco a poco, se prosiguiese el viaje.

Iba yo y Juan de Casas descubriendo lo que habían de caminar los que me seguían, y era el último, como más enfermo, Francisco de la Cruz, sangley, a quien, desde el trato de cuerda que le dieron los ingleses antes de llegar a Caponiz, le sobrevinieron mil males, siendo el que ahora le quitó la vida dos hinchazones en los pechos y otra en el medio de las espaldas, que le llegaba al cerebro.

Habiendo caminado como una legua, hicimos alto, y siendo la llegada de cada uno según sus fuerzas, a más de las nueve de la noche no estaban juntos, porque este Francisco de la Cruz aún no había llegado.

En espera suya se pasó la noche y, dándole orden a Juan de Casas que prosiguiera el camino antes que amaneciese, volví en su busca; hallélo a cosa de media legua, ya casi boqueando, pero en su sentido. Deshecho en lágrimas, y con mal articuladas razones, porque me las embargaba el sentimiento, le dije lo que, para que muriese conformándose con la voluntad de Dios y en gracia suya, me pareció a propósito y poco antes del medio día rindió el espíritu.

Pasadas como dos horas, hice un profundo hoyo en la misma arena y, pidiéndole a la Divina Majestad el descanso de su alma, lo sepulté y, levantando una cruz (hecha de dos toscos maderos) en aquel lugar, me volví a los míos.

Hallélos alojados delante de donde habían salido como otra legua y a Antonio González, el otro san-

gley, casi moribundo y, no habiendo regalo que poder hacerle ni medicina alguna con que esforzarlo, estándolo consolando, o de triste o de cansado me quedé dormido y, dispertándome el cuidado a muy breve rato, lo hallé difunto.

Dímosle sepultura entre todos el siguiente día y, tomando por asunto una y otra muerte, los exhorté a que caminásemos cuanto más pudiésemos, persuadidos a que así sólo se salvarían las vidas.

Anduviéronse aquel día como tres leguas y en los tres siguientes se granjearon quince y fue la causa que, con el ejercicio del caminar, al paso que se sudaba se revolvían las hinchazones y se nos aumentaban las fuerzas.

Hallóse aquí un río de agua salada muy poco ancho y en extremo hondo y, aunque retardó por todo un día un manglar muy espeso el llegar a él, reconocido después de sondearlo faltarle vado, con palmas que se cortaron se le hizo puente y se fue adelante, sin que el hallarme en esta ocasión con calentura me fuese estorbo.

Al segundo día que allí salimos, yendo yo y Juan de Casas precediendo a todos, atravesó por el camino que llevábamos un disforme oso y, no obstante el haberlo herido con la escopeta, se vino para mí y, aunque me defendía yo con el mocho como mejor podía, siendo pocas mis fuerzas y las suyas muchas, a no acudir a ayudarme mi compañero, me hubiera muerto; dejámoslo allí tendido, y se pasó de largo.

Después de cinco días de este suceso, llegamos a una punta de piedra, de donde me parecía imposible pasar con vida por lo mucho que me había postrado la calentura, y ya entonces estaban notablemente recobrados todos o, por mejor decir, con salud perfecta.

Hecha mansión, y mientras entraban en el monte adentro a buscar comida, me recogí a un rancho que,

con una manta que llevábamos, al abrigo de una peña me habían hecho, y quedó en guardia mi esclavo, Pedro.

Entre las muchas imaginaciones que me ofreció el desconsuelo en esta ocasión, fue la más molesta el que sin duda estaba en las costas de la Florida en la América y que, siendo cruelísimos en extremo sus habitadores, por último habíamos de rendir las vidas en sus sangrientas manos.

Interrumpióme estos discursos mi muchacho con grandes gritos, diciéndome que descubría gente por la costa y que venía desnuda.

Levantéme asustado y, tomando en la mano la escopeta, me salí fuera y, encubierto de la peña a cuyo abrigo estaba, reconocí dos hombres desnudos con cargas pequeñas a las espaldas y haciendo ademanes con la cabeza como quien busca algo; no me pesó de que viniesen sin armas y, por estar ya a tiro mío, les salí al encuentro.

Turbados ellos mucho más sin comparación que lo que yo lo estaba, lo mismo fue verme que arrodillarse y, puestas las manos, comenzaron a dar voces en castellano y a pedir cuartel.

Arrojé yo la escopeta y llegándome a ellos los abracé, y respondiéronme a las preguntas que inmediatamente les hice; dijéronme que eran católicos y que, acompañando a su amo que venía atrás y se llamaba Juan González y era vecino del pueblo de Tejozuco, andaban por aquellas playas buscando ámbar; dijeron también el que era aquella costa la que llamaban de Bacalal en la Provincia de Yucatán.

Siguióse a estas noticias tan en extremo alegres, y más en ocasión en que la vehemencia de mi tristeza me ideaba muerto entre gentes bárbaras, el darle a Dios y a su Santísima Madre repetidas gracias y, disparando tres veces, que era contraseña

para que acudiesen los compañeros, con su venida que fue inmediata y acelerada, fue común entre todos el regocijo.

No satisfechos de nosotros los yucatecos, dudando si seríamos de los piratas ingleses y franceses que por allí discurren, sacaron de lo que llevaban en sus mochilas para que comiésemos, y dándoles (no tanto por retorno, cuanto porque depusiesen el miedo que en ellos víamos) dos de nuestras escopetas, no las quisieron.

A breve rato nos avistó su amo, porque venía siguiendo a sus indios con pasos lentos y, reconociendo el que quería volver aceleradamente atrás para meterse en lo más espeso del monte, donde no sería fácil el que lo hallásemos, quedando en rehenes uno de sus dos indios, fue el otro, a persuasiones y súplicas nuestras, a asegurarlo.

Después de una larga plática que entre sí tuvieron, vino, aunque con sobresalto y recelo según por el rostro se le advertía y en sus palabras se denotaba, a nuestra presencia; y hablándole yo con grande benevolencia y cariño y haciéndole una relación pequeña de mis trabajos grandes, entregándole todas nuestras armas para que depusiese el miedo con que lo víamos, conseguí el que se quedase con nosotros aquella noche, para salir a la mañana siguiente donde quisiese llevarnos.

Díjonos, entre varias cosas que se parlaron, le agradeciésemos a Dios por merced muy suya el que no me hubiesen visto sus indios primero y a largo trecho, porque, si teniéndonos por piratas se retiraran al monte para guarecerse en su espesura, jamás saldríamos de aquel paraje inculto y solitario, porque nos faltaba embarcación para conseguirlo.

VII

Pasan a Tejozuco; de allí a Valladolid, donde experimentan molestias; llegan a Mérida; vuelve Alonso Ramírez a Valladolid y son aquéllas mayores. Causa porque vino a México y lo que de ello resulta

Si a otros ha muerto un no esperado júbilo, a mí me quitó la calentura el que ya se puede discurrir si sería grande. Libre, pues, de ella, salimos de allí cuando rompía el día y, después de haber andado por la playa de la ensenada una legua, llegamos a un puertecillo donde tenían varada una canoa que habían pasado; entramos en ella y, quejándonos todos de mucha sed, haciéndonos desembarcar en una pequeña isla de las muchas que allí se hacen, a que viraron luego, hallamos un edificio, al parecer antiquísimo, compuesto de solas cuatro paredes y, en el medio de cada una de ellas una pequeña puerta y a correspondencia otra, en el medio, de mayor altura (sería la de las paredes de afuera como tres estados).

Vimos también, allí cerca, unos pozos hechos a mano y llenos de excelente agua. Después que bebimos hasta quedar satisfechos, admirados de que en un islote, que bojeaba doscientos pasos, se hallase agua y con las circunstancias del edificio que tengo dicho, supe el que no sólo éste, sino otros que se hallan en partes de aquella provincia y mucho mayores, fueron fábrica de gente que, muchos siglos antes que la conquistaran los españoles, vinieron a ella.

Prosiguiendo nuestro viaje, a cosa de las nueve del día se divisó una canoa de mucho porte. Asegurándonos la vela que traían (que reconoció ser de

petate, o estera, que todo es uno), no ser piratas ingleses como se presumió, me propuso Juan Gonzáles el que les embistiésemos y los apresásemos.

Era el motivo, que para cohonestarlo se le ofreció, el que eran indios gentiles de la sierra los que en ella iban, y que, llevándolos al cura de su pueblo para que los catequizase, como cada día lo hacía con otros, le haríamos con ello un estimable obsequio, a que se añadía el que, habiendo traído bastimentos para solos tres, siendo ya nueve los que allí ya íbamos y muchos los días que, sin esperanza de hallar comida, habíamos de consumir para llegar a poblado, podíamos, y aun debíamos, valernos de los que sin duda llevaban los indios.

Parecióme conforme a razón lo que proponía y a vela y remo les dimos caza. Eran catorce las personas (sin unos muchachos) que en la canoa iban y, habiendo hecho poderosa resistencia disparando sobre nosotros lluvias de flechas, atemorizados de los tiros de escopeta que, aunque eran muy continuos y espantosos, iban sin balas, porque, siendo impiedad matar a aquellos pobres sin que nos hubiesen ofendido ni aun levemente, di rigurosa orden a los míos de que fuese así.

Después de haberles abordado, le hablaron a Juan González, que entendía su lengua y, prometiéndole un pedazo de ámbar que pesaría dos libras y cuanto maíz quisiésemos del que allí llevaban, le pidieron la libertad.

Propúsome el que, si así me parecía, se les concediese y, desagradándome el que más se apeteciese el ámbar que la reducción de aquellos miserables gentiles al gremio de la iglesia católica, como me insinuaron, no vine en ello.

Guardóse Juan González el ámbar y, amarradas las canoas y asegurados los prisioneros, proseguimos nuestra derrota hasta que, atravesada la ensenada ya casi entrada la noche, saltamos en tierra.

Gastóse el día siguiente en moler maíz y disponer bastimento para los seis que dijeron habíamos de tardar para pasar el monte y, echando por delante a los indios con la provisión, comenzamos a caminar; a la noche de este día, queriendo sacar lumbre con mi escopeta, no pensando estar cargada y no poniendo por esta inadvertencia el cuidado que se debía, saliéndoseme de las manos y lastimándome el pecho y la cabeza, con el no prevenido golpe se me quitó el sentido.

No volví en mi acuerdo hasta que cerca de media noche comenzó a caer sobre nosotros tan poderoso aguacero, que inundando el paraje en que nos alojamos y pasando casi por la cintura la avenida, que fue improvisa, perdimos la mayor parte del bastimento y toda la pólvora, menos la que tenía en mi graniel.

Con esta incomodidad y, llevándome cargado los indios porque no podía moverme, dejándonos a sus dos criados para que nos guiasen y habiéndose Juan González adelantado, así para solicitarnos algún refresco como para noticiar a los indios de los pueblos inmediatos, adonde habíamos de ir, el que no éramos piratas, como podían pensar, sino hombres perdidos que íbamos a su amparo, proseguimos por el monte nuestro camino, sin un indio y una india de los gentiles, que, valiéndose del aguacero, se nos huyeron; pasamos excesiva hambre hasta que, dando en un platanal, no sólo comimos hasta satisfacernos, sino que, proveídos de plátanos asados, se pasó adelante.

Noticiado por Juan González el beneficiado de Tejozuco (de quien ya diré) de nuestros infortunios, nos despachó al camino un muy buen refresco y, fortalecidos con él, llegamos al día siguiente a un pueblo de su feligresía, que dista como una legua de la cabecera y se nombra Tila, donde hallamos gente de parte suya que, con un regalo de chocolate y comida espléndida, nos esperaba.

Allí nos detuvimos hasta que llegaron caballos en que montarnos y, rodeados de indios que salían a vernos como cosa rara, llegamos al pueblo de Tejozuco como a las nueve del día.

Es pueblo no sólo grande, sino delicioso y ameno; asisten en él muchos españoles y, entre ellos, don Melchor Pacheco, a quien acuden los indios como a su encomendero.

La iglesia parroquial se forma de tres naves y está adornada con excelentes altares, y cuida de ella, como su cura beneficiado, el licenciado don Cristóbal de Muros, a quien jamás pagaré dignamente lo que le debo y para cuya alabanza me faltan voces.

Saliónos a recibir con el cariño de padre y, conduciéndonos a la iglesia, nos ayudó a dar a Dios Nuestro Señor las debidas gracias por habernos sacado de la opresión tirana de los ingleses, de los peligros en que nos vimos por tantos mares y de los que últimamente toleramos en aquellas costas; y, acabada nuestra oración, acompañados de todo el pueblo, nos llevó a su casa.

En ocho días que allí estuvimos a mí y a Juan de Casas nos dio su mesa abastecida de todo, y desde ella enviaba siempre sus platos a diferentes pobres.

Acudióseles también, y a proporción de lo que con nosotros se hacía, no sólo a los compañeros sino a los indios gentiles en abundancia.

Repartió estos (después de haberlos vestido) entre otros que ya tenían bautizados de los de su nación para catequizarlos, disponiéndonos para la confesión de que estuvimos imposibilitados por tanto tiempo; oyéndonos con la paciencia y cariño que nunca he visto, conseguimos el día de Santa Catalina que nos comulgase.

En el ínterin que esto pasaba, notició a los alcaldes de la Villa de Valladolid (en cuya comarca cae aquel pueblo) de lo sucedido y, dándonos carta así para ellos como para el guardián de la Vicaría de Tixcacal, que nos recibió con notable amor, salimos de Tejozuco para la villa, con su beneplácito.

Encontrónos en este pueblo de Tixcacal un sargento, que remitían los alcaldes para que nos condujese y, en llegando a la villa y a su presencia, les di carta.

Eran dos estos alcaldes, como en todas partes se usa; llámase el uno don Francisco de Zelerum, hombre, a lo que me pareció, poco entremetido y de muy buena intención, y el otro, don Ziphirino de Castro.

No puedo proseguir sin referir un donosísimo cuento que aquí pasó. Sabiéndose, porque yo se lo había dicho a quien lo preguntaba, ser esclavo mío el negrillo Pedro, esperando uno de los que me habían examinado a que estuviese solo, llegándose a mí y echándome los brazos al cuello, me dijo así:

—¿Es posible, amigo y querido paisano mío, que os ven mis ojos? ¡Oh, cuántas veces se me han anegado en lágrimas al acordame de vos! ¡Quién me dijera que os había de ver en tanta miseria! Abrazadme recio, mitad de mi alma, y dadle gracias a Dios de que esté yo aquí.

Preguntéle quién era y cómo se llamaba, porque de ninguna manera lo conocía.

—¿Cómo es eso?, me replicó, cuando no tuvísteis en vuestros primeros años mayor amigo y, para que conozcais el que todavía soy el que entonces era, sabed que corren voces que sois espía de algún corsario; y noticiado de ello el gobernador de esta provincia, os hará prender y sin duda alguna os atormentará. Yo, por ciertos negocios en que intervengo, tengo con su señoría relación estrecha, y lo mismo es proponerle yo una cosa que ejecutarla. Bueno será granjearle la voluntad presentándole ese negro, y para ello no será malo el que me hagáis donación de él. Considerad que el peligro en que os veo es en extremo mucho. Guardadme el secreto y mirad por vos, si así no se hace, persuadiéndoos a que no podrá redimir vuestra vejación si lo que os propongo como tan querido y antiguo amigo vuestro, no tiene forma.

—No soy tan simple, les respondí, que no reconozca ser vuestra merced un grande embustero y que puede dar lecciones de robar a los mayores corsarios. A quien me regalare con trescientos reales de a ocho, que vale, le regalaré con mi negro, y vaya con Dios.

No me replicó porque, llamándome de parte de los alcaldes, me quité de allí. Era don Francisco de Zelerum no sólo alcalde, sino también teniente, y como de la declaración que le hice de mis trabajos resultó saberse por toda la villa lo que dejaba en las playas, pensando mucho el que, por la necesidad casi extrema que padecía, haría baratas, comenzaron a prometerme dinero porque les vendiese siquiera lo que estaba en ellas, y me daban luego quinientos pesos.

Quise admitirlos y volver con algunos que me ofrecieron su compañía, así para remediar la fragata

como para poner cobro a lo que en ella tenía; pero, enviándome a notificar don Ziphirino de Castro el que debajo de graves penas no saliese de la villa para las playas, porque la embarcación y cuanto en ella venía pertenecía a la cruzada, me quedé suspenso y, acordándome del sevillano Miguel, encogí los hombros.

Súpose también cómo al encomendero de Tejozuco, don Melchor Pacheco, le di un cris y un espadín mohoso que conmigo traía y de que por cosa extraordinaria se aficionó y persuadidos, por lo que dije del saqueo de Ciudadana, a que tendrían empuñadura de oro y diamantes, despachó luego al instante por él con iguales penas, y noticiado de que quería yo pedir de mi justicia y que se me oyese, al segundo día me remitieron a Mérida.

Lleváronme con la misma velocidad con que yo huía con mi fragata cuando avistaba ingleses y, sin permitirme visitar el milagroso santuario de Nuestra Señora de Ytzamal, a ocho de diciembre de 1689 dieron conmigo mis conductores en la ciudad de Mérida.

Reside en ella como gobernador y capitán general de aquella provincia don Juan Joseph de la Bárcena y, después de haberle besado la mano yo y mis compañeros y dándole extrajudicial relación de cuanto queda dicho, me envió a las que llaman Casas Reales de San Cristóbal y a 15, por orden suyo, me tomó declaración de lo mismo el Sargento Mayor Francisco Guerrero, y a 7 de enero de 1690, Bernardo Sabido, escribano real, certificación de que, después de haber salido perdido por aquellas costas, me estuve hasta entonces en la ciudad de Mérida.

Las molestias que pasé en esta ciudad no son ponderables. No hubo vecino de ella que no me hiciese

relatar cuanto aquí se ha escrito y esto, no una, sino muchas veces. Para esto solían llevarme a mí y a los míos de casa en casa, pero al punto de medio día me despachaban todos.

Es aquella ciudad, y generalmente toda la provincia, abundante y fértil y muy barata y, si no fue el Licenciado don Cristóbal de Muros mi único amparo, un criado del encomendero don Melchor Pacheco, que me dio un capote, y el ilustrísimo señor obispo don Juan Cano y Sandoval, que me socorrió con dos pesos, no hubo persona alguna que, viéndome a mí y a los míos casi desnudos y muertos de hambre, extendiese la mano para socorrerme.

Ni comimos en las que llaman Casas Reales de San Cristóbal (son un honrado mesón en que se albergan forasteros), sino lo que nos dieron los indios que cuidan de él y se redujo a tortillas de maíz y cotidianos frijoles. Porque, rogándoles una vez a los indios el que mudasen manjar, diciendo que aquello lo daban ellos (póngase por esto en el catálogo de mis benefactores) sin esperanza de que se lo pagase quien allí nos puso y que así me contentase con lo que gratuitamente me daban, callé mi boca.

Faltándome los frijoles con que en las Reales Casas de San Cristóbal me sustentaron los indios, y fue esto en el mismo día en que, dándome la certificación, me dijo el escribano tenía ya libertad para poder irme donde gustase, valiéndome del Alférez Pedro Flores de Ureña, paisano mío, a quien, si a correspondencia de su pundonor y honra le hubiera acudido la fortuna, fuera sin duda alguna muy poderoso, precediendo información que di con los míos de pertenecerme, y con declaración que hizo el negro Pedro de ser mi esclavo, lo vendí en trescientos pesos, con que vestí a aquéllos; y dándoles alguna

ayuda de costa para que buscasen su vida, permití (porque se habían juramentado de asistirme siempre) pusiesen la proa de su elección donde los llamase el genio.

Prosiguiendo don Ziphirino de Castro en las comenzadas diligencias para recaudar, con el pretexto frívolo de la Cruzada, lo que la Bula de la Cena me aseguraba en las playas y en lo que estaba a bordo, quiso abrir camino en el monte para conducir a la villa en recuas lo que a hombros de indios no era muy fácil.

Opúsose el beneficiado don Cristóbal de Muros, previniendo era facilitarles a los corsantes y piratas que por allí cruzan el que robasen los pueblos de su feligresía, hallando camino andable y no defendido para venir a ellos.

Llevóme la cierta noticia que tuve de esto, a Valladolid; quise pasar a las playas a ser ocular testigo de la iniquidad que contra mí y los míos hacían los que, por españoles y católicos, estaban obligados a ampararme y a socorrerme con sus propios bienes; y llegando al pueblo de Tila, con amenazas de que sería declarado por traidor al rey, no me consintió el Alférez Antonio Zapata el que pasase de allí, diciendo tenía orden de don Ziphirino de Castro para hacerlo así.

A persuasiones y con fomento de don Cristóbal de Muros, volví a la ciudad de Mérida y, habiendo pasado la semana santa en el santuario de Ytzamal, llegué a aquella ciudad el miércoles después de Pascua. Lo que decretó el gobernador, a petición que le presenté, fue tenía orden del excelentísimo señor virrey de la Nueva España para que viniese a su presencia con brevedad.

No sirvieron de cosa alguna réplicas mías y, sin dejarme aviar, salí de Mérida domingo, 2 de abril.

Viernes 7, llegué a Campeche; jueves 13, en una balandra del capitán Peña, salí del puerto. Domingo 16, salté en tierra en la Veracruz. Allí me aviaron los oficiales reales con veinte pesos y, saliendo de aquella ciudad a 24 del mismo mes, llegué a México a 4 de mayo.

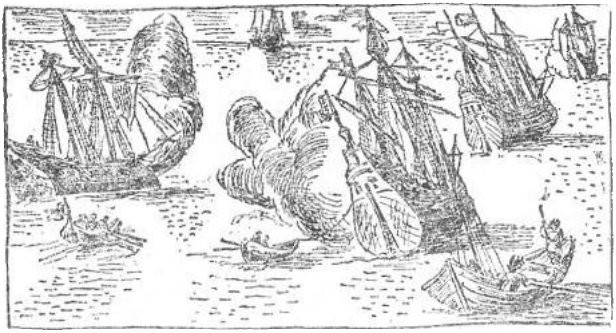
El viernes siguiente besé la mano a su excelencia y, correspondiendo sus cariños afables a su presencia augusta, compadeciéndose primero de mis trabajos y congratulándose de mi libertad con parabienes y plácemes, escuchó atento cuanto en la vuelta entera que he dado al mundo queda escrito y allí sólo le insinué a su excelencia en compendio breve.

Mandóme (o por el afecto con que lo mira o, quizá, porque, estando enfermo, divirtiese sus males con la noticia que yo le daría de los muchos míos) fuese a visitar a don Carlos de Sigüenza y Góngora, cosmógrafo y catedrático de matemáticas del rey nuestro señor en la Academia Mexicana, y capellán mayor del Hospital Real del Amor de Dios de la ciudad de México (títulos son éstos que suenan mucho y valen muy poco, y a cuyo ejercicio le empeña más la reputación que la conveniencia). Compadecido de mis trabajos, no sólo formó esta Relación en que se contienen, sino que me consiguió con la intercesión y súplicas que en mi presencia hizo al excelentísimo señor, decreto para que don Sebastián de Guzmán y Córdoba, factor, veedor y proveedor de las cajas reales, me socorriese, como se hizo. Otro para que se me entretenga en la real armada de Barlovento, hasta acomodarme y mandamiento para que el gobernador de Yucatán haga que los ministros que corrieron con el embargo o seguro de lo que estaba en las playas y hallaron a bordo, a mí o a mi podatorio, sin réplica ni pretexto, lo entreguen todo.

Ayudóme para mi viaje con lo que pudo y, disponiendo bajase a la Veracruz en compañía de don Juan Enríquez Barroto, capitán de la artillería de la real armada de Barlovento, mancebo excelentemente consumado en la hidrografía, docto en las ciencias matemáticas y por eso íntimo amigo y huésped suyo en esta ocasión, me excusó de gastos.

RELACIÓN DE LO SUCEDIDO A LA ARMADA DE BARLOVENTO

Relación De Lo Sucedido a la Armada De Barlovento a fines del año pasado, y principios de este de 1691. Victoria Que contra los Franceses, que ocupan la Costa del norte de la Isla de Santo Domingo tuvieron, con la ayuda de dicha Armada los Lanzeros, y milicia Española de aquella Isla, abrasando el Puerto de Guarico, y otras Poblaciones. Debido todo al influxo, y providentissimos ordenes del Excelentissimo Señor D. Gaspar de Sandoval Cerda, Silva, y Mendoza, Conde de Galve, & meritissimo Virrey, Governador, y Capitán General de esta Nueva España. Con licencia de los Superiores en México por los Herederos de la Viuda de Bernardo Calderón año de 1691.



Para que admiren, no sólo esta ciudad de México, sino aun las más distantes provincias, cómo ayuda el cielo al excelentísimo señor don Gaspar de Sandoval, Cerda, Silva y Mendoza, conde de Galve y meritísimo virrey de la Nueva España, en sus disposiciones, que necesariamente las ha de gobernar el acierto, porque la piedad que le asiste no se las deja errar, quise, valiéndome de las cartas y diarios que se escribieron a su excelencia y con orden suyo, disponer esta Relación, para que, sabiéndose ser (mediante sus buenos originales) muy verdadera, sea el regocijo de todos, al leerla, en extremo grande.

Que esté en las manos de Dios el corazón de los que gobiernan, para inclinarlos fácilmente a lo que fuere su agrado, es verdad que dijo el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura; y que así sucediese en lo presente nos lo asegura el suceso. Fue la isla de Santo Domingo la primera de la América en que se enseñó por los españoles la religión católica, y es hoy la que ocupada de franceses (y por la mayor parte hugonotes) por su costa septentrional, está siempre clamando, a quien puede hacerlo, el que lo remedie. Esta consideración y Dios, que quiso el que fuese así,

estimuló sin duda a este excelentísimo príncipe a que de su voluntad espontánea (por algunas noticias, que de las hostil'dades, que ejecutaron los franceses en aquella isla, solicitó su vigilancia) le enviase al presidente de ella la real armada de Barlovento, para el fin que previó en su idea y que, mediante su orden, se consiguió glorioso.

Logro era de muchos años lo que en pocos días hizo la armada; y fue porque, según las propiedades de la forma son las operaciones del cuerpo, siendo razón, que donde hay mucho espíritu que vivifique, no falte el vigor a las manos en lo que debe de hacerse. Éstas y aquél están hoy en buena correspondencia por nuestra dicha y, porque al ejemplar de lo que se ha visto, se adelantarán los progresos en lo que se espera, justo es se publiquen, a beneficio de la imprenta, los que ya digo para que se nos dé ocasión el año siguiente de referir otros que sean mayores.

A las once del día 19 de julio del año pasado de 1690, salieron del puerto de San Juan de Ulúa veinte y tres embarcaciones: las catorce de que se componía la flota del cargo del conde de Villanueva; una para La Habana; otra para Campeche; dos para Cartagena, y cinco fragatas de guerra, de que constaba la real armada de Barlovento, que gobierna el general don Jacinto Lope Gijón. Iba bastimentada para seis meses, no sólo para convoyar la flota hasta desembocar, sino para llevar a los presidios de La Habana, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo los situados de reales, pólvora, armas y medicinas con que se les socorre de Nueva España todos los años.

Los malos tiempos y casi continuas calmas retardaron el viaje treinta y cinco días, en que padecieron descalabros las fragatas Concepción y San Nicolás, pero las mismas calmas dieron lugar a reconocer lo que obligaba a ésta dar quinientos zunchazos

a la bomba en una ampolleta, y hallándose debajo de las tablas del aforro en la quilla, avante de la amura y hacia el codaste, se remedió como se pudo y se minoró con ello la mitad del agua. A 18 de agosto se avistaron en la costa de La Habana las Sierras de los Órganos. A 21, la fragata San Nicolás, con el resto de la flota, se entró en el puerto y, aunque pudo la Armada ejecutar lo mismo, hallándose entonces la Capitana y Almiranta de flota ocho leguas a Sotavento, no le pareció al general don Jacinto Lópe Gijón cumplía, con sus grandes obligaciones, sino acompañándolas, y así lo hizo hasta que a 23 dieron todos fondo.

Lunes 4 de septiembre (no obstante que la fragata San Nicolás no se había aprontado hasta entonces para hacer viaje), por convoyar a la flota, salió del puerto de La Habana la real armada. Navegóse sin accidente hasta el día 9, en que la Almiranta dio caza y trujo a bordo de la Capitana una balandra inglesa: iba cargada de sal y, diciendo su capitán había salido de Jamaica para Providencia, Isla de los Lucayos (y así constaba por su patente) donde por falta de gente y de bastimentos se retardó seis meses y que proseguía su viaje a la Carolina, que es en la costa de la Nueva Inglaterra, se dejó ir libre.

Martes 12 del mismo, se despidieron los dos generales, el de la flota para la vuelta de España y el de la armada para seguir su derrota, y continuándola para la Isla de Puerto Rico, a 27 se vio una vela por Barlovento; y advirtiendo que botaba sobre la armada a reconocerlo, y que juntamente hacía la seña que se le había dado, se reconoció ser la fragata San Nicolás, que venía ya remediada en busca de la Armada y se incorporó con ella.

A 6 de octubre, estando en altura de 27 grados y 37 minutos, se vio vela luego al amanecer, y hacien-

do seña con la bandera la Capitana, hizo por ella el patache, nombrado el Santo Cristo de San Román, del cargo del capitán don Tomás de Torres, a quien siguió el capitán don Andrés de Arriola en San Nicolás. Costó grande trabajo el reconocerlo, por ser el viento puntero y poco y, disparándole pieza para que amainase, respondió con ba.a, y batiendo la bandera holandesa con que venía, largó una francesa y presentó la batalla con tan gran denuedo y resistencia, que duró tres horas, gastando cuatrocientos cartuchos de pólvora en su defensa; y aunque procuró antes ponerse en diferentes derrotas, por último abatió la bandera y amainó las velas y se rindió.

Era un p'ngüe francés de cuatrocientas toneladas, diez y seis piezas montadas y cuarenta y siete hombres de dotación que, cargado de azúcar, algodón, añil, cacao, cañafístola y algún tabaco, había salido de la Martinica para San Maló, en Francia. Quedaron heridos quince, y murieron en su defensa cuatro franceses; y de los nuestros, dos en San Nicolás y otro estropeado. Remedióse su aparejo y tomándosele los balazos que tenía debajo del agua, se tripuló con gente española, y se prosiguió el viaje.

A 15 se descubrió por proa otra vela, que venía de vuelta encontrada y, aunque se puso en huída, a las cuatro de la tarde se le dio alcance, y reconociendo ser embarcación mercantil inglesa que, cargada de algodón y azúcar, venía de la Barbada para la Nueva Inglaterra, se dejó pasar.

A 22 se vio tierra de la Isla de San Martín; y a 25, obligados de un pedazo de muy mal tiempo, después de haber entrado por la cabeza del leste de las Vírgenes, por buscar abrigo, por la banda del sur de ellas, contra los muchos Nortes, se fueron costeando y especialmente la Virgen Gorda. Descubrióse la población que en una de ellas, nombrada Santo Tomás,

tienen los dinamarqueses, y con muy buena defensa; y finalmente, pasando por Santa Cruz y Bieque, se dio fondo en Puerto Rico el día siguiente, y fue a los cincuenta y cuatro días que se salió de La Habana. Púsose en tierra el situado, y no habiendo allí noticia de enemigos que motivase cuidado, a 6 de noviembre salió la Armada de aquel puerto, y a las siete de la mañana del día 9, estando sobre la boca del Río de Santo Domingo, se pidieron prácticos para dar fondo y, viniendo éstos a la una, se echaron anclas.

El mismo día, después de haber entregado el situado a oficiales reales, se abocó el general de la armada con don Ignacio Pérez Caro, gobernador y capitán general de aquella Isla y presidente de su Real Audiencia y, abriéndose un pliego que, para que sólo se hiciese en esta ocasión, había entregado el mismo general el excelentísimo señor virrey conde de Galve, se halló orden suyo para que, mancomunándose los dos en las operaciones que fuesen necesarias para desalojar al enemigo francés de lo que tenía usurpado en la costa del norte de aquella Isla, se procediese luego a la ejecución de la empresa.

Para que, en el ínterin que se prevenía lo necesario, se asegurase la armada, se resolvió entrasen los bajeles dentro del puerto. Fue para ello forzoso el que se alijasen y especialmente la Capitana, de donde se sacó toda la artillería, lastre, aguada, bastimentos, municiones, vergas, masteleros y aun hasta las cajas de la gente de mar y de los soldados.

Fue esta noticia para los habitadores de aquella Isla de gran regocijo porque, hallándose irritados de los franceses, no tenían bastante brazo ellos para vengarse. Fue el caso que, a 10 de julio del año pasado de 1690, monsieur Coucy, gobernador de las seis poblaciones que tienen los franceses en la costa

Septentrional y llaman del Cap, hizo una entrada con novecientos hombres hasta la ciudad de Santiago de los Caballeros, que dista de la Santo Domingo treinta y seis leguas, y habiéndola desamparado sus vecinos, por no tener fuerzas ni gente para hacerles oposición, después de haberla robado, le puso fuego, como también a muchos hatos y estancias, con que se asoló la tierra. Recobrados los nuestros del primer susto procuraron con emboscadas embarazarle al francés su retirada, pero sólo se logró una de veinte y cinco lanceros que, cortándoles la retaguardia, con pérdida de catorce hombres les mató setenta y, sin caer en las restantes el enemigo, prosiguió su marcha.

Mientras se aseguraba la armada y se bastimentaba, convocó el presidente los cabos de la milicia de aquella Isla, y convenidos en que, dándoles la mano la armada (acometiendo por mar) ellos por tierra, como baquianos en ella harían su deber, hasta conseguir la venganza; en pocos días se juntaron mil lanceros, así de los vecinos de la ciudad, como de los dueños de los hatos y sus sirvientes, de los cuales y de doscientos mosqueteros, que se sacaron del presidio de la ciudad, se dio el cargo al maestre de campo don Francisco de Segura, gobernador y capitán general que había sido de aquella Isla.

No haciendo caso el general don Jacinto Lope Gijón de que era perder la armada (como los pilotos decían) querer costear la isla por aquel tiempo, por estar los nortes ya muy ventantes, ser mucho el mar y no poder hacer los navíos camino por esta causa, ordenó el que se echase fuera y se pusiese la Capitana como estaba antes y, conseguido esto, a las nueve de la noche del día 26 de diciembre, se hizo a la vela con más dos barcos, que fletó el presidente para el desembarque; y forcejeando contra las corrientes y el viento, viendo que el pingüe francés,

por ser de mala vela, se sotaventeaba, porque no ocasionase algún atraso, ordenó, a tres días de navegar que, asistido del bergantín y una fragata, se volviese al puerto.

Andúvose con poca vela de un bordo y otro esperando a estas dos embarcaciones; pero viendo su dilación (peleando con los tiempos y con gran trabajo), prosiguió la armada hasta pasar a la banda del norte, y a 12 de enero se dio fondo en Monte Christi, de donde el día siguiente se pasó a la bahía del Manzanillo. No había entre todos los de la armada quien tuviese noticia de aquella costa, ni de sus puertos, y así fue necesario valerse de un prisionero francés que se llevó por plático.

Era éste el puesto donde se habían de dar la mano en sus disposiciones el general de la armada y el del ejército; y por tres hombres, que ya éste tenía en la playa y se trujeron a bordo, se supo estar alojado a nueve leguas de allí, y que sin duda vendría a aquel paraje el día siguiente.

A las diez horas de dicho día, llegó a bordo de la Capitana el maestre de campo don Francisco de Segura y, llamándose a junta a los capitanes, se resolvió que, de mil, ciento y cincuenta hombres con que se hallaba, daría trescientos de sus lanceros para que, acompañados de doscientos mosqueteros de la armada, que estaban prontos, avanzasen el Puerto del Guarico, que es allí la población primera de los franceses, mientras él, por el otro lado, hacía lo propio en el Limonal.

Estando en espera de estos lanceros, entraron el día 16 en la bahía el bergantín y fragata, y se supo del capitán desta, don Francisco de Gamarra, habían encontrado cuatro balandras de guerra inglesas en Puerto de Plata y que, llegando el bergantín a hablarles, le respondieron con su escopetería; y que,

retirándose aquél al abrigo de la fragata, les dio ésta con la artillería y mosquetería una buena carga, y respondiendo todos cuatro con el mismo estilo, tiraron para tierra y la fragata y bergantín prosiguieron su viaje.

A 18 llegaron los trescientos lanceros con noticia de que a 21, sin falta, se daría el avance al Limonal, y el mismo día se repartieron en los bajeles. A 19, por juzgar era necesario sondear la barra y canal del puerto, porque se presumía de poca agua, por ganar algún tiempo se levó la armada, pero, haciéndose el viento norte y con mucha celajería obligó a virar la vuelta del puerto para buscar surgidero y, un tiro de mosquete de la punta del Manzanillo, echaron anclas.

Aunque perseveraba al norte y de mal cariz, y decía el plático que jamás había surgido allí embarcación alguna, por el riesgo en que pueden ponerla las muchas peñas, teniendo a los ojos el general la justificación de la empresa, por orden suyo dio fondo en la boca del puerto de Guarico toda la armada. Era ya entrada la noche del día 20 y, con el silencio de ella, fueron las lanchas de la Capitana y Almiranta a sondear la entrada y, acercándose hasta las mismas casas de los franceses con gran recato, hallaron seis brazas de agua en toda ella. No fue esta operación tan silenciosa que no la advirtiesen los enemigos y poniendo candeladas se rompió el nombre.

No estuvieron ociosos los franceses en el tiempo que antecedió a esta noche, porque aunque ignorantes (a lo que presumo) de la cercanía de la armada, sabían muy bien por sus corredores los movimientos de nuestro ejército y, no juzgando conveniente esperar al enemigo en sus propias casas, dando voz a todas las poblaciones, para que acudiesen a la del

Guarico con prevención de armas, pusieron en banderas, sin muchos cabos para su gobierno, 1,200 escopeteros o bocaneros, como ellos dicen, y escuadronándose en la Sabana de Caracoles, arrimados a la ceja del Limonal y todos a pie, menos el sargento mayor que andaba montado, esperaron el choque con grande ánimo.

A no mucha distancia de aquel sitio, se había alojado aquella noche el maestre de campo don Francisco de Segura con sus isleños y, sabiendo la cercanía y orden de los franceses, dejando ciento y cincuenta hombres, así para cubrir algunos puestos en que se pudiera recelar emboscada, como para seguridad del bagaje, hizo frente a su escuadrón con los mosqueteros y escopetas con que se hallaban, que eran trescientos, y dio la retaguardia a los cuatrocientos hombres de lanza que le quedaron. Comenzó su marcha casi de noche con orden de que, al romperse la guerra, se tendiesen en tierra los lanceros y que no se levantasen ni acometiesen hasta oír: *avanza.*

Avistáronse los dos ejércitos cuando esclarecía y, siendo el nuestro el primero que dio su carga, habiéndola retornado el enemigo y repetido otras, al tiempo que, por reconocer menos gente de la que esperaba, se iba estrechando, se dio voz a los lanceros para que avanzasen. Levantáronse éstos como si fueran leones y, partiendo con ligereza sobre el enemigo, no dejaron hombre con hombre en muy breve espacio y, huyendo los franceses por aquellos bosques como si fueran gamos, dándole primero gracias a Dios los nuestros, se cantó victoria.

Quedaron allí muertos doscientos cincuenta franceses, y entre ellos, como valerosos, sus primeros cabos, y fueron monsieur Coucy, gobernador de toda la isla, su teniente Franquinet, el capitán de caba-

llos Marcan, el sargento mayor de Puerto Pe, y todos los capitanes de infantería y corso que allí se hallaban. De los nuestros murieron cincuenta y cinco y un solo capitán, que fue el de la costa de Guaba, y hubo noventa heridos.

En el ínterin que esto sucedía en tierra, levantándose la armada con el terral, yendo por delante las embarcaciones pequeñas con toda la infantería para ponerla en tierra, se comenzó a batir el lugar del Guarico con la artillería de los navíos, y fue tal la violencia y repetición con que esto se hizo, y tanta la resolución con que ejecutó la infantería su desembarque, que, aunque estaban atrincherados los enemigos, desamparando sus defensas se retiraron a los bosques y colinas que dominan sobre aquel terreno.

Hallándose la gente de la armada sin oposición, ocupó el lugar, y disponiendo el general don Jacinto Lope Gijón algunas mangas de mosqueteros, para que tomasen las venidas que podían hacer los que habían huído (satisfecho primero de estar seguro), dio orden al sargento mayor don Joseph de Piña, que lo es del presidio de Santo Domingo, para que, con los quinientos lanceros y mosqueteros, sin perder hora de tiempo, se pusiese en marcha para engrosar el ejército.

Estando los franceses en esta ocasión no sólo desbaratados sino huyendo sin orden por aquellos bosques, no habiéndoles quedado otro cabo sino el sargento mayor del Guarico que los gobernase, a diligencias suyas se rehicieron y, estando disponiendo algunas emboscadas en paraje donde tenían prevenida una pieza de a diez para defender el camino, los acometió don Joseph de Piña por la retaguardia y, habiéndoles muerto (con pérdida de dos de los nuestros) cincuenta hombres y entre ellos su sar-

gento mayor, en muy breve rato desampararon el puesto y, encontrándose en su fuga con el grueso del ejército que, después de saquear el Limonal, marchaba victorioso para el Guarico, acometidos de los nuestros por todas partes, perecieron a manos de los lanceros.

A pocas horas se tuvo noticia en la armada de lo sucedido en tierra y que quedaban en el Limonal nuestros heridos; despacháronse dos balandras para conducirlos al Guarico y, alojándolos en aquel lugar, se les acudió con medicinas para cuerpo y alma.

Interin que el ejército corría la campaña del enemigo, haciendo las hostilidades que después diré, no estuvo la armada ociosa, porque luego el día siguiente, 22 de enero, se vieron dos navíos de mar en fuera y reconociendo esperaban la virazón para entrar al puerto, por asegurarlos mandó el general se quitasen las banderas españolas y se pusiesen francesas y, tripulando los navíos más ligeros con la gente de la Almiranta para todo acontecimiento, dio orden que siguiesen a la Capitana en sus movimientos.

Estando ya adentro y para dar fondo, reconociendo su engaño, volvieron a izar para ponerse en fuga; pero, no pudiendo conseguirlo por ser el viento contrario, tomaron la vuelta de un manglar sin saber qué hacer sino varar. Obligóles a esto las cargas de nuestra artillería y, porque no se pegasen fuego, largando la Capitana por la mano los cables y haciendo lo propio los otros navíos, se repitió la batería hasta que, saliendo a tierra con sus lanchas y armas los que los ocupaban, los dejaron libres. Acudióse con diligencia a ver si dejaban en los peñoles alguna mina y, no hallándola, se trabajó en sacarlos afuera y se logró el trabajo.

Venían de San Maló, a cargo de dos hermanos nombrados Chevilles y pertenecían a un hombre po-

deroso de aquel lugar que los enviaba al seno mexicano para andar a corso. Traía cada uno cien hombres y veinte y cuatro piezas montadas, sin otras en las bodegas, y se llamaba el uno Triunfante y el otro Santo Tomás. Halláronse en el uno al capitán Tomás Cheville, herido con una bala de artillería de que murió, y a su cirujano, y en el otro, un muchacho pequeño y un marinero. A los que saltaron en tierra no les fue muy bien porque, acudiendo al primer estruendo de la artillería algunos de los nuestros que estaban cerca, les acometieron con valor y mataron muchos, pero huyeron los más por aquellos montes hasta Puerto Pe.

Con el mismo ardid de las banderas se vino a las manos una balandrilla, que con siete hombres y dos mujeres había salido de la Martinica para aquel puerto. Lo mismo le sucedió a una fragata de sesenta toneladas que venía de Nantes a llevar carga, y la traía de vino, aguardiente y carne, con nueve hombres. Más prevenidos anduvieron otros que, al reconocer la boca del puerto quizás por alguna seña, huyeron dél.

Desde el día 21 hasta el 28 de enero, que llegó al Guarico el maestre de campo don Francisco de Segura con todo su ejército, no se ocupó éste en otra cosa que en matar franceses y en quemarles los pueblos y haciendas, de que se siguió el que, sin los cabos y capitanes que murieron todos, pasaron los muertos de 700. Cogiéronseles muchas y buenas armas, alguna ropa, añil, aguardiente, vino, ovejas, cabras, caballos, vacas, ciento y treinta negros y otras muchas cosas que como dueños de la presa, se llevaron los isleños por tierra a Santo Domingo.

El día 29 se hizo junta de todos los cabos de mar y tierra, para decidir si se proseguirían el desalojo de los franceses que habitaban el Puerto Pe, distan-

te del de Guarico veinte y dos leguas. Propuso en ella el maestre de campo, se hallaba, entre muertos y heridos, con 190 hombres menos de los que trujo, y muy trabajados y rendidos los que quedaban y que, por noticia, no sólo de los prisioneros, sino de un religioso capuchino que voluntariamente se había pasado a nuestro campo, se sabía estar fortalecido aquel puerto, así por mar como por tierra, con cuarenta piezas y más de dos mil hombres vecinos unos, y otros de los que de las poblaciones quemadas se acogieron a él, con más mil negros a quienes, en nombre del rey de Francia, se prometió libertad porque tomasen armas contra los españoles; a que se añadía gran falta de municiones y bastimentos en el ejército y en la armada.

Determinóse con todos los votos el que (siendo evidente cuanto se había dicho), para lograr lo hecho, se retirase el ejército a Santo Domingo y en esta conformidad salió de allí a 31 de enero, poniendo primero fuego a aquel lugar de Guarico, como lo habían ya puesto a otros cuatro, que son Le Huet du Cap, la Petitansa, Truselmorel y el Limonal, sin otras muchas haciendas y hatos que quedaron arruinados.

El mismo día se reconocieron nueve embarcaciones que tenían los franceses en la bahía y, no hallando de provecho sino una balandra para que patachease, se fueron arrimando a tierra y se les dio fuego. A 1º de febrero salió la armada de aquel puerto para el Manzanillo, donde estuvo hasta 7, así en el reparo de lo que algunos bajeles necesitaban, como en espera de que viniesen del ejército a recibir sus heridos y algunos negros que estaban a bordo.

Habiéndose abierto a 8 un pliego cerrado del presidente don Ignacio Pérez Caro, en que insinuaba al general que con bueno o con mal suceso, vol-

viese al puerto, determinó darle gusto (porque se persuadió lo tendría en ello el excelentísimo señor virrey conde de Galve, a cuyas disposiciones se debía lo hecho), y que fuese por la banda del oeste de la isla, por donde quizás se navegaría con menos contratiempo, y así se hizo en el propio día.

Dióse vista a Puerto Pe, al Petit Huae en la mayor cercanía que se pudo y a la Tortuga: pero, al montar el Cabo de Tiburón, se hicieron los vientos lestes y suestes tan en extremo ventantes y con tanto mar, que cada día se perdían muchas leguas de Barlovento y se sotaventearon todos los bajeles hasta la Navasa. Con el proejar contra las brisas, se le rindió a la fragata San Nicolás el palo mayor; la Triunfante y Santo Tomás, con la varada que hicieron en el manglar, daban más de quinientos zunchazos en una ampolleta y se iban a pique.

Estos desavíos y la consideración de la ninguna conveniencia que había en Santo Domingo para carenar y para bastimentarse (pues para hacerse de cuarenta y cuatro días se habían gastado antes en su puerto cuarenta y seis) obligó a que, con parecer de los pilotos y capitanes, mandándoles hiciese farol, y echando por proa a la fragata San Nicolás, se tirase la vuelta del Puerto de Cuba, donde se entró a 16 de febrero.

No se halló allí palo mayor, ni aun unos chapuces, para remediar este bajel, y sólo se hizo una rueca de tablones de caoba, desde encima de los baos hasta el tamborete, con sus reatas. A la Triunfante y Santo Tomás no se les pudo dar remedio (por entonces), porque, aunque se les pasó toda la artillería de proa a popa y se les cubrieron las costuras de los batidores, galafateándoles de firme y emplomándolas, nada sirvió, porque hacían la agua muy baja por su varada; pero, no obstante, son muy ligeros y de

lindo gálibo y, remediados (como se hará sin duda), servirán en la Armada de mucho útil y ahorrarán lo que habían de costar otros para su refuerzo.

Hízose segunda junta y, reconociéndose absoluta imposibilidad para volver a Santo Domingo, se determinó la recogida a la Veracruz. Salióse de allí a 22 de febrero y, habiendo corrido la costa hasta Cabo de Cruz, avistado los Caimanes por la banda del norte, adonde es el surgidero, buscando la sonda de Cabo de Catoche, se recaló a Punta de Piedras y de allí al surgidero de Campeche, donde se llegó a 3 de marzo. De allí, sin noticia de enemigos, se levó toda la Armada a 5 y, sábado 10 a las cuatro de la tarde, con los cinco bajeles con que de allí salió y las cuatro presas, se amarró en San Juan de Ulúa y, a las dos de la tarde del día miércoles, que se contaron 14, se supo en México.

ALBOROTO Y MOTÍN DE MÉXICO DEL 8 DE JUNIO DE 1692

Ser inseparable compañera de la alegría la tristeza, de la felicidad el infortunio y de la risa el llanto, es verdad tan irrefragable que, no sólo con voz entera nos la proponen uniformes las historias todas, sino que prácticamente lo advertimos cada día en los sucesos humanos. ¿Qué otra cosa fue la fatalidad lastimosa con que quedará infame por muchos siglos la noche del día ocho de junio de este año de mil seiscientos y noventa y dos, sino llegar a lo sumo los desdenes con que comenzó la fortuna a mirar a México, sin más motivo que haber sido esta ciudad nobilísima teatro augusto donde, con acciones magníficas, representó la fidelidad española la complacencia con que se hallaba por haberle dado la mano de esposa a la Serenísima Señora doña Mariana de Neoburgo, nuestro gloriosísimo monarca Carlos Segundo?

El que mira un objeto, interpuesto entre él y los ojos un vidrio verde, de necesidad, por teñirse las especies que el objeto envía en el color del vidrio que está intermedio, lo verá verde. Los anteojos que yo uso son muy diáfanos, porque, viviendo apartadísimo de pretensiones y no faltándome nada, porque nada tengo (como dijo Abdolomino a Alejandro Magno), sería en mí muy culpable el que así no fueran; con que, acertando el que no hay medios que me tiñan las especies de lo que cuidadosamente he visto y aquí diré, desde luego me prometo, aunde los que de nada se pagan y lo censuran todo, el que dará asenso a mis palabras por muy verídicas.

Sin poner en parangón con sus predecesores al excelentísimo señor conde de Galve, porque no quiero entrar tropezando con la emulación y la envidia, es voz común de cuantos habitan la Nueva España haber sido el tiempo de su gobierno un remedo del que corría en el Siglo de Oro. Todo sucedió en él como el deseo quería, porque sólo le asistía el deseo de acertar en todo; por el cariño con que vuestra merced mira este príncipe, bien sé que se complaciera que yo dejase correr la pluma en tan noble asun-

to, pero, protestando de que cuanto dijere en esta carta se pudiera escrebir una difusa historia, vaya sólo en compendio lo que, para prueba de aquella voz común, viene a propósito.

Feliz anuncio de sus acciones fue venírsele a las manos para rendirse a ellas una fragata corsante de las que llevadas más de la codicia que de los vientos, infestaban el seno mexicano y sus costas todas al tiempo que, para venir a su virreinato, navegó aquel mar; más considerable descalabro experimentaron estos piratas poco después, cuando, a disposiciones de su heroico celo, con dos galeotas, una falúa y no sé qué canoas de guerra, consiguió desalojarlos de la Laguna de Términos, que no sólo ocupaban sin resistencia para lograr los cortes de palo de Campeche con interés excesivo, sino para salir de allí como de lugar seguro y muy a propósito para robar sin oposición las embarcaciones con que se enflaquecía por instantes nuestro comercio.

Esta grande frecuencia y tráfico de corsantes por aquel mar tenía a las villas y puerto de San Francisco de Campeche, que es el principal de la provincia de Yucatán, en notable riesgo, porque, de doscientas plazas con que se dotó su presidio, sólo se hallaban con las noventa, y éstas sin persona que supiese de lo militar para gobernarlas.

A la primera noticia que tuvo su excelencia de tan indigna cosa, nombrando a don Pedro Osorio de Cervantes (sargento mayor que era de la armada de Barlovento y muy inteligente en estas materias) por gobernador de las armadas de aquella villa, reforzó su presidio con ciento y treinta soldados hechos; proveyó a éstos de armas de fuego y, remitiendo otras muchas y todo género de municiones no sólo a los que allá estaban sino a otros muchos que, en caso de necesidad se les agregasen, dejó este puer-

to totalmente seguro y bien defendido y, consiguientemente, la villa y la provincia toda.

El mismo beneficio han experimentado cuantos presidios dependen en su socorro del virreinato, acudiéndoles a los más dellos con más gente, con más armas, con más municiones de las que han pedido y, con especialidad, a los mediterráneos, por ser fronteras de indios belicosos y siempre indómitos y de cuyos movimientos irracionales jamás se siguen, entre los que están pacíficos, efectos buenos. Pero más que esto han logrado los marítimos hasta este tiempo; no digo en habérseles también asistido con las mismas armas y municiones que a los primeros, sino por habérseles ya asegurado providentísimamente sus socorros a unos; venía de cada uno a esta corte un podatorio con buen salario y, después de conseguirlos a costa de reverencias y sumisiones, se los llevaba en géneros, si acaso no se los quitaban antes los enemigos, y ya hoy se los conduce en reales la armada de Barlovento. Cuánto difieren entre sí una y otra disposición, es mejor asunto para premeditarlo en discurso que para escribirlo, y aquí sólo le refiero a vuestra merced sencillamente lo que saben todos sin pasarme por el pensamiento comparar gobiernos. No hay quien desee el acierto en lo que maneja, pero, como su consecución consiste en ápices, lo consiguen pocos.

Con casi nada, pues no fue sino sólo un amago, quedó limpio de semejantes piratas nuestro Mar del Sur; habían éstos robado no sólo la población de las costas de Colima y de Sinaloa, sino ensangrentado sacrílegamente sus impías manos, cortándole las narices y orejas a un sacerdote. Pedía este detestable delito venganza al cielo y, queriendo ser el instrumento para conseguirla, este celoso príncipe mandó armar una fragata que, a cargo del capitán

de mar y guerra Antonio de Mendoza, y con azogues que había traído del reino del Perú, se hallaba y muy acaso en el Puerto de Acapulco por este tiempo, y a sola su vista, desamparando los piratas aquellas costas, quedaron libres hasta ahora de tan ruin canalla.

Este suceso y la consideración de no hallarse en todo aquel mar, por lo que toca al virreinato de la Nueva España, no sólo embarcación de porte considerable, ni aun una canoa de que, en caso de urgencia de noticias o de enemigos, se pudiesen servir en el larguísimo trecho que hay desde Tehuantepeque hasta Sinaloa, le obligó a disponer se fabricasen dos galeotas en la provincia de Guatemala, para guardacosta, las cuales, con los pertrechos de armas y tripulación de gente que necesitan, se hallan hoy en el Puerto de Acapulco prontas.

¿Qué pudiera decir de lo que, al abrigo de la armada de Barlovento, consiguieron los lanceros de la ciudad de Santo Domingo, cuando, en la sangrienta batalla del Limonal, en la desolación del Guarico, de Truselmorel y de sus estancias, pagaron los franceses con justa pena cuanto, en la costa de la Isla Española y de la Tortuga, ha perpetrado de hostilidades y desafueros su presunción y soberbia? Y claro está que no tuviera lugar este buen suceso en nuestras historias, si la vigilante providencia de este gran príncipe, con órdenes suyas (y sin ejemplar), no se lo hubiera puesto en las manos a los que gloriosamente lo consiguieron.

De las circunstancias con que esto fue y de sus consecuencias, con título de "Trofeo de la Justicia Española en el Castigo de la Alevosía Francesa", escribí el año pasado un librito y lo dí a la estampa; dije en él algo de lo mucho que le debe a su excelencia la Nueva España y aquí, con aditamento de

mayores cosas, porque todo esté junto, repetiré lo propio.

En grave detrimento pudo poner al Parral y a las provincias dependientes de su gobierno, y aun a las muy pacíficas de Sonora, la sublevación de la nación Tarahumara, principiada en el pueblo de Papigochic, si no hubiera ocurrido su excelencia con presteza y solicitud a remediar este daño con gente y armas.

También se ha extendido su providencia a las remotas parte del Nuevo México, donde los gobernadores don Domingo Jironza Petris de Cruzate y Góngora, mi tío, y don Diego de Vargas Zapata Luján, ganando cada día grandes porciones de la mucha tierra que, faltando a la religión católica, se negó años ha la obediencia a nuestro rey y señor Carlos Segundo, confiesan debérselo todo al excelentísimo señor conde de Galve, y es muy conforme a razón el que así lo digan, supuesto que jamás se les ha negado aun con más gente, pertrechos y reales de los que han pedido.

Si desde aquí se vuelven los ojos a la Veracruz, ¡qué dirá la admiración, viendo ya en términos de defendible la nueva fuerza de San Juan de Ulúa! Corrió, desde que la cimentaron hasta este tiempo, con sólo el nombre de fortaleza, siendo, en la realidad apariencia dello; pero a pesar del mismo mar que entre las olas le dio terreno y de los nortes que, con su violencia, contradecían las obras, ya reducidas hay como mejor se pudo, a lo regular servirá, de aquí adelante de defender aquella ciudad y, respectivamente, todo este reino; y, habiéndose perficionado todo esto en no muchos meses y con moderados medios, en comparación a la obra ella misma, sin otro epígrafe conservará, sin duda el nombre de su excelencia por muchos siglos.

Si desta nueva fuerza se pasa al muelle, se reconocerá que el que antes, por combatido del mar y por brumado de años, amenazaba ruina, ya se las puede apostar al tiempo en las duraciones, con circunstancia que, habiéndose remitido veinte y cuatro mil pesos para principiar su refuerzo, conseguido no sólo éste sino haberle añadido cien pies en su longitud, y ser, por el consiguiente, mucha la obra por la mayor profundidad del mar en que se trabajaba, sobró destos reales como la mitad; si siempre fueran como los ministros de que aquí se valió su excelencia cuantos intervienen en obras reales, ¿quién duda que en todas ocasiones fuera lo propio?

Este estar en todo le sugirió ser muy conforme a razón el que, hallándose la huerta antigua del real palacio sin uso alguno, se ocupase en algo y, faltándoles a los cien infantes que lo presidían, lugar cómodo y a propósito donde alojarse, para poder acudir con prontitud a lo que se ofreciese, dejando en ella una capacísima plaza de armas, la distribuyó en cuarteles y se pobló al instante. He puesto aquí y con gran cuidado esta providencia que, sin más motivo que el de que no estuviese ocioso aquel lugar, tuvo su excelencia como circunstancia muy ponderable para lo de adelante.

Voy a otras cosas de diversa especie, pero todas grandes: ¡Cuántos años no se han pasado, qué diligencias no se habrán hecho muchos de los excelentísimos virreyes de la Nueva España en el discurso dello para darle, a correspondencia de su grandeza, a esta ciudad de México, el número de parroquias que le es debido! Seis son de indios y solas tres las de los españoles, donde, a unos y otros que exceden el número de ciento y cuarenta mil si sólo se cuentan los individuos, se les administran con notable trabajo los sacramentos; ya hoy, a las tres de los es-

pañoles, se añadió una, que fue lo mismo que conseguir imposibles. Valióse para su excelencia de sola una de las valientes resoluciones que suelen usar y de muchas de las cortesías y agasajos con que se hace amable.

Excedió a esta empresa hallarse hoy la metropolitana de México con el seminario que, para la buena crianza de la juventud, mandó erigir el sagrado Concilio de Tredento en las catedrales. ¡Oh, válgame Dios y cuántas dificultades se hubieron de vencer y aun atropellar para conseguirlo! Pero, como para esto y lo antecedente (por lo sagrado que tiene anexo) ha vivido el ilustrísimo arzobispo de México con singular vigilancia, lo que parecía imposible se hizo accesible y mucho más, cuando echando mano su excelencia de una barreta, comenzó a demoler las casas que ocupaban el sitio donde debía erigirse; no con menos empeño y resolución se afana este príncipe con ilustrar a México.

¡Por qué caminos tan extraordinarios ha querido alumbrar Dios con la antorcha del Evangelio a la nación de los Texas y Cadodachos! El primer motivo que hubo para registrarle de nuevo al seno mexicano todas sus costas, y con especialidad las septentrionales, fue la noticia de que franceses habían poblado en una de sus bahías y, siendo esta noticia verdadera y cierta, por lo que de la resulta de haber descubierto más tierra, que llamaron Luisiana y así sabía, jamás se atinó con aquel lugar, hasta que, casualmente, se halló por tierra bien que desmantelado y derrotados ya los franceses que en él vivían por la tierra adentro. Juzgóse necesario el recogerlos por los malos efectos que, de estar entre aquellos indios, resultarían, y, parte por tierras y parte por mar yendo a la bahía donde poblaron, que es la de San Bernardo en tres o cuatro viajes que, por orden

del excelentísimo señor conde de Galve, se hicieron en su busca, se aprisionaron todos.

Resultó destas entradas, tener alguna plática con el capitán de los indios texa un religioso recoleto, de los que asisten en el colegio de los misioneros de la Sancta Cruz de Querétaro, nombrado fray Damián Mazanet, y dellas, no sólo prometer aquí el que recibiría españoles y religiosos en su tierra para que los doctrinasen y baptizasen, sino enviar un sobrino suyo al señor virrey para que se los pidiese. Quedáronse con ellos los religiosos y, condescendiendo su excelencia con petición tan justa, solicitó otros veinte de la misma recolección de San Francisco, a quienes proveyó con larga mano de lo que, para sus personas y para granjear las voluntades de los indios con algunas dádivas, se juzgó preciso y, disponiendo que en un río, que llamaron de Guadalupe, en la provincia de los Asines que son los texas, y en la de los Cadodachos, fundasen misiones y residencias, se los envió acompañados de soldados para su resguardo y de oficiales mecánicos que industriasen aquellos bárbaros en sus oficios. Deberále por esto la Iglesia Católica a este cristiano príncipe cuanto se logrará sin duda en tan sagrada empresa.

Paréceme no igual, sino superior a la antecedente, la felicidad de haberse puesto en doctrina y policía a los indios chichimecos de la Sierra Gorda, en tiempo de su gobierno. Son éstos tan absolutamente bárbaros y bestiales y tan imposible por esto su sujeción que, distando desta corte menos de treinta leguas sus rancherías, no se les ha podido, hasta ahora, asentar la mano, ni lo consiguieron los mexicanos cuando floreció su imperio; pero, atropellando los religiosos de Santo Domingo con tan gigantes inconvenientes, los han ido reduciendo a lugares determinados, donde los doctrinan y en breve tiempo

se hallan ya con la misión de San Joseph de Soriano, de San Juan Bautista, de la Nopalera, de San Miguel de la Cruz, de Aguacatlán, de Zimapán y de Puimguia, y en cada una un ministro, pagado de la Real Audiencia. Todo lo cual no sólo ha sido aplaudido, sino solicitado y fomentado de su excelencia, así con cariños y exhortaciones como con buenas obras.

La misma ayuda han tenido los padres de la Compañía de Jesús en sus misiones del Parral, Sonora y Sinaloa, concediéndoles cuatro misioneros para los indios guacamas y pimas, uno para los taraumares y baimoas, dos para los cabezas y babzarigames y cinco para la Sierra de Ocotlán, taraumares y tepehuanes, y a cada uno la renta que en la caja real se le asigna por su ministerio; pero cualquiera es poca, por el inmenso trabajo y continuo riesgo de la vida en que andan los que en esto andan.

Para los que miran la entidad de las cosas con madurez, todo esto se ha admirado y aplaudido como sin ejemplar; pero para el vulgo, que sólo se paga de la novedad y la diversión, tuvo lugar primero, entre las disposiciones de su excelencia, el regocijo con que, el año pasado de mil seiscientos y noventa y uno, celebró el segundo casamiento de nuestro monarca y señor, Carlos Segundo, con la serenísima señora y reina nuestra, doña Mariana Neoburgo.

No soy tan amante de mi patria, ni tan simple, que me persuada a que cuanto hay y se ejecuta en ella es absolutamente lo mejor del mundo; pero, aunque no he salido a peregrinar otras tierras (harto me pesa), por lo en extremo mucho que he leído, paréceme puedo hacer concepto de lo que son y de lo que en ellas se hace. Con este presupuesto, le aseguro a vuestra merced, con toda verdad, no haber tenido que envidiar México a otro cualquiera lugar

que no fuere esa corte de Madrid (donde no hubo representación sino realidad) en esta función.

Distribuyéronse las máscaras por los gremios y, emulándose unos a otros en galas propias, en libreas a los lacayos, en lo ingenioso de las ideas, en la hermosura y elevación de los triunfantes carros, en el gasto de la cera con que las noches, con que consecutivamente regocijaban la ciudad, se equivocaban en dias, dieron regla a los venideros para gobernarse con aplauso en empeños tales. Mucho más que ésto fueron los juegos que, ya en otras tres continuadas noches, con la pensión de parecer por sólo lucir dejaron sin la esperanza de otra inventiva a su industrioso artífice.

Hiciéronse corridas de toros, sainete necesario en españolas fiestas. ¡Con qué acierto! ¡Con qué magnificencia! ¡Cuán majestuoso y proporcionado el uso! ¡Qué pródigamente repartidas las colaciones! ¡Qué regocijada la plebe! ¡Qué gustosos los nobles! ¡Con cuánta complacencia los tribunales! ¡Qué alegre por todo esto nuestro buen virrey! ¡Cuánto, oh, Dios mío, santo y justísimo, cuán apartados están del discurso humano tus incomprensibles y venerables juicios, y cuánta verdad es la de la Escritura, que con la risa se mezcla el llanto, y que a los mayores gustos, es consiguiente el dolor!

No es el mes de junio en este oriente y los adyacentes de muy copiosas aguas, porque, en su primero y segundo término, comienza sólo a humedecerse el cielo y a refrescarse la tierra con moderadas lluvias. Habían ya corrido sus siete primeros días, no sólo sin llover, pero ni aun con nubes sobre la ciudad, aunque al mismo tiempo se reconocían cubiertos de ellas y con mucho exceso los montes que tenemos al occidente, donde llovió el día ocho con algún tesón, pero sin violencia. Volvieron las nubes el día

siguiente (que fue miércoles y se contaron nueve) a llover sobre lo mojado con tan formidable tempestad de granizo y agua, que en breve rato, dijéronlo los indios que, del abrigo de algunas peñas y cuevas entre muchos que murieron, escaparon vivos), así con el granizo, como con el agua, se cegaron las barrancas generalmente, y aquél cubrió lo restante de la mayor parte del monte en el altor de un estado.

El peso gravísimo de tanta agua, buscando vaso en qué descansar, comenzó luego al instante a precipitarse por las barrancas y arroyos secos y, recogiéndose en el riachuelo que llaman de Los Remedios sin poder estrecharse a su caja tanta avenida, rebosó espantosamente por todas partes. Llevábase consigo cuanto encontraba, sin privilegiar a las casas de los indios, por ser muy débiles, ni a las de los españoles, que estaban por las lomas y valles, por ser robustas. Ahogáronse, entre mucho ganado, veinte y seis personas; arruinóse un batán; perdióse el trigo que estaba en las trojes de los molinos y en cantidad muy considerable: y, siendo todo esto al punto de media noche y en parte donde no había caído de el cielo aquel día ni una gota sola, que era desde la loma donde está la ermita de Nuestra Señora de los Remedios hasta el pueblecillo de San Esteban y Huertas de San Cosme, confinantes por allí con los arrabales de México, ¿quién duda haber sido la confusión y el espanto mucho mayor que el destrozo y la pérdida, aunque fue tan grande?

Si las muchas acequias que tiene México no estuvieran en esta ocasión azolvadas todas, buque tienen para haber recibido toda esta agua y conducídola a la laguna de Texcuco, donde cuanta generalmente viene de las serranías se recoge siempre; pero, después de llenarse todo el ejido que corre de

Chapultepeque a la calzada que va a Tacuba, sobrepujando a ésta el agua, desde la estancia de Popotla hasta donde fue la huerta del Marqués del Valle, tienen los hortelanos y anegando cuantas iglesias, embocando arrebatadamente por la zanja que allí conventos y casas hay por allí, pasó a los arrabales occidentales desta ciudad, contenidos desde el barrio de Santa María hasta el de Belem, donde se detuvo, no por otra razón, sino por principiarse en ellos las acequias que habían de desaguarlos y estar, como dije, sin uso alguno. Con esto, ya está dicho que se aguó la fiesta; pero, olvidándose della y conmoviéndose todo México con tan subitáneo accidente, antes que diese el grito para pedir el remedio, lo tenía premeditado y aun conseguido el señor virrey, porque, dándole lugar a el agua por donde ya ella se lo tomaba, quedó trajinable la salida de San Cosme, que ocultaba el agua, desembarazada la mayor parte de aquel ejido y casi enjutos los arrabales y barrios que se anegaron.

Encapotóse el cielo desde aquel día y, aunque por horas nos amenazaba con otro estrago, llovía sólo tal vez y moderadamente, como de ordinario sucede en regulares años. Oyóse por este tiempo una voz entre las (no sé si las llame venerables o despreciables) del vulgo, que atribuía a castigo de las pasadas fiestas, de la tempestad en el monte, el destrozo en los campos, y la inundación de los arrabales; y era la prueba haberse experimentado en esta ciudad de México, no sólo el año de mil seiscientos y once, grandes temblores en ocasión que, por mandato del arzobispo virrey, don fray García Guerra, se corrían toros, sino haberse quemado la iglesia de San Agustín de México, el año de mil seiscientos y setenta y seis, cuando, por disposición de otro arzobispo virrey, don fray Payo Enríquez de Ribera, estaban todos di-

vertidos con semejante fiesta. Estaba todavía ocupada la plazuela del Volador con los andamios y tablados de que se hizo el coso y, a la primera sílaba que de esta voz le llegó al oído (por lo que tenía de apariencia de religión), mandó este discreto y prudente príncipe cesasen las fiestas y se despejase la plaza, y así se hizo, tan atento como todo esto ha estado siempre al gusto del pueblo y a la complacencia de todos.

Pasáronse desta manera los días sin accidente considerable, hasta el domingo, diez de julio, que, no sólo en lo que coge la ciudad y lo circunvecino, sino generalmente en casi todo el reino, amaneció lloviendo. Prosiguió el agua por todo el día y, sin más violencia que la que tuvo del principio, se continuó hasta el sábado, veinte y dos, sin interrupción que pasase de media hora. Bien podía, el día nueve, haberse ido desde esta ciudad a la Texcuco a pie o a caballo por en medio de la laguna, porque absolutamente se hallaba seca; pero, como no sólo llovía sobre ella y lo que estaba inmediato, sino sobre toda la serranía, con cuyas cumbres, que bojean más de setenta leguas, se corona este grandísimo valle donde vivimos, fueron tantas, tan pujantes, y tan continuadamente unas las avenidas que, llenándose más y más en cada momento la amplitud disforme de que se forma su vaso, ya navegaban, el día veinte y dos, por donde antes caminaban recuas, no sólo chalupas, sino canoas de ochenta fanegas de porte, y un barco grande.

Lo que se experimentó de trabajos en México en estos trece días no es ponderable; nadie entraba en la ciudad, por no estar andables los caminos y las calzadas; faltó el carbón, la leña, la fruta, las hortalizas, las aves y cuanto se conduce de afuera todos los días, así para sustento de los vecinos, que somos

muchos como de los animales domésticos, que no son pocos; el pan no se sazonaba, por la mucha agua y consiguiente frío; la carne estaba flaca y desabridísima, por no tener los carneros y reses donde pastar, y nada se hallaba, de cuanto he dicho, sino a excesivo precio. Lloviéronse todas las casas, sin haber modo para remediar las goteras, cayéronse algunas, por ser de adobes, y no se veía en las calles y en las plazas sino lodo y agua.

Rebosaron los ríos y arroyos de la comarca y cayeron sobre los ejidos de la ciudad; los inundaron todos; parecía un mar el que hay desde la calzada de Guadalupe (en toda su longitud, hasta los pueblos de Tacuba, Tlanepant'a y Azcapotzalco), donde se sondeaban por todas partes dos varas de agua. Competía con éste el que se forma entre las calzadas de San Antón y de la Piedad, pero ¿para qué quiero cansarme refir'endo los parajes anegados, uno por uno? Todo era agua y lo más lastimado de la ciudad aquellos barrios, que hay desde Santa María hasta el convento de Belem y Salto del Agua, por la excesivamente mucha que recibieron en la primera avenida del mes de junio, y de que aún no estaban totalmente libres en las de ahora.

Acudieron a D'os en estas tribulaciones con oraciones y rogativas y, sólo porque su divina majestad se lo mandaría, cesó la lluvia; pero se quedó entoldado de nubes el cielo por muchos días. Esto no obstante, al mesmo punto que se reconoció la serenidad, acudiendo a algunas partes su excelencia personalmente, a otras (por orden suyo) los gravísimos min'stros de que se forma la Audiencia, el corregidor y regidores de la ciudad, y diferentes personas particulares, se dio principio al aderezo de los caminos y de las calzadas y, terraplenándolas y fortaleciéndolas, como lo pedían sus daños y, rompiéndose

sus albarradas de Guadalupe y San Lázaro por algunas partes, para descargar el agua de donde era mucha y arrojarla a la laguna de Texcuco, donde, quedando la ciudad con algun alivio y más, habiéndole entrado sobrados bastimentos de todas partes inmediatamente, por órdenes que para ello despachó su excelencia luego al instante.

Preguntaráme vuestra merced las ocupaciones de nuestro santo arzobispo en esta ocasión, y aunque, con responder que hacía lo que hace siempre, lo decía todo, quiero, pues no nos oye, decirle aquí una sola cosa de lo mucho que hizo. Pareciéronle pocos los muchos limosneros con que, a manos llenas, distribúyese continuamente entre los pobres toda su renta, y, dejándolos ocupados en su cotidiana tarea, entrándose en una canoa y llenando de ropa, de pan, de maíz, las que lo acompañaban, visitó los arrabales, los barrios, las estancias y pueblecillos de indios que anegó el agua, dejando no una sola, sino muchas veces abastecidos de todo a sus moradores; ¡dichosos los que vivimos en este tiempo para ver ésta sin tener para qué envidiar el de don Juan Limosnero!

El crecimiento con que se hallaba la laguna de Texcuco a veintidós de julio, dio motivo a los pusilánimes para que dijesen en voces que se anegaba México. Siguióse a ellas un tropel de proposiciones y arbitrios para evitarlo y, aunque por lo que toca al todo de la ciudad parecía por entonces ninguno el riesgo, así por lo mucho que le faltaba a aquella laguna para llenarse, como porque el suelo donde está lo más principal de sus edificios se halla superior al que tenía, cuando se inundó el año de mil seiscientos y veinte y nueve más de vara y media; a todos ellos dio su excelencia gratos oídos y, siendo su deseo dar gusto a todos y acertarlo todo, dándose

por descontendido de que ya pasaba a importuno el que proponía un sumidero en ella por donde actualmente se entraba la agua y, ofreciendo manifestar el sitio, para que se alegrase, aseguraba el que se secaría otra vez la laguna en muy corto tiempo, le admitió la proposición con singular paciencia.

Aunque antes desto había ya hablado con su excelencia en esta materia, refiriéndole muy por menudo cuanto en ella alcanzo, que es lo mismo que vuestra merced (por habérsele oído varias veces) sabe muy bien: con todo, porque no se contristase aquel arbitrista ni se le arguyese como omisión en la que miraba al beneficio de México lo que, por las circunstancias conque se le proponía, era despreciable, nombró por comisarios desta función al señor doctor don Juan de Escalante y Mendoza, fiscal de su majestad en la sala de el crimen desta ciudad de México; mándame a mí que le acompañase y, siendo a su costa el gasto que se hizo en las prevenciones, como quiera que aquel sujeto, no sólo no sabía nada de la laguna, pero ni la había visto hasta que lo pusimos en ella esta vez, y aun otras en que, a nueva petición suya se repitió a diligencia, no se halló cosa.

Tuvo semejante suceso otra semejante propuesta, si merece este nombre la pertinaz tema de un sacerdote; ni en México, ni en el Consejo de Indias, donde también la hizo, tuvo acepción y, de haberlo tomado algunos meses de cárcel, instaba en ella. Atendiósela su excelencia ahora con mansedumbre y se redujo a otro sumidero. Aseguróle el primero que por el descubrimiento pedía y, siendo llevado con todo regalo y comodidad a donde guió, mostró una loma (¡quién más vio por alguna subirse al agua!), cavóse en ella y, después de haber sacado de raíz un grueso árbol, en vez de sumidero se halló una fuente.

Aunque no se dicen estos sucesos dignos de risa con la gravedad de las cosas que voy diciendo, quise con todo darles lugar en aquesta carta para que de ellos infiera vuestra merced cuánto ha sido el empeño con que se ha aplicado nuestro virrey a la persecución de lo que se le ha propuesto útil a México, pues aun en ésto, que entre menos ahogos que los presentes despreciara otro, procedió tan solícito y diligente que quiso más exponerse a la nota de algo crédulo que a la de muy omiso.

Aunque cesaron las lluvias, corrían los ríos, así por lo perenne de sus principios, como por la mucha humedad con que se hallaban los montes. Bien sabe vuestra merced el que, no entrando aquí el de Guatitlán (asunto único del desagüe de Huehuetoca, por donde se comunica al de Tula y de allí al de Pánuco), sólo a los de Tepolula y de Mecameca se les puede estorbar el que entren en la laguna de Chalco y por ella a la de Texcuco, que es la de México, y esto, arrojándolos a una barranca de Chimalhuacán; el que se hiciese así, fue la primera diligencia del señor virrey y, con comisión que para ello dio al alcalde mayor de Tlalmanalco y Chalco, se consiguió quitarse todos de la vista este enemigo antiguo; ya que no se podía hacer otro tanto con el de Azcapotzalco, con el de Tlanepantla, compuesto del de los Remedios, Salazar y otros; con el de Sanctorum y los Morales; con el de Tacubaya; con el de Cuyuacán, en que entran los de Mixcoac y San Bartolomé, valiéndose su excelencia de cuantas personas juzgó a propósito, se determinó a que, no sólo corriesen por sus antiguas madres para que, sin caer sobre la ciudad, desembocasen en la laguna, sino a que se ensanchase aquella por muchas varas, fortaleciendo con estacadas los parajes débiles y anegadizos, y con bordos bien terraplenados y con-

sistentes todos sus márgenes; y así se hizo, porque, acudiendo continuadas tardes a unas y otras partes, mucho más con lo que de su bolsa y con su mano daba a los indios que trabajaban, que con su presencia se granjeó mucho tiempo y se acabó esta obra.

Más que esto requerían las acequias para quedar corrientes, pero, no siendo a propósito aquel tiempo sino el de la seca para ejecutarlo, mientras llegaba éste, dispuso se visitasen todos, para roconocer su estado y prevenir lo necesario para su limpieza; y cometió esta diligencia al ayuntamiento de la ciudad y también a mí. Hízose la vista de ojos que se nos mandaba, con todo espacio; discurrióse la razón de la dependencia que entre sí tienen, el motivo de estar arrumbadas por los parajes que corren y algunas otras circunstancias muy esenciales y, disponiendo la ciudad le diese yo mi parecer en esta materia, después de examinarlo muy despacio dicho ayuntamiento, llegó consulta suya a manos de su excelencia.

Resultó, de lo que yo procuré el que fuese con todo fundamento cuanto en él propuse, el que, comenzándose a quince de diciembre la limpia de las acequias, se concluyese no solamente bien pero sin ejemplar, y en moderado tiempo. En otras ocasiones que esto se ha hecho, se sacaba el lodo y basura que las tenía ciegas y se quedaba a sus bordos; era resulta de esta falta de economía quedar aquellos cauces no trajinables hasta que se secasen, y después sin corriente las inmediatas y aun las remotas, porque, estando todas con inclinación a su acequia próxima, así en tiempo de lluvias como entre año, les faltaba el desagüe con el estorbo de la basura, y ésta se volvía a caer por último a su lugar antiguo. No quedó ahora ni una sola batea de lodo (menos donde se reconoció que se necesitaba de terraplén)

que no se llevase adonde pareció conveniente, para que con esto mantuviesen el beneficio de esta limpieza por muchos años.

Las que lo consiguieron, por totalmente perdidas y absolutamente esenciales, fueron la que corre por detrás de la huerta del convento real de Santo Domingo, la de Tezontlale y la de Santa Ana, y esto no sólo desde la de Santa Isabel, donde se principian, hasta la albarrada de San Lázaro donde se acaba, sino desde aquí, por mucho más de dos mil y quinientas varas de zanjas nuevas, hasta concurrir con la acequia real, por donde bajan todas las aguas lloved'zas y perennes a la laguna. Hízose lo mismo con la de Santa Isabel, desde donde comienza junto el Hospital de los Indios, hasta cerca de Santiago Tlatelolco, donde fenece el otro tanto con la de el Sapo o de Villalengua, que ocupa en su longitud lo que casi todas.

Parecióme (después de haberlo premeditado por muchos días) que, para que no se anegasen otra vez los barrios occidentales de la ciudad, no bastaba esto y, proponiendo para conseguirlo una nueva acequia, aprobó su excelencia mi dictamen y me encargó esta obra. Lo primero que hice fue continuar la de Santo Domingo, desde la puente de las tres parroquias hacia el poniente por el mismo lugar que tenía antes; proseguí por los barrios de Santa María Teocaltitlán, Atlampa y Tlacopan, hasta salir por detrás del Hospital de San Hipólito a la Puente de Alvarado, que está en la arquería por donde viene el agua de Santa Fe; desde aquí, la guié por tajo nuevo a la puente que tiene la calzada por donde, desde la calle de San Francisco, se va al Calvario y, atravesando el ejido de Zacatengo, acequia del Sapo y ciénegas de Techalocalco que allí se hacen, se ter-

mina en la puente de los cuartos, que es en la calzada de Chapultepeque.

De la mucha tierra que dio en dos varas de hondo, seis de ancho y tres mil seiscientas y veinte que tiene en su longitud, fortalecido de muchos sauces que en él planté, se formó un parapeto hacia la ciudad, para que, deteniéndose en él las aguas cuando fuesen pujantes las avenidas, corriesen por la zanja sin pasar a México; y así ha ido sucediendo con notable contento mío cuando esto escribo. También se le abrió nueva caja al río de Guadalupe desde la puente de su calzada hacia la laguna, con que jamás llegaron ya las aguas que recogen donde llegaban antes.

Al mismo tiempo que se emprendían y perfeccionaban en México tan diversas obras, se adelantó la del tajo abierto del desagüe de Huehuetoca, cuanto no es decible, y, mientras en parte se reforzaban las albarradas que con providencia detienen las aguas que por él embocan, se hizo un remangue general de los caídos de tierra que en él había, y de que en extremo se necesitaba, para que las avenidas del poderoso río de Guatitlán y las que por la barranca de Tesayuca vienen de los llanos de Pachuca y en otros tiempos llenaban la laguna de Texcuco, y por el consiguiente se le atrevían a México, corriesen por él (como de años a esta parte lo hacen) sin demora alguna.

Nada inferior a cuanto aquí se ha dicho fue lo que en la albarrada de la laguna de San Cristóbal se ejecutó. Fabricóse ésta cuando en sus principios se hizo la tierra movediza y de piedra suelta, sin cimiento alguno, y, siendo el agua continua en ella por el movimiento también continuo con que la trasiegan los nortes, sólo le habían quedado las piedras, sin tierra alguna, y por entre ellas, en casi toda su longitud, se trasminaba la agua. Pedía tan considerable

daño grave remedio, y no hay duda sino que fue mucho más que grande el que su excelencia le dio, reducido a un muro de cal y canto con que, sobre estacas y con bastante cimiento, se cubrió el terraplén de aquella albarrada por la misma parte en que detiene las aguas, quedando con ello asegurada esta obra y libres nosotros del peligro en que, por romperse aquélla y caer éstas sobre la laguna de México, podía ponernos.

Si para esto sólo hubieran servido aquellas aguas tan continuadas y sus avenidas correspondientes, les debiera en mucho agradecimiento la ciudad de México, pero ya que su excelencia (oponiéndose a la fatalidad que consigo traían) hizo en esta línea más y en más breve tiempo que cualquiera de sus excelentísimos predecesores, instaron ellas en arruinar a México y, habiendo sido por uno de aquellos medios de que Dios se vale para castigar a los impíos y reducir al camino de la justicia a los que lleva extraviados la iniquidad, yo no dudo que mis pecados y los de todos le motivaron a que, amenazándonos como padre con azote de agua, prosiguiese después el castigo con hambre por nuestra poca enmienda y, si ésta no es absoluta después del fuego en que, en la fuerza de la hambre, se transformó la agua, ¡qué nos espera!

Ya le dije arriba a vuestra merced que, aunque a veinte y dos de junio cesó la lluvia, no por eso se vio el cielo en muchos días por las muchas nubes; y añado ahora, el que éstas arrojaban tal vez a la tierra aguaceros recios, y tal vez aguas menudas y con más repetición, neblinas gruesas, pero sin viento alguno. Nadie tuvo por entonces reparo considerable, exceptuando a los labradores que, teniendo por sospechosa tanta humedad, suspiraban solícitos porque soplase el viento, así porque les sacudiese el

rocío a sus sementeras como porque, despejándose el cielo de tantas nubes, se dejase ver el Sol y se calentase la tierra.

Los que destos no gastaban el tiempo en semejantes suspiros sino en visitar sus sembrados, si se afligían algunas veces, viendo que los maizales por estar aguachinados se iban en vicio; muchas otras, reconociendo los trigos, al mismo tiempo, muy bien logrados y aun comenzados ya en muchas partes a tomar color, se regocijaban. Y como jamás ha sucedido tal cosa en este clima por mediado agosto, atribuyendo la madurez tan intempestiva a manifiesto milagro, se esperaba con espanto común una gran cosecha. En estas cosas se llegó el día veinte y tres de agosto en que, según lo habían prevenido los almanaques y pronósticos, se eclipsaba el Sol. Si vuestra merced supiera alguna cosa de astronomía, le dijera aquí, con sus propios términos, mil cosas buenas y primorosas, que observé este día, de ser no sólo total, sino uno de los mayores que ha visto el mundo. Se siguió que, a muy poco más de las ocho y tres cuartos de la mañana, nos quedamos, no a buena, sino a malas noches, porque ninguna habrá sido, en comparación de las tinieblas en que, por el tiempo de casi medio cuarto de hora, nos hallamos más horrorosa. Como no se esperaba tanto como esto, al mismo instante que faltó la luz; cayéndose las aves que iban volando, aullando los perros, gritando las mujeres y los muchachos, desamparando las indias sus puestos en que vendían en la plaza fruta, verdura y otras menudencias, por entrarse a toda carrera en la catedral, y tocándose a rogativa al mismo instante, no sólo en ella, sino en las más iglesias de la ciudad, se causó de todo tan repentina confusión y alboroto que causa grima.

Yo, en este ínterin, en extremo alegre y dándole

a Dios gracias repetidas por haberme concedido ver lo que sucede en un determinado lugar tan de tarde en tarde y de que hay en los libros tan pocas observaciones, que estuve con mi cuadrante y anteojo de larga vista contemplando el Sol. Medaba éste entre Mercurio, que apartado dél como cinco grados hacia el oriente, se veía con el anteojo cómo estaba la Luna en la cuadratura y en el corazón del León que demoraba al ocaso, y más adelante Venus defalcada, estaba cubierto de estrellas el cielo por todas partes, pero sólo se veían las de primera, segunda y tercera magnitud por el Mediodía, quizás por tener entonces la Luna alguna latitud aparente septentrional; observéle a ésta en la demora de la total obscuración alguna atmósfera, contra lo que algunos afirman; y por último, desde las ocho y media hasta las nueve y media, estuvo el aire tan frío y destemplado como por invierno, con que se verifica el aforismo de los astrólogos en que a los eclipses, y con especialidad a los del Sol, se atribuye esto.

Si hasta este día había corrido el año con presunciones de malo, desde hoy en adelante se declaró malísimo, porque al trigo, que ya por el color se juzgaba hecho, se le hallaron vanas las espigas y sin grano alguno; reconocióse sin mucho examen ser el chiahuixtle la causa dello, y si es lo que allá los labradores españoles llaman pulgón lo que, según el vocabulario mexicano, le corresponde a esta voz, bien puede discurrir vuestra merced lo que será chiahuixtle. Yo, que en el rollo de los labradores tenía también mi piedra aunque no muy grande, [2] no pude ver en las cañas y espigas de una macolla sino manchas prietas y pequeñísimas como las que dejan las moscas hasta que, valiéndome de un microscopio, descubrí un enjambre de animalillos de color musgo, sin más corpulencia que la de una punta de aguja

y que sea sutil; tiraba su forma y la de sus pies a la de una pulga, pero con alas cubiertas, como los gorgojos, y ya fuese con estas alas o con aquellos pies, saltaban de una parte a otra con ligereza extraña.

Extendióse esta peste de los trigos con la misma actividad con que el fuego lo abrasaba todo y, si no fue el rubigo de los latinos, tuvo por lo menos con él un común principio, porque, si éste se causa de detenerse el rocío en las plantas por mucho tiempo sin que en él sople viento alguno que lo consuma, ¿quién duda haberse originado nuestro chiahuixtle así de las muchas aguas de el mes de julio, como de las nubes y neblinas casi continuas y de la calma que siempre hubo; y sobreviniendo a este mal aparato en que los sembrados se hallaban al eclipsarse el Sol, se siguió el que así, por razón de resfriarse la tierra por esta causa, mucho más sin comparación de lo que ya lo estaba, como por suceder aquel en el signo de Virgo, donde está la espiga (razón según Messahalac para que se pierdan los trigos), llegase la fatalidad del año a su complemento?

Valía entonces el trigo rubio de la antecedente cosecha de trigo a tres pesos carga y el candial a cinco, y a principios de septiembre valía éste a ocho y nueve y aquél a siete y al respecto de este precio, se achicó el pan; clamaron los pobres, y aun también los ricos, con novedad tan perniciosa para el común y, sin persuadirse a que las cosechas, por lo que he dicho, serían malísimas, blasfemaban con desesperación contra los labradores; y habían llegado noticias muy individuales de todo lo antecedente al señor virrey y, aunque por su uniformidad las tenía por ciertas, pareciéndole digna de conmiseración y de lástima la voz del pueblo, por especial decreto en que la propuso consultó a los señores del real acuerdo lo que debía hacer.

Discurrió aquel senado gravísimo y consultísimo no haber mejor modo, para contener en lo justo a los labradores (si acaso ponderaban más de lo que era su mal suceso), que salir algunos ministros togados a reconocerlo, y, conformándose su excelencia con este dictamen, aunque nombró a unos cuantos para este efecto, sólo fue el señor licenciado don Pedro de la Bastida, caballero del orden de Santiago y oidor desta Real Audiencia, a la provincia de Chalco. Resultó de sus diligencias el que le sobraba la razón a los labradores y, como quiera que no hay medio más a propósito para que abunde en una República lo que en ella falta que el precio en que la pone su carestía, porque él es el que a porfía la solicita de todas partes, para que fuese así en el estado presente, le pareció por entonces a su excelencia convenía en el valor que le daban al trigo disimular un poco.

Coadyuvó a esto el que la noticia de las diligencias que se hicieron en Chalco llegó a la Puebla y, siendo los valles de Atlixco, San Salvador y Guamantla (pertenecientes a aquel obispado) los de mayores labranzas por ser muy fértiles, se discurrió con fundamento no despreciable que el corto precio que se le diese al trigo retardaría remitiesen a México, los que vivían en ellos, el que aún tenían en las trojes de otra cosecha. Este era el asunto de informes que el señor obispo de aquella iglesia, el alcalde mayor de la ciudad y otras personas le hicieron a su excelencia en esta materia y, pareciendo racional la proposición, se prosiguió con el disimulo.

No se consiguió con él lo que se quería por el trigo; por instantes se subía más y era la causa no sólo la falta absoluta del temporal sino que, de lo que había sobrado de la cosecha de trigo antecedente que no era mucho, guardaban los labradores para

semilla grande porción, y sólo vendían lo que, sin detrimento de sus familias, podían vender; y aunque esto en la realidad era cosa poca, jamás le faltó a la República el pan con la pensión de caro, porque (ya que otra cosa no se podía) se acomodaron los pobres y plebeyos a comer tortillas (ya sabe vuestra merced que así se nombra el pan de maíz por aquestas partes), y a los criados de escalera abajo de casi todas las casas de México se les racionaba con ellas.

Como con esto llegó el maíz a tener valor, comenzaron a levantar sus cosechas los labradores y, estando aún todavía tiernos y llorosos por el mal logro del trigo a que (aunque hasta aquí no lo he dicho, acompañó la cebada y, por comprenderlo todo en una palabra, todas las semillas) no haciendo caso de las cañas que, por haberse aguachinado con la mucha humedad, les faltó mazorca. Al echar mano de las que parecían muy bien granadas, hallando en ellas casi ningún maíz, entre muchas hojas, maldiciendo al año, a las aguas, a las nubes, a las neblinas, a la calma, al chiahuixtle, al eclipse del Sol y a su desgraciada fortuna levantaron una voz tan dolorosa y desentonada, que llegó a México y, al instante que entró por su alhóndiga, se levantó el maíz.

Aunque hasta aquí no pasaba de una cuartilla lo más que se daba a los compradores, ya se gastaban en ella por este tiempo (que era al mediar noviembre) de mil a mil y trescientas fanegas de solo este grano todos los días y, si era la penuria del trigo la que lo causaba, sola fue la providencia del señor virrey la que hasta aquí lo pudo tener tan de sobra en esta ciudad, aun con tanto gasto, porque, acudiendo primero a Dios (valiéndose para ello de cuantas comunidades eclesiásticas, así seculares como religiosas, se hallan en México, a cuyos superiores les pidió oraciones y rogativas secretas por no contristar

a la ciudad con clamores públicos) y despachando al alcalde mayor de Chalco y a otros ministros y personas particulares apretadísimas órdenes para que remitiesen a México y sin dilación cuanto maíz pudiesen, consiguió por este medio lo que tengo dicho.

Fue menos el gasto de aquí adelante, porque comenzaron los envíos a ser menores y, como al respecto dellos se sintió la falta, entre las congojas que por esto le oprimían el corazón al señor virrey, le pareció el que ya se necesitaba de más aparatosas diligencias que las pasadas para conseguirlos; despachó para esto al señor licenciado don Francisco de Zaraza y Arce, alcalde de la sala del crimen desta ciudad de México, a la provincia de Chalco, en donde se detuvo hasta veinte de enero deste presente año, y al señor doctor don Juan de Escalante y Mendoza, fiscal de la misma Sala, a los valles de Toluca, Ixtlahuaca y Metepec; y hasta mediado febrero, que se volvió a su ejercicio, se consiguieron de aquella provincia y destas partes remisiones tan considerables y cotidianas, que sobraba el maíz en la alhóndiga todas las tardes y, siendo esto por habérseles registrado a los labradores no sólo sus trojes sino lo más retirado de sus casas y las de sus amigos y dependientes y quedado aquéllas casi vacías, por último se reconoció no bastaban los rezagos de la cosecha del año pasado de mil seiscientos y noventa, ni la certísima del de mil seiscientos y noventa y uno, a sustentar, no digo a toda la comarca, pero ni a sólo México.

Siendo tanta como ésta la prisa con que nos iba estrechando el hambre, a medida del molestísimo cuidado en que lo tenía, prosiguió su excelencia las diligencias para remediarla y aun con mayor eficacia. No había ya otros que poder hacer, sino enviar por maíz a la tierra adentro y con especialidad a

Celaya y a su cordillera (distante desta ciudad como cuarenta leguas) donde, por haber sido la cosecha mala y poco el consumo, valía barato. Oponíase a esta determinación no ser muy fácil el conducirlo, porque ni querrían los labradores (siendo los más dellos pobres y no teniendo recuas) traerlo a México, ni se sabía de dónde se sacarían los reales para comprarlo, y esto por lo poco o casi nada con que se hallaba entonces el pósito común de la ciudad para tanto empeño y, como sólo viniendo por su cuenta el grano a la Alhóndiga se aseguraba de la reventa, se discurrían medios para que fuese así.

No halló otro más pronto el señor virrey que el acreditarlo sin límite y con libranza abierta y, ofreciendo con este seguro el capitán Pedro Ruiz de Castañeda cuanto para este efecto se le pidiese, cometió su excelencia a don Rodrigo de Rivera Maroto, alguacil mayor de esta ciudad, el que fuese a recaudar a Celaya cuanto maíz hallase y a remitirlo luego a México sin dilación alguna. Con la prontitud con que ejecutó este caballero cuanto se le encargó, pasaron de cuarenta y cuatro mil fanegas las que aseguró y remitió por horas, y con esto y lo que se traía de Chalco y de Toluca (aunque poco a poco) se iba pasando en México como mejor se pudo.

No se hacían estas remociones con la celeridad y presteza que se quisiera, sino tan poco a poco como tengo dicho, por otra fatalidad de diversa especie pero bien notable, que sobrevino entonces. Fue ésta lloviznar, desde tres hasta seis de febrero deste año de mil seiscientos y noventa y dos, sobre los valles de todo el reino incesantemente y nevar sobre los montes y serranías todas con igual tesón y por los mismos días. Bien sabe vuestra merced el que acá no se ve nevar sino de siglo a siglo y así, por esto como por el frío excesivo que hacía entonces

no sólo a muchos pobres, que halló caminando en los montes, les quitó la vida, sino casi generalmente en cuanto ganado, así mayor como menor, cogió en bocado, ejecutó lo propio, y con especialidad en el mular, por su temperamento. Con que, aun sobreañadiéndose con esto a la falta de pan falta de carne, fue mucho más sensible faltar las recuas, porque, sólo habiéndolas, se conseguía el maíz.

Pero fuese como se fuese, no se pasaba tan bien como en México en algunos pueblos de la comarca, de donde venían por instantes lastimosas quejas, reducidas a que no cabía en la piedad cristiana ni en razón política quitarles a ellos el sustento por darlo a México. Era esto, porque, no causa de las manifestaciones y consiguientes embargos que se les habían hecho a los labradores obligándoles a que o vendiesen entonces sus granos de contado a como valían, o que los tuviesen de manifiesto y con buena cuenta para traerlos a esta ciudad cuando se los pidiesen, no se hallaba en los más de aquellos pueblos quejosos maíz alguno o valía, el poco que se extraviaba del embargado, mucho más que en México, donde el precio corriente de una carga eran seis pesos.

Como no se les podía negar a estos pobres que pedían bien, y es obligación del que gobierna ocurrir a todo o para mayor acierto de lo que en este punto se debía hacer, dispuso su excelencia, a veinte y nueve de abril, una junta grande. Doyle este título, no sólo por lo que en ella había de discurrirse, sino por los personajes gravísimos de que se compuso. Fueron éstos todos los ministros togados de la Real Audiencia, los contadores mayores y oficiales reales, las cabezas de los cabildos eclesiástico y secular y los primeros prelados y personas graves de las religiones. Determinóse en ella cuanto para el universal consuelo de la ciudad y de los pueblos de

su comarca (según el estado miserable de las cosas) pareció útil y fue, libertad absoluta a todos para comerciar trigo, maíz y otros cualesquiera granos, donde quisiesen; pero sin perjuicio de lo asegurado en Celaya y de lo embargado (que estaba de manifiesto en Toluca y Chalco, porque esto había de traerse a México sin dilación.

Fue el motivo desta resolución muy racional, porque por este tiempo ya estaban los trigos de riego muy de sazón y para segarse, porque las aguas de febrero los adelantaron, y se creía que, con lo que de este grano se trajese a México, que sería mucho (por lograr los labradores el precio de veinte y seis pesos en que se vendía cada carga de harina meses había), de necesidad se minoraría el gasto de los maíces en la ciudad y bastaría entonces para bastimentarla hasta la cosecha, los que se tenían seguros, sin hacer caso del que pudiera venir de tierra caliente, donde se siembra y coge en muy pocos meses y de cuyas milpas se habían ya comido a esta hora en México muchos elotes (son las mazorcas del maíz que aún no está maduro), con los cuales y con la mucha fruta que concurre a la plaza de México, desde antes de mayo hasta después de septiembre, se divertirían los muchachos, los indios y otra gente ruin, sin acordarse no sólo del pan y de las tortillas, pero ni aun de la carne y el chocolate, como lo vemos todos los años prácticamente y lo observan las panaderos por no perderse.

No se reconoció en la alhóndiga por casi todo el mes de mayo falta notable, pero a sus fines, dándose por desentendidos de su obligación, los labradores de Chalco extraviaron para otras partes lo que había de ser precisamente para México por lo pactado; comenzaron también a faltar en estos mismos días las remisiones del de Celaya, porque, por la

resulta de las pasadas nieves, no se hallaban tantas, tan continuas y prontas recuas como cada día se necesitaban para conducirlo y subióse este grano a siete pesos la carga dentro de México al instante. Por parecer que sobre esto le dio el real acuerdo al señor virrey, despachó al señor licenciado don Pedro de la Bastida a la provincia de Chalco, para que, sin dejar en ella sino sólo lo necesario para el sustento preciso de sus habitantes, enviase a México, sin atender a quejas y súplicas cuanto allí se hallase.

Preguntaráme vuestra merced cómo se portó la plebe en aqueste tiempo y respondo brevemente que bien y mal, bien, porque, siendo plebe tan en extremo plebe, que sólo ella lo puede ser de la que se reputare la más infame, y lo es de todas las plebes, por componerse de indios, de negros, criollos y bozales de diferentes naciones, de chinos, de mulatos, de moriscos, de mestizos, de zambaigos, de lobos y también de españoles que, en declarándose zaramullos (que es lo mismo que pícaros, chulos y arrebatacapas) y degenerando de sus obligaciones, son los peores entre tan ruin canalla. Puedo asegurarle a vuestra merced con toda verdad que comían lo que hallaban sin escandecerse, porque les constaba, por la publicidad con que se ejecutaban, de las muchas y extrañas diligencias que hacía el señor virrey para hallar maíz y que hubiese pan.

Aún no he dicho lo que destas se recibió entre semejantes sujetos con mayor aplauso. Crió Dios estas tierras, a lo que parece, para que en ellas, y con especialidad en alguna del distrito del obispado de la Puebla, se diese el trigo blanquillo en solos cuatro meses y con monstruosa abundancia; quitábale ésta el valor a los candiales, arisnegros y pelones rubios, con que, al paso que se le aumentaban los diezmos a aquel cabildo, se le minoraba la venta, porque

los granos de que resulta valían poco y a su respecto era el pan sobre muy blanco y muy sabroso en extremo grande y andaba a rodo.

Es este trigo el estimable siligo de los antiguos el que, en tiempo de Rotilio (y ¿por qué no ahora?), se gastaba en Francia; el universalmente recomendado de los escritores de todos tiempos, y el que (sólo en esta mi tierra podía ser esto), sin más delito que su abundancia, después de informes que contra él se imprimieron, y con verdad informes, pues no contenían sino despropósitos de interesados y contradicciones manifiestas de los que, por tener obligación de haber leído a Plinio, Teofrastro, a Galeno, Dioscórides y a Columela, no debían decirlas por aplaudir aquellos por sentencia que, por parecer del real acuerdo de 4 de mayo de mil y seiscientos y setenta y siete, se pronunció contra él en el superior gobierno de esta Nueva España, fue desterrado de toda ella perpetuamente, quemándose al mismo tiempo el que se halló en las trojes, arrojándose a la acequia y laguna el que estaba en México y agotando cuantos animales se pudo en lo que dilatadamente cubría el campo con sus espigas. Poco castigo les pareció éste a los de la Puebla y, valiéndose de las formidables armas de las censuras que se publicaron con todo aparato para mayor asombro, se les prohibió a los labradores el que lo sembrasen; tanto cuanto entonces sobraba el trigo faltaba ahora y, si en esta ocasión se daba de veinte y cuatro a veinte y seis pesos por una carga de harina, en aquélla costaba la misma otros tantos reales y aun quizá menos. No se hablaba de otra cosa al presente sino de aquel trigo abominado de la codicia que obligó a quitarlo y, llegando a oídos de su excelencia lo que hablaban tantos, después de haber examinado a personas inteligentes y leído un papel bastantemente

docto (ya corre impreso) en que el doctor Ambrosio de Lima, médico desta corte, había defendido contra los informes siniestros del protomedicato la inocencia deste trigo en extremo bien, a diez y seis de enero deste año mandó pregonar su excelencia, de motu proprio, el que, de aquí adelante, sembrasen el trigo blanquillo cuantos quisiesen, y rogó a quien puso las censuras contra su beneficio y cultivo el que las quitase y así se hizo, con notable aplauso de el pueblo y de los labradores.

Fue también común motivo de alegría a todos haberse traído a esta ciudad la milagrosísima imagen de Nuestra Señora de los Remedios el día veinte y cuatro de mayo deste presente año de noventa y dos, sin haber razón, al parecer, que obligase a tanto, así porque las aguas aún no faltaban, como porque las enfermedades no pedían tanto remedio siendo las de siempre y, siendo el amor que a esta venerable y prodigiosa hechura tiene todo México tiernísimo y cordialísimo, fue a este tenor la complacencia que con su vista regocijó los ánimos y con especialidad a los de la plebe que, divertida de ordinario en semejantes ocasiones, se olvida del comer por acudir a mirar.

En tan poco como esto se portó bien la plebe, y con alegría y con impaciencia y murmuración en lo que ya se sigue, como la ida del alguacil mayor, don Rodrigo de Rivera, a la ciudad de Celaya. Fue con autoridad y comisión del señor virrey y para seguridad de las recuas que de aquella conducían el maíz a esta ciudad; se decía el que venían de cuenta de su excelencia. Sin más fundamento questa voz comenzó a presumir el vulgo, el que, más por su útil que por el de la República, trataba en ello. No les hacía fuerza, para que esto que presumían tan indignamente no fuese así, lo primero: la publicidad

con que se ejecutaba; lo segundo: que, vendiéndose el de Toluca y Chalco a seis pesos la carga y después a siete, el de Celaya valía a cuatro y a cinco, por haber mandado su excelencia el que no se diese sino a costo y costas; y lo tercero: haberle encomendado a don Francisco de Morales. Contador del ayuntamiento, la razón continua desta dependencia, en cuya contaduría estaba siempre de manifiesto a los que en ella entraban.

Eran estas murmuraciones y malicias muy en secreto y desde siete de abril, segundo día de Pascua de Resurrección, se hicieron públicas. No hubo más causa, que haberse predicado aquel día en la Iglesia Catedral y en presencia del señor virrey y de todos los tribunales, no lo que se debía para consolar al pueblo en la carestía, sino lo que se dictó por la imprudencia para irritarlo. Correspondió el auditorio ínfimo a lo que el predicador decía con bendiciones, con aplausos y con desentonado murmullo y, deste entonces, teniendo por evidencias sus antecedentes malicias, se hablaba ya con desvergüenza aun en partes públicas.

Los que más instaban en estas quejas eran los indios, gente la más ingrata, desconocida, quejumbrosa y inquieta que Dios crió la más favorecida con privilegios y a cuyo abrigo se arroja a iniquidades y sinrazones y las consigue. No quiero proseguir cuanto aquí me dicta el sentimiento, acordándome de lo que vi y de lo que oí la noche del día ocho de junio. Voy adelante. Ellos eran, como he dicho, los de mayores quejas y desvergüenzas siendo así que nunca experimentaron mejor año que el presente estos de México y la prueba es clara. Muchísimos españoles, los más de los negros y mulatos libres y los sirvientes de las casas todos comían tortillas, y éstas ni las hacían los sirvientes, ni los mulatos ni los negros,

ni los españoles ni sus mujeres porque no las saben hacer, sino las indias que, a montones en la plaza y a bandadas por las calles, las andaban vendiendo continuamente.

Por no hablar a poco más o menos en lo que quería decir, dejé la pluma y envié a comprar una cuartilla de maíz que, a razón de cincuenta y seis reales de plata la carga, me costó siete, y dándosela a una india para que me la volviese en tortillas, me trujo trescientas y cincuenta y, distribuyéndolas a doce por medio real como hoy se venden, importaron catorce reales y medio y sobraron dos: lo que se gastó en su beneficio, no entrando en cuenta su trabajo personal, fue real y medio, y sé con evidencia que mintió en algo; luego, si en siete reales de empleo quedaron horros por lo menos seis, siendo solas indias las que hacían las tortillas, ¿cómo podían perecer, como decían a gritos, cuando de lo que granjeaban con ellas no sólo les sobraba para el sustento en que se gasta poco, como todos saben, sino para ir guardando, y ésto prescindiendo del continuo de los oficios y jornales de sus maridos? Luego, sólo esta ganancia tan conocida, y no la hambre, las traía a la alhóndiga en tan crecido número, que unas a otras se atropellaban para comprar maíz; luego, en ningún otro año les fue mejor.

A medida del dinero que les sobraba, se gastaba el pulque, y, al respecto de lo que éste abundaba entonces en la ciudad, se emborrachaban los indios y sabiendo de sus mujeres el que en la compra del maíz las anteponían aun a españoles, comenzaron a presumir en las pulquerías ser efecto del miedo que les teníamos semejante ocasión; oíanles al mismo tiempo, a los que no eran indios, cláusulas enteras del sermón pasado y, sin que les hiciese fuerza valer el maíz de Celaya cinco pesos y el de Chalco siete, instaban

el que tenía alguna inteligencia con aquél el señor virrey. Desto que instaban, de aquello que oían y de lo del miedo que presumían y, discurrido todo en las pulquerías donde por condición inicua y contra Dios que se le concedió al asentista no entra en justicia, ¿qué pudo resultar que nos fuese útil? Acudían a ellas como siempre, no sólo indios, sino la más despreciable de nuestra infame plebe y, oyéndoles a aquellos, se determinaba a espantar (como dicen en su lengua) a los españoles, a quemar el palacio real y matar, si pudiesen, al señor virrey y al corregidor; como con esto no les faltaría a los demás, que asistían a aquellas pláticas y que no eran indios, mucho que robar en aquel conflicto, presumo que se lo aplaudieron (por lo que vimos después).

Haber precedido todo esto a su sedición no es para mí probable, sino evidente, y no me obliga a que así lo diga, el que así lo dijo en su confesión uno que ajusticiaron por este delito y a quien, con nombre de Ratón, conocieron todos, sino lo que yo ví con mis ojos y toqué con mis manos. Mucho tiempo antes de ir abriendo la acequia nueva, que dije antes, se sacó, debajo de la puente de Alvarado, infinidad de cosillas supersticiosas. Halláronse muchísimos cantarillos y ollitas que olían a pulque, y mayor número de muñecos o figurillas de barro, y de españoles todas y todas atravesadas con cuchillos y lanzas que formaron del mismo barro, o con señales de sangre en los cuellos, como degollados.

Fue esto en ocasión que llegó a ver aquella obra el señor virrey a quien (y después al señor arzobispo en palacio) se los mostré. Preguntáronme, uno y otro príncipe, que qué era aquello; respondí ser prueba real de lo que en extremo nos aborrecen los indios y muestra de lo que desean con ansia a los españoles, porque, como en aquel lugar fue desbaratado

el marqués del Valle cuando en la noche del día diez de julio del año de mil quinientos y veinte se salió de México y, según consta de sus historias, se lo dedicaron a su mayor dios (que es el de las guerras) como ominoso para nosotros y para ellos feliz; no habiéndoseles olvidado aún, en estos tiempos sus supersticiones antiguas, arrojan allí, en su retrato, a quien aborrecen, para que, como pereció en aquella acequia y en aquel tiempo tanto español, le suceda también a los que allí maldicen. Esto discurrí que significaban aquellos trastes, por lo que he leído de sus historias y por lo que ellos mismos me han dicho dellas cuando los he agregado; añado ahora que, siendo el número de aquellas figuras mucho y recientes, no fue otra cosa arrojarlas allí que declarar, con aquel ensaye, el depravado ánimo con que se hallaban para acabar con todos.

Los indios que andaban más solícitos en estas pláticas, según se supo después, eran los de Santiago, barrio que es ahora de la ciudad y mitad de ella (con el nombre de Tlaltelulco), cuando en tiempo de la gentilidad tenía señor diverso del de México (entonces Tenochtitlán) que los gobernaba; y si esto es así (como verdaderamente lo es, pues se apellidaban con el nombre de Santiagueños en la fuerza del alboroto), no es esta la vez primera que han intentado destruir a México donde al presente vivimos; pero ojalá, como entonces procedieron contra ellos y contra su señor Moquihuix, los mexicanos, aun siendo bárbaros, se hubiera hecho ahora con unos y otros. Si fueron solos aquéllos los que motivaron con sus pláticas la sedición, no lo sé de cierto, sólo si sé que a ella concurrieron todos los indios plebeyos de México sin excepción alguna, y también sé que, antes que sucediera, allá a sus solas se previnieron.

No discurrían éstos sin fundamento, porque, sabiendo que así por falta del de Celaya (a causa de no hallarse mulas que lo trajesen) como porque el que venía de Chalco era ya tan poco, que obligó a que fuese a aquella provincia el señor don Pedro de la Bastida para remediarlo; faltó también tal vez el maíz en la alhóndiga como a las seis de la tarde y, admirándose de la algazara y ruido de las indias por esta causa, de las palabras desvergonzadas, descompuestas y deshonestísimas que proferían, de los pleitecillos que entre sí trataban sin lastimarse y a que acudían muchos indios como a componerlos, y de que resultaban grandes corrillos, les parecían premisas de algún tumulto y, como los que más de cerca atendían esto, veían que unas mismas indias venían todos los días y aun a tarde y a mañana a comprar maíz, ponderando lo mucho que llevaba cualquiera dellas y no ofreciéndoseles que era para revenderlo en tortillas, presumían que sólo lo hacían, para que faltase en la alhóndiga y tomar ocasión por esta causa para algún ruido.

Este acudir atropelladamente y con alboroto deste lugar a comprar maíz, comenzó el viernes y llegó el sábado, siete de junio, sobre tarde, a lo más que pudo; no había accidentalmente este día tantas medidas como se quisiera para satisfacerlas a todas, y a esta causa cargaron tantas sobre los que vendían que, embarazándose unas a otras por tomar lugar, les estorbaban absolutamente a aquéllos el poder medirlo; viendo éstos y los que, para cobrar el dinero, les asistían, no bastar voces y empujones para apartarlas y que, durante la confusión y apretura, por entre las piernas de las unas les tomaban otras el maíz a muy grande fuerza, echando mano a un azote no sé quién dellos, comenzó a darles. Consiguióse con esto el que se retirasen y se prosiguió la

venta sin tanto ahogo, pero por breve rato, porque, haciendo punto una mozuela para que la despachasen primero que a otras, la siguieron con mayor tropel y confusión que antes cuantas allí estaban; enfadado de esto el que aún tenía el azote le descargó sobre la cabeza y espalda, así con el látigo como con el bastón donde pendía, diez o doce golpes y repartió otros muchos a las más cercanas.

Si eran desentonadas las voces que hasta allí habían dado, no sé que diga que fueron las que, al ver golpeada a la compañera levantaron todas. Parecióles, a lo que juzgo, bastaba esto para que tuviesen pretexto sus maridos para ejecutar sus designios y, ovidándose del maíz porque clamaban antes con tanto ahinco, tomaron a cuestas a la azotada y se salieron a la plaza a carrera larga. No hallaron allí los indios que ellas quisieran y, como no era la plebe de que gustaban la que acudió a sus gritos, pasaron adelante con su indizuela para atraerla; atravesaron toda la plaza, entraron por el cementerio de la catedral y de allí volvieron a las casas arzobispales,[3] a quejarse al señor arzobispo de que, no sólo no les daban maíz por su dinero y para su sustento, sino que a golpes habían hecho malparir a aquella mujer.

Por no alborotar o no contristar a este piadoso príncipe con esta queja, las despidieron algunos de su familia con palabras suaves. Instaban ellas y, a repulsas destos, se encaminó toda la chusma, que pasaba de más de doscientas indias, al palacio real. Llenáronse con ellas los corredores, pero no pasaron a los salones de su excelencia, como querían, porque la Guardia alta de los Alabarderos se lo estorbó. Volviéronse de aquí (sin que las acompañase ni uno solo indio) a las casas arzobispales y aunque, por el tropel grande con que venían ahora, les cerraron las puertas superiores de la escalera, por donde no ha

entrado mujer alguna desde que lo habita este venerable prelado, fue tal su instancia y su gritería, que consiguieron supiese. Su Señoría Ilustrísima lo que les había pasado, pero con la adición del mal parto, que habían fingido, y con circunstancias de que ya expiraba la mozuela que traían en hombros. Envióles a decir con el intérprete de su juzgado, que allí se hallaba, el que se sosegasen y, juntamente, recaudo al corregidor de la ciudad, o a quien estuviese en la alhóndiga, para que mirasen aquellas indias con compasión. Debía de ser más que esto lo que querían, pues se volvieron en mucho mayor tropa que antes al palacio real, donde no entraron ni aun a los patios, porque la guardia baja de la Infantería con voces y amenazas las echó de allí, y en breve rato no parecieron.

No les agradó tan ruidosa desvergüenza a los que vieron a las indias atravesando calles y mucho más a algunos caballeros particulares que casualmente se hallaban entonces en el palacio. Era uno destos el chanciller de la Real Audiencia, don Francisco Pavón, nuestro antiguo amigo, y hablando della con don Alonso de la Barrera, caballerizo de su excelencia, fue resulta de la sesión que entre sí tuvieron, avisarle a don Pedro Manuel de Torres, capitán de aquella compañía, lo que había pasado; y no sé, si por otro o por este medio, tuvo plena noticia de todo el suceso de aquella tarde el señor virrey. Dióle orden de que luego, al instante, que se previniese a sus soldados, con cuantas órdenes le pareciesen convenir, para todo trance; bajóse de la Armería con buen recato cantidad de chuzos y se cargaron todas las armas de fuego aquella noche; pero, a lo que yo presumo, con sola pólvora.

También mandó a los señores oidores, doctor don Juan de Aréchaga y licenciado don Francisco

Fernández Marmolejo a quienes refirió los alborotos de aquella tarde y, como no se le halló otro motivo manifiesto a tan grande ruido, sino la poca providencia que se había tenido en la alhóndiga al repartir el maíz, salió determinado de aquella plática asistiese todas las tardes en ella un señor togado para que, con su presencia respetuosa, se compusiesen las que compraban con ansia y los que vendían con impaciencia, y les excusa sin pleitos. Ofrecióse para principiarlo el señor Aréchaga y, pareciéndole al señor Marmolejo ser más razón el que el ministro menos antiguo lo comenzase, por voto suyo se le encargó al señor doctor don Juan de Escalante y Mendoza, fiscal de la sala del crimen, el que luego el domingo siguiente lo hiciese así.

¿Quién podrá decir con toda verdad los discursos en que gastarían los indios toda la noche? Creo que, instigándolos las indias y calentándoles el pulque, sería el primero quitarle la vida, luego el día siguiente, al señor virrey; quemarle el palacio sería el segundo; hacerse señores de la ciudad y robarlo todo, y quizá otras peores iniquidades, los consiguientes, y esto, sin tener otras armas para conseguir tan disparatada y monstruosa empresa, sino las del desprecio de su propia vida, que les da el pulque, y la advertencia del culpabilísimo descuido con que vivimos entre tanta plebe, al mismo tiempo que presumimos de formidables. ¡Ojalá no se hubiera verificado, y muy a nuestra costa en el caso presente, esta verdad, y ojalá quiera Dios abrirnos los ojos o cerrarle los suyos de aquí adelante!

Amaneció finalmente (que no debiera) el fatalísimo día ocho de junio, domingo infraoctava de la solemnísima fiesta del Corpus Christi que ni en la alhóndiga, ni en parte alguna de la ciudad, se reconoció en toda su mañana accidente alguno que

motivase cuidado. Esto no obstante, sé, de persona que se halló presente, haberse levantado su excelencia de la mesa sin probar bocado, no porque a la noticia del día antes se le hubiese en el presente añadido otra, sino porque, quizá, el inminente riesgo en que se hallaba entonces (por la especial providencia con que atiende Dios a los príncipes) inadvertidamente le inquietaba al ánimo. Si ya no es que, habiendo ido aquella misma mañana al convento de Santo Domingo a asistir a la misa y sermón para que le habían convidado los religiosos, al entrar por la iglesia se levantó un murmullo no muy confuso entre las mujeres (pues lo oyeron los gentileshombres y pajes que le asistían, ¿cómo pudo su excelencia dejar de oírlo?), en que feamente le execraban y maldecían, atribuyendo a sus omisiones y mal gobierno la falta de maíz y la carestía de pan. Discurra cada cual cómo se quedaría y más, no pudiendo hacer otra cosa en esta desvergüenza, sino disimularla.

Este desasosiego, o, por mejor decir, su mucha religión le valió la vida, porque, saliéndose a cosa de las cuatro de la tarde de su palacio, se fue a la iglesia de San Agustín en que asistió a la solemnidad del Santísimo Sacramento, y de allí a la de San Francisco, donde como siempre lo han estilado sus excelentísimos predecesores, acompañó la procesión con su acostumbrada modestia y se subió después al convento con los religiosos, a platicar un rato; pero después salió la señora virreina a visitar la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de los Remedios, que, como ya le dije arriba a vuestra merced, se hallaba, por dicha grande de México, en la catedral y, después de largo rato que allí se estuvo, se fue a las huertas de San Cosme a divertir la vista.

En conformidad de lo que se le había encargado la noche antes, asistió el señor fiscal, doctor don Juan de Escalante y Mendoza, a la alhóndiga toda la tarde, quiero decir, hasta poco más de las cinco, en que, habiéndose gastado quinientas fanegas que allí había, se acabó el maíz y se volvió a su casa. Compuso su presencia a los que vendían para que lo hiciesen con mansedumbre, pero no bastó para excusar la apretura excesiva de las que compraban, y con especialidad cuando reconocieron el que faltaba el maíz. No juraré haber sido verdad el que, entre los empujones que unas a otras se daban en esta ocasión, cayó una en el suelo y, después de muy bien pisada, la levantaron casi sin respiración, como dicen unos, o que, persuadieron a una vieja que allí estaba el que se fingiesa muerta, como afirman otros. Lo que sí se sabe sin controversia, es que, echándose un indio a una india sobre los hombros y siguiéndola con mayor alboroto y estruendo que el día antes cuantas allí estaban, que eran muchísimas, se fueron saliendo hasta el Baratillo.

Es éste el centro donde concurren, a vender trapos viejos y semejantes trastes, cuantas líneas de zaramullos se hallan en México y fue el motivo, como después se supo, irritarlos con la presencia de la india que llevaban muerta; acompañadas de algunos destos y también de indios, se fueron por en medio de la plaza a las casas arzobispales, donde instaban en que habían de ver al señor arzobispo, para mostrarle la india. Negábanles los lacayos la entrada a los corredores y porfiaban ellas con desvergüenza a querer entrar. Durante el tiempo desta contienda, que no fue mucho, estaban por allí dos estudiantillos y, acercándose a la india que traían cargada, le dijo el uno al otro estas formales palabras: "¡Mirad, hombre, cómo está sudando la pobre

muerta!" Allegóse el otro a ella lo más que pudo y respondióle así: "¡No está muy muerta, porque pestañea un poco y tragó saliva!" "¿Qué sabéis vosotros de cómo están los muertos, perros estudiantes de modorro?", les dijo una india, que les oyó la plática; "ahora moriréis todo México, como ella está". No aguardaron los muchachos otra razón y, entre la confusión horrorosa que allí había, se escabulleron. Refirióme esto un hombre honrado que se halló presente, y me aseguró, con juramento que le pedí, no sólo ser verdad lo que los estudiantes dijeron, sino el que poco antes le oyó decir a la muerta que la cargaran bien. Estos son los indios.

No debía de ser lo que precisamente querían, como clamaban, representarle al señor arzobispo su sentimiento, sino entretener el tiempo hasta que se llegase la noche; pero, siendo entonces las seis y pareciéndoles siglos aun los instantes, desampararon súbitamente aquel palacio y se encaminaron a la plaza, que está muy cerca. Quedáronse las mujeres en la esquina de Providencia, común a las calles del Arzobispado y a la del Reloj, y pasó adelante una tropa de indios, hasta ponerse a la vista del balcón grande del palacio real; no llegaban a cuarenta indios los desta tropa, según dicen uniformes cuantos los vieron, ni hicieron movimiento alguno por un buen rato. No sería esto porque se les azorase el ánimo el hacer refleja de la locura a que se arrojaban, sino porque se les agregasen otros en mayor número, supuesto que, al mismo instante que creció el suyo, comenzó uno con grandes voces a decir contra el señor virrey las más atrevidas desvergüenzas y execraciones que jamás se overon y, sacando una piedra del seno, la tiró al balcón.

Como los compañeros no aguardaban otra cosa sino ésta, para romper el candado, alzando el grito

con desvergüenza mayores y desembrazando piedras contra aquel balcón perteneciente al cuarto de la señora virreina, en brevísimo rato lo destrozaron. Hallábase en él, cuando lo acometieron los indios, don Amadeo Isidro Seyola, mayordomo de su excelencia, y admirándose de que no saliesen los soldados a rebatirlos, atravesando cuartos y corredores, bajó a toda prisa al cuerpo de guardia gritando "¡Al arma!" No halló allí diez o doce que las debiesen tomar y otros tantos que las tomarían voluntariamente y, armándose de chuzos unos y otros, salieron a la plaza, a rechazar a los indios, que serían entonces más de doscientos. Al primer acontecimiento que les hicieron los nuestros, huyeron todos, así al abrigo de los cajones de mercaderes que en la plaza había, como al sagrado del cementerio de la catedral, donde se presidiaron.

En este ínterin, saliendo de hacia donde está la horca una tropa de indios, destrozaron los puestos de vendedores que allí había, para que les quedase campo desocupado y, entre tanto, se subieron unos cuantos soldados a las azoteas con tercerolas y, sin duda alguna para espantarlos, comenzaron a dispararles con solo pólvora. Reconociendo ellos el que así era, saltando y dándose grandes palmadas en las barrigas, "¡Tirad, tirad!", les decían a los soldados, "¡y si no traéis pelotas, echad tomates! ¿Por ventura no espantan las bombas y los cohetes? Pues ¿qué se nos da de vuestros arcabuces? Tomad pelotas y mirad la fuerza que nos da el pulque para arrojarlas!" Y comenzaron con grande prisa y algazara a tirar las piedras. Al ruido que hicieron aquellos tiros, acudieron el alférez Joseph de Peralta y algunos pocos soldados que estaban cerca al cuerpo de guardia y, al estruendo y gritería de los indios, innumerables indios, así de los que disimuladamente estaban es-

condidos en la misma plaza, como los que venían de las calles recogiendo piedras. Fueron tantas las que éstos y los primeros descargaron sobre el buen viejo don Amadeo y sus compañeros, que les obligó a retirarse a palacio y con notable riesgo, porque hasta allí lo siguieron los sediciosos. Al instante que se reconocieron asegurados y con algún aliento, intentaron, no sólo con la ayuda del capitán don Pedro Manuel de Torres que, reprendiendo a los soldados que disparaban y allí se hallaban y de los otros pocos soldados que habían venido, sino con la de don Juan Altamirano de Velasco, conde de Santiago, y de algunos republicanos que acudieron presto a rechazarlos segunda vez pero no se pudo porque, a las piedras que llovían sobre ellos, les faltó número y ya estaba mal herido el alférez y dos soldados y, con los golpes de las piedras, molidos todos.

Persuádome a que, con sólo guarnecer cada puerta de palacio con seis mosquetes, no se hubieran atrevido los sediciosos a llegar muy cerca, pero cuando Dios quiere, para nuestro castigo, que se yerre todo, aunque más discurran los hombres, nada se acierta. Imagina alguno, de los que allí estaban, el que, si se cerraban las puertas, se retirarían los indios, pues aun el mismo diablo hace lo propio cuando se les cierran; y quizá porque lo mandó, o porque la turbación y alboroto común lo persuadiría, se cerraron todas con tanta prisa que, quedándose en la plaza dos o tres soldados y cargando sobre ellos toda la chusma, los hicieron piezas. Los que estaban libres deste riesgo por encerrados, acudiendo unos al cuarto de su capitán que caía sobre el cuerpo de guardia a asegurar su hacienda, y los restantes, echando mano a los mosquetes y tercerolas y que allí se hallaban, subieron a las azoteas a cañonear los indios, pero, no hallándose ni aun una docena de balas

entre todos ellos, aunque se dispararon algunos tiros y les arrojaron las piedras y maderas que allí había, no hizo cosa.

A nada, de cuanto he dicho que pasó esta tarde, me hallé presente, porque me estaba en casa sobre mis libros y, aunque yo había oído en la calle parte del ruido, siendo ordinario los que por las continuas borracheras de los indios nos enfadan siempre, ni aun se me ofreció abrir las vidrieras de la ventana de mi estudio para ver lo que era, hasta que, entrando un criado casi ahogando, se me dijo a grandes voces: "¡Señor, tumulto!" Abrí las ventanas a toda prisa y, viendo que corría hacia la plaza infinita gente, a medio vestir y casi corriendo, entre los que iban gritando: "¡Muera el virrey y el corregidor, que tienen atravesado el maíz y nos matan de hambre!", me fui a ella. Llegué en un instante a la esquina de Providencia y, sin atreverme a pasar adelante me quedé atónito. Era tan extremo tanta la gente, no sólo de indios sino de todas castas, tan desentonados los gritos y el alarido, tan espesa la tempestad de piedras que llovía sobre el palacio, que excedía el ruido que hacían en las puertas y en las ventanas al de más de cien cajas de guerra que se tocasen juntas; de los que no tiraban, que no eran pocos, unos tremolaban sus mantas como banderas y otros arrojaban al aire sus sombreros y burlaban otros; a todos les administraban piedras las indias con diligencia extraña; y eran entonces las seis y media.

Por aquella calle donde yo estaba (y por cuantas otras desembocaban a las plazas sería lo propio) venían atropellándose bandadas de hombres. Traían desnudas sus espadas los españoles y, viendo lo mismo que allí me tenía suspenso, se detenían; pero los negros, los mulatos y todo lo que es plebe gritando: "¡Muera el virrey y cuantos lo defendieren!", y los

indios: "¡Mueran los españoles y gachupines (son los venidos de España) que nos comen nuestro maíz!", y exhortándose unos a otros a tener valor, supuesto que ya no había otro Cortés que los sujetase, se arrojaban a la plaza a acompañar a los otros y a tirar piedras. "¡Ea, señoras!", se decían las indias en su lengua unas a otras, "¡vamos con alegría a esta guerra y, como quiera Dios que se acaben en ella los españoles, no importa que muramos sin confesión! ¿No es nuestra esta tierra? Pues ¿qué quieren en ella los españoles?"

No me pareció hacía cosa de provecho con estarme allí y, volviendo los ojos hacia el palacio arzobispal, reconocí en su puerta gente eclesiástica y me vine a él; dijo el provisor y vicario general, que allí estaba, que subiese arriba y, refiriéndole al señor arzobispo en breve cuanto había visto, queriendo ir su señoría ilustrísima a la plaza, por si acaso con su autoridad y presencia, verdaderamente respectable, cariñosa y santa, se sosegaba la plebe, con otros muchos que le siguieron, le acompañé. Precedía el coche (pero vacío, porque iba a pie) y bien arbolada la Cruz, para que la viesen, entró en la plaza. No pasamos de los portales de Providencia, porque, reconociendo habían ya derribado a no sé cuál de los cocheros de una pedrada y que, sin respeto a la Cruz que vían y acompañada de solos clérigos, nos disparaban piedras, se volvió su señoría y cuantos le acompañamos a paso largo; y poco después de sucedido esto, se acabó el crepúsculo y comenzó la noche.

Por la puerta de los cuarteles, por la casa de la moneda,[4] que está contigua, y por otras partes les había entrado algún refuerzo de gente honrada y de pundonor a los que, por estar encerrados en su palacio, se tenían en su concepto por muy seguros, sin

ofrecérseles el que, por falta de oposición, se arrojarían los tumultuantes a mayor empeño. Si es verdad haberse cargado la noche antes todos los mosquetes, como me dijeron, no debía de haber en palacio otra alguna pólvora, y absolutamente faltaron balas, porque después de veinte y cinco o treinta mosquetazos que se dispararon desde la azotea, no se oyó otro tiro y como quiera que los que entraron de socorro iban sin prevención y de los pocos soldados que allí se hallaron, dos o tres estaban muy mal heridos, otro quebrada la mano izquierda, por haber reventado una tercerola, y los restantes apedreados de pies a cabeza y lastimados, no sirvieron de cosa alguna los auxiliares, no por no venir con bocas de fuego con que no se hallaban, sino por no tener quién los gobernase y les diesen armas, como ellos dicen; y por último, todo era allí confusión, alboroto y gritos, porque, por no estar en casa su excelencia, no había en ella de su familia sino dueñas y otros criados y no era mucho que fuese así, cuando, faltando los soldados (ya cuartelados en palacio) a su obligación, ni aun para tomarle las armas a su capitán general cuando volviese a su palacio, se hallaron entonces en el cuerpo de guardia, como entre infantería bien disciplinada se observa siempre.

Al instante que se cerraron las puertas y se halló la plebe sin oposición alguna, levantó un alarido tan uniformemente desentonado y horroroso, que causaba espanto, y no sólo sin interrupción, pero con el aumento que, los que iban entrando nuevamente a la plaza grande y a la del Volador, le daban por instantes; se continuó con asombro de los que lo oían, hasta cerrar la noche. Parecióme hasta ahora, según la amplitud de lo que ocupaban, excederían el número de diez mil los amotinados; y como después de haber dejado al señor arzobispo en su

palacio, depuesto el miedo que al principio tuve, me volví a la plaza, reconocí con sobrado espacio (pues andaba entre ellos) no ser solos indios los que allí estaban, sino de todos colores, sin excepción alguna, y no haberles salido vana a los indios su presunción cuando para irritar a los zaramullos del Baratillo y atraerlos al mismo tiempo a su devoción, pasaron a la india que fingieron muerta por aquel lugar. Se prueba con evidencia que por allí andaban, pero no ellos solos sino cuantos, interpolados con los indios, frecuentaban las pulquerías que son muchísimos (y quienes a voz de todos), por lo que tendrían de robar en esta ocasión les aplaudieron días antes a los indios lo que querían hacer.

En materia tan en extremo grave como la que quiero decir, no me atrevería a afirmar asertivamente haber sido los indios los que, sin consejo de otros, lo principiaron, o que otros de los que allí andaban, y entre ellos españoles, se lo persuadieron. Muchos de los que lo pudieron oír dicen y se ratifican en esto último, pero lo que yo vide fue lo primero. Con el pretexto de que le faltan propios a la ciudad (y verdaderamente es así), arrendaba el suelo de la plaza (para pagar los réditos de muchos censos que sobre sí tiene) a diferentes personas y tenían éstas en ella más de doscientos cajones de madera, fijos y estables los más de ellos, con mercaderías de la Europa y de la tierra y en mucha suma, y no con tanta los que restaban, por ser vidrios, loza, especies miniestras y cosas comestibles lo que había en ellos. Lo que quedaba de la plaza sin los cajones se ocupaba con puestos de indios, formados de carrizo y petates, que son esteras, donde vendían de día y se recogían de noche, resultando de todo ello el que una de las más dilatadas y mejores plazas que tiene el mundo, algunas les pareciese una mal fundada aldea,

y zahurda a todos. Muy bien sabe vuestra merced, pues tantas veces lo ha visto ser así, y también sabe el que siempre se ha tenido por mal gobierno permitir en aquel lugar (que debe estar por su naturaleza despejada y libre) semejantes puestos, por ser tan fácilmente combustible lo que los forma y tanta la hacienda que en los cajones se encierra.

Con este presupuesto, como no conseguían con las pedradas sino rendirse los brazos sin provecho alguno, determinaron ponerle fuego a palacio por todas partes, y, como para esto les sobraba materia en los carrizos y petates que, en los puestos y jacales que componían, tenían a mano, comenzaron solos los indios y indias a destrozarlos y a hacer montones, para arrimarlos a las puertas y darles fuego; y en un abrir y cerrar de ojos lo ejecutaron. Principióse el incendio (no sé el motivo) por el segundo cajón de los que estaban junto a la fuente del palacio, sin pasar a otro, y siendo sólo azúcar lo que tenía dentro, fue desde luego la llama vehemente y grande. Siguióse la puerta del patio, donde están las salas de acuerdos y de las dos Audiencias, las escribanías de cámara y almacenes de bulas y papel sellado; después desta, la de la cárcel de corte, que había cerrado el alcaide al principiarse el ruido y quién, o los que en su cuarto asistían, no pudieron estorbarlo a carabinazos; luego, la del patio grande en que está la vivienda de los virreyes, la factoría, tesorería, contaduría de tributos, alcabalas y Real Hacienda, la chancillería y registro, el tribunal de bienes de difuntos, el almacén de azogues y escribanía de minas y el cuerpo de guardia de la compañía de infantería, pero ¡qué compañía! Con la misma pica del capitán (que al cerrar las puertas se quedó fuera) o, por mejor decir, con unas cañas ardiendo,

que en ella puso, incendió un indio (yo lo vide), el balcón grande y hermosísimo de la señora virreina.

Como eran tantos los que en esto andaban y la materia tan bien dispuesta, entrando los oficios de los escribanos de provincia, que también ardían, no hubo puerta ni ventana baja en todo palacio, así por la fachada principal que cae a la plaza como por la otra que corresponde a la Plazuela del Volador, donde está el patio del tribunal de cuentas y en ellos oficios de gobierno, juzgado general de los indios y la capilla real, en que no hubiese fuego. Esto era por las dos bandas que miran al occidente y al Mediodía, y por las de oriente y el Septentrión, donde se halla la puerta de los cuarteles del parque y la del jardín, que también quemaron, se vio lo propio. ¡Cuál sería la turbación y sobresalto de los que en él se hallaban, y al parecer seguros, viéndose acometidos de tan implacable enemigo por todas partes! ¡Cuánto mejor les hubiera sido defender las puertas, que exponerse a la contingencia de quemarse vivos! Pero, considerando que me responden les faltaba pólvora y que alcanzaban más las piedras que sus espadas y chuzos, me parece impertinencia el reprenderlos. Voy a otra cosa.

No oyéndose otra voz entre los sediciosos sino: "¡Muera el virrey y el corregidor!", y estando ya ardiendo el palacio por todas partes, pasaron a las casas del ayuntamiento, donde aquél vivía, a ejecutar lo propio. Valióle la vida y a su esposa, no estar en ella, pero fue su coche primero a que se arrojaron y a que pusieron fuego; y mientras éste lo consumía, lo trujeron rodando por toda la plaza como por triunfo. En el ínterin que, en esto y en matar después a las mulas que con desesperación lo conducían porque se quemaba, se ocupaban unos, arrimaron otros o los oficios de los escribanos públicos, al del cabildo,

donde estaban los libros del Becerro y los protocolos, al de la diputación, a la alhóndiga, a la contaduría, a la cárcel pública, grandes montones de petate, carrizo y tablas y, encendiéndolos todos a un mismo tiempo, excedieron aquellas llamas a las del palacio por más unidas.

No fue el tiempo que gastaron en esto ni un cuarto de hora, porque al excesivo número de los que en ello andaban, correspondía la diligencia y empeño con que lo hacían, y es muy notable que, desde las seis de la tarde que empezó el ruido hasta este punto, que serían las siete y media, trabajaron con las manos y con la boca con igual tesón. Con aquéllas, ya se ha visto lo mucho que consiguieron, y no fue menos lo execrable y descompuesto que con ésta hablaron. No se oía otra cosa en toda la plaza, sino "¡Viva el Santísimo Sacramento! ¡Viva la Virgen del Rosario! ¡Viva el rey! ¡Vivan los santiagueños! ¡Viva el pulque!" pero a cada una destas aclamaciones (así acaso no eran contraseñas para conocerse) añadían: "¡Muera el virrey! ¡Muera la virreina! ¡Muera el corregidor! ¡Mueran los españoles! ¡Muera el mal gobierno!"; y esto, no tan desnudamente como aquí lo escribo, sino con el aditamento de tales desvergüenzas, tales apodos, tales maldiciones contra aquellos príncipes, cuales jamás me parece pronunciaron hasta esta ocasión racionales hombres. En este delito sé muy bien, pues estaba entre ello, que murieron todos, pero no en quemar las casas del ayuntamiento y cabildo de la ciudad y el palacio, solos los indios.

Ya he dicho que los acompañaban los zaramullos del Baratillo desde el mismo instante que pasaron, con la india que fingieron muerta, por aquel lugar y, como casi todos los que asisten o compran a los muchachos y esclavos lo que en sus casas hurtan,

o son ellos los que lo hacen, cuando el descuido ajeno o su propia solicitud les ofrece las ocasiones, no hallando otra más a propósito que la que tenían entre las manos para tener que jugar y con qué comer no sólo por días sino por años, mientras los indios ponían el fuego (como quien sabía, por su asistencia en la plaza, cuáles eran de todos los cajones los más surtidos), comenzaron a romperles las puertas y techos, que eran muy débiles, y a cargar las mercaderías y reales que allí se hallaban.

No les pareció a los indios que verían esto el que quedaban bien si no entraban a la parte en tan considerable despojo y, mancomunándose con aquéllos y con unos y otros cuantos mulatos, negros, chinos, mestizos, lobos y vilísimos españoles así gachupines como criollos, allí se hallaban, cayeron de golpe sobre los cajones donde había hierro y lo que dél se hace, así para tener hachas y barretas con qué romper los restantes, como para armarse de machetes y cuchillos, que no tenían. No se acordaron éstos desde este punto de las desvergüenzas que hablaban, ni los indios y indias de atizar el fuego de las casas de ayuntamiento y de palacio y de pedir maíz, porque les faltaban manos para robar. Quedaba vacío un cajón en un momento de cuanto en él había, y en otro momento se ardía todo, porque los mismos que llevaban lo que tenían le daban fuego y, como a éste se añadía el de todos los puestos y jacales de toda la plaza que también ardían, no viendo sino incendios y bochornos por todas partes, entre la pesadumbre que me angustiaba la alma, se me ofreció el que algo sería como lo de Troya, cuando la abrasaron los griegos.

En vez de rebato, se tocaba a esta hora en todas las iglesias a rogativa, y pareciéndoles a los reverendos padres de la Compañía de Jesús y de la Merced el

que podrían servir sus exhortaciones para que se compusiese la plebe, acompañando aquéllos a un Santo Cristo y rezando el rosario a coros con devota pausa, y éstos a una imagen de María Santísima, a quien cantaban las letanías con suave música, se vinieron a la plaza en comunidad; pero, como entonces llovían piedras por todas partes, desbaratado el orden religioso con que venían, se distribuyeron unos y otros a diferentes sitios, donde, aunque más predicaban, era sin fruto, porque o no los atendían o los silbaban.

No se espante vuestra merced de que fuese así, cuando hicieron con el Venerabilísimo Sacramento del Altar casi otro tanto. Habíalo sacado del sagrario de la catedral, al comenzarse el incendio, el doctor don Manuel de Escalante y Mendoza, tesorero de la misma iglesia, y acompañado de clérigos y de españoles, pensando seguiría a su Dios y Señor toda la plebe, se arrojó a la plaza; pero, empeñados en tirar piedras, en poner fuego y en robar los cajones, los que en ella estaban, ni le doblaban la rodilla ni le adoraban; sólo unos, que habían comenzado a quemar el magnífico palacio nuevo del marqués del Valle, [5] a persuasiones eficacísimas de don Manuel y a la presencia temerosa y venerable de aquel señor, los mismos lo apagaron y sin duda, para ir a robar a la plaza, se retiraron de allí.

Temerosos quizá de lo que después sucedió, estaban los más de los dueños de los cajones entre la plebe desde el principio del ruido, pero, no habiendo riqueza alguna que prepondere a la vida del miedo de perderla, viendo y aun llorando la impiedad con que les llevaban su hacienda, callaban unos; "¡Ea hijos, pues así lo quiere nuestra desdicha y vuestra fortuna, aprovechaos muy en hora buena!", decían otros. No faltó alguno que se robó a sí mis-

mo, porque, entrándose a vuelta de los amotinados en su cajón, como quien sabía dónde estaba lo más precioso, se cargaba dello y echaba a huir, y lo mismo hacían los indios y el innumerable resto de zaramullos; pero los que antes se habían conformado para el tumulto cuanto se ha visto, comenzaron poco después, no en común sino en particular, a desavenir. Se malició que, reconociendo los que no eran indios, lo mucho que éstos y sus mujeres habían cargado, llegándose a éstos con disimulo, con cual quier cosa de los que en los cajones de hierro habían hurtado, si ya no era con espadas los que las tenían, los atravesaban con ligereza y, acudiendo como a favorecerlos cuando caían, los desvalijaban de lo mejor y se retiraban.

Murieron algunos indios de esta manera y a lo que yo presumo, y muchos más en número. Como ya digo, precedió al saqueo de los cajones haber dejado de tirar piedras por largo rato cuantos las arrojaban, no por otra cosa, que por tener ya los brazos casi sin fuerza, o porque, para quemar el palacio y casas de ayuntamiento, les servía de estorbo. Al mismo instante que los españoles, que estaban en las bocas de las calles, en el cementerio de la catedral y en otras partes, los reconocieron, se fueron interpolando con los tumultuantes y como éstos, cargados de mercaderías y de riqueza no sólo se iban saliendo de la plaza atropelladamente, sino que mofaban con mucha risa de los que entraban y les decían: "¡españoles de porquería ya vino la flota! Andad mariquitas a los cajones a comprar cintas y cabelleras" arrepentidos éstos de haberse estado mirando mano sobre mano tanto destrozo o avergonzados de oír estas ignominias y otras peores, y sobre todo, con el seguro de que ya no había pedradas, unos con carabinas y con espadas otros dieron en ellos.

Sucedió lo mismo cuando, entrando el conde de Santiago con muchos de su familia y diversos hombres honrados, por una parte, y por otra, don Antonio Dezas Ulloa, Caballero del orden de Santiago, y don José de Urrutia, contador aquél y tesorero éste, de la Real Hacienda, y otras muchas personas nobles, dieron una buena carga de carabinazos a los que robaban; pero, no hallando en ello resistencia alguna, porque sólo atendían a cargar y a irse, y también porque, oponiéndoseles los padres de la Compañía, que por allí andaban y, así con súplicas, como cubriéndolos con los mantos como si fuese a unos inocentes los patrocinaban, por no perder tiempo se pasaron a palacio a ocuparse en algo.

Paréceme, por los cuerpos que poco después vide tendidos junto a la catedral, que eran diez y nueve, y por otros que (con ocasión de haber andado acompañando al Santísimo Sacramento cuando, después del doctor don Manuel de Escalante, lo tomó en sus manos el licenciado don Antonio de Aunsibay, provisor y vicario general deste obispado) no sólo hallé tirados por aquella plaza, sino que los toqué con mis manos, porque, habiéndome puesto no sé quién el santo óleo en ellas, ungí a trece que estaban vivos y confesé a tres, pasaría de cincuenta el número de muertos en aquel contorno, sin algunos que se sabe con evidencia que, por empeñarse en el saqueo de los cajones cuando se quemaban, se abrasaron vivos, y sin muchísimos a quienes, por quitarles los que estaban por las calles lo que llevaban hurtado, o los mataban o los herían, según (por lo que se supo de los que fueron a curarse a los hospitales y después entraron en sus iglesias y en otras) se discurre ahora.

Pudieron hacer mucho, para ejemplar castigo, éstos que se hallaban por todas las calles general-

mente, pero con especialidad en la de la Acequia,[6] el excesivo y continuo número de canoas que en ella hay siempre, cargadas de cuantas riquezas les arrojaban (¿quién podría hacer esto sino sus dueños?), se salieron sin resistencia; y la que he dicho que por las calles hubo, sólo se hizo a indios y esos borrachos, porque, largando los más dellos a un solo grito lo que llevaban, daban a huir, muy al contrario de los que no eran indios que, defendiendo con desesperación lo que les intentaban quitar, se hacían lugar por donde querían.

Al mismo punto que se arrojaron al incendio y robo de la plaza, se olvidaron de las casas de ayuntamiento y del palacio real, y con esto se les facilitó a muchas personas, de las primeras de México, el acercarse a él. Ayudaron a los encerrados a apagar el fuego en la puerta de los cuarteles, en la del parque, en la del patio del tribunal de cuentas y en algunas ventanas y balcones donde aún no era mucho y, quedando en aquéllas bastantes guardias, se entraron dentro y, presumiendo que los particulares que allí vivían tendrían ya asegurados del incendio todos sus trastes, como así era, pasaron a los cuartos de los señores virreyes, donde las pocas dueñas y damas que allí se hallaban, con asistencia de algunos de la familia y de sus criados, comenzaban con alhajas de sus amas a hacer lo propio. Ayudáronles a esto valientemente, y con tanto mayor empeño y resolución cuanto las llamas, que por el balcón grande y portales de provincia entraban ya a las recámaras, eran entonces en extremo grandes y voracísimas. No se perdió de cuantos papeles había allí de suma importancia ni uno tan sólo. Cargáronse todos de lo menos brumoso y de más valor y, enco-

mendando lo restante y asegurado a algunos soldados y personas fieles, sacaron por una casa, que está inmediata al jardín, a aquellas damas y dueñas y otras mujeres y gente tímida y, atravesando por entre los muchos tumultuantes que en la calle había, las condujeron al palacio del señor arzobispo, que está allí enfrente.

Yo también me hallé entonces en el palacio porque, entregándole el santo óleo a un ayudante de cura, me vine a él; pero, no siendo esta carta relación de méritos propios sino de los sucesos de la noche del día ocho de junio, a que me hallé presente, excusaré, desde aquí para lo de adelante, referir menudamente lo mucho (o nada, o lo que quisieron émulos que nunca faltan) que, sin hacer refleja a mi estado, hice espontánea y graciosamente y sin mirar al premio, cuando, ya con una barreta, ya con una hacha, cortando vigas, apalancando puertas, por mi industria se le quitaron al fuego de entre las manos no sólo algunos cuartos de palacio, sino tribunales enteros, y de la ciudad su mejor archivo. Basta con esto lo que a mí toca.

Si los que tenían libertad para poder huir, sólo por el fuego que los cercaba a distancia larga, estaban aún con mayores ansias y congojas que las que he dicho, ¡cuáles serían las de los presos de la cárcel de corte, y aprisionados muchos, viendo que, al mismo instante que ardió la puerta, se llenaron todas las salas de espeso humo y se ahogaban todos! Salir por donde entraron era imposible, porque el zaguán en breve rato parecía un horno; por las paredes de su pequeño patio tenía más de veinte varas de alto, era lo mismo; conque, ayudando al alcaide y porteros que estaban con todos ellos en igual peligro, rompieron los candados de las puertas por donde se

entra a la sala de tormentos y destas a las de los alcaldes y, casi ya sin aliento y respirando fuego, salieron a los corredores y de allí a los patios, donde, con ayuda de otros o con sus propias habilidades, se quitaron las prisiones y quedaron libres; ofreciéndoseles a todos ellos uniformemente (y discurrieron ellos bien) el que les serviría de mérito para compurgar sus delitos la fidelidad con que procediesen, y sin que se lo pagasen ni uno tan sólo a la plebe tumultuante, pudiendo hacerlo, distribuyéndose por las azoteas y por otras partes, trabajaron aquella noche y parte del día siguiente incesantemente y consiguieron, aun no tanto por este servicio cuanto por la benignidad de quien pudo hacerlo, la remisión de sus culpas. Mientras se va quemando el palacio, voy yo a otra cosa.

La noticia del acometimiento que le hicieron los sediciosos y de la confusión y alboroto que en la plaza había, halló al señor virrey en el convento de San Francisco. La voz primera que allí se oyó, atribuyó a travesura de muchachos lo que había sido, y afirmó la segunda no ser sino movimiento gigante de todo México, conspirando, sin excepción de personas, para quitarle la vida a Su Excelencia, como lo decían a voces. Hallábanse allí (sin el caballerizo don Alonso de la Barrera y algunos pajes) don Juan de Dios de Medina Picazo y don Alonso Morales, alcaldes ordinarios de la ciudad, y los regidores don Juan de Aguirre Espinosa y don Bernabé Álvarez de Itay; como a esta noticia la acompañó desde luego el desentonado estruendo que por las calles se oía, aunque reconoció ser la turbación de los que allí estaban cuanta pudo ser, dejó al instante su excelencia la silla, para salir a la calle, pero,

corriendo algunos religiosos a cerrar las puertas y otros (con los caballeros que he referido) a detenerlo, arguyéndole de homicida de sí mismo, si tal hacía y ponderándole lo que su vida importaba y con promesa de que irían en persona a saber lo que era, lo detuvieron allí.

Durante esto, llegó a refugiarse al mismo convento de San Francisco su excelentísima esposa, porque, al venirse ya a su palacio por aquella calle, reconocieron los cocheros desde muy lejos lo que en la plaza había y, sin discutir con certidumbre lo que podía causarlo y atravesando calles con diligencia por estar a sotavento de aquel convento, consiguieron llegar a él sin desmán alguno y con notable dicha, supuesto que casi atropellaban a los que corrían para la plaza sin advertirlo ellos.

Por instantes crecía el alboroto en las calles, según se percibía distantemente desde allá dentro, y también se oían los mosquetazos que en palacio se dispararon, y todo esto con noticia cierta de no haber otra voz entre los indios y plebeyos, que también se supo eran los sediciosos, sino de que muriese el virrey porque faltaba el maíz. ¡Oh, qué aflicción sería la de este príncipe, viéndose allí encerrado! Los suspiros y tiernas lágrimas de su afligida esposa, por una parte, por otra, la refleja a la ingratitud de la plebe para cuyo sustento se afanó tanto, y por otra, la ciencia de la ninguna prevención y armas de los que allí estaban. Con discursos, que mutuamente se embarazaban, lo tenían suspenso y sobre todo, no queriendo abrir las puertas del convento los religiosos, por parecerles ser esto lo que, por estar allí sus excelencias, a quienes buscaba la plebe para quitarles la vida, se debía hacer, no había modo para que saliesen los pocos que le asistían, a

ejecutar sus órdenes y repartir a otros las que juzgó necesario.

Como por estar en la plaza toda la plebe se minoró el concurso en aquella calle, movidos de los golpes con que las más ilustres personas de México, dando al mismo tiempo sus nombres, las hacían pedazos, se las franqueaban los religiosos que las guardaban con grande recato. Ofreciéronse todos y también sus vidas a sus excelencias y, sabiéndose dellos menudamente lo que había pasado y con especialidad el que, sin acordarse del palacio y casas del ayuntamiento, que por todas partes ardían, se habían ya arrojado los sediciosos a robar los cajones de la plaza y a ponerles fuego, le ordenó al conde de Santiago, a don Antonio de Deza y Ulloa y a los que antes dije que, apellidando el nombre de su majestad y de su virrey, luego al instante se volviesen a la plaza con cuanta gente pudiesen, así para desalojar della a los sediciosos, como para asegurar del incendio la caja real y los tribunales; y cumpliendo todos sus muy honradas obligaciones y con el orden dado, hicieron prontamente lo que queda dicho.

Aunque al mismo instante que se acabó el pillaje cesó el tumulto, habiéndose retirado los que causaron a guardar sus robos, con todo, por evitar en la falta del maíz del día siguiente mayor escándalo, despachó su excelencia (perseverante el ruido) al regidor don Juan de Aguirre Espinosa a la provincia de Chalco, para que hiciese amanecer en México cuanto maíz se hallase; a don Francisco de Sigüenza a escoltar, desde donde las encontrase, hasta esta ciudad, las recuas que venían de Celaya y de la tierra adentro; encargó al mariscal don Carlos de Luna y Arellano visitase aquella noche todas las panaderías de México, para que se amasase en ellas, para el día

siguiente, triplicado pan del que solían antes; a otros envió a las carnicerías y aun a las huertas. Para que no faltase verdura, fruta y hortalizas, despachó a otros y no sólo esto hizo, sino también correos a la Puebla de los Ángeles y a diferentes partes donde, por ser general y mayor que en México la carestía y sus vecinos muchos, pudiera un ejemplar tan pernicioso y abominable como el presente irritar los ánimos, se hallara sin prevención a los que debían tenerlas.

En estas cosas se pasó la noche, pero no era necesario que amaneciese para ver y llorar con sospiros dolorosos lo que el fuego hacía. Perseveró éste hasta el martes con vehemencia notable y, para decir en breve lo que de necesidad pedía relación muy larga, quemóse la mayor parte de los portales y oficios de provincia y en ellos algunos papeles; algo de los cuartos del señor virrey; todos los que caían sobre el zaguán de la puerta principal del cuerpo de guardia; toda la cárcel con sus entresuelos, donde perecieron tres criaturas y una mujer; la sala de tormentos; la del crimen; la menor cuantía; la escribanía más antigua de cámara con sus papeles todos; la de la Real Audiencia y en ellas cuantas colgaduras, alfombras, lienzos, relojes, libros, papeles y adornos había; quemóse la armería toda y algunas armas. ¡Déle Dios mucha vida, pero mejor es el cielo, a quien, derribando puertas por una parte, esforzándole al fuego el que respirase, libró la sala del real acuerdo y el tribunal de cuentas!

Mayor fue el estrago de las casas de ayuntamiento, pues las abrasaron todas, quiero decir, la vivienda de los corregidores, la contaduría de propios, el oficio de la escribanía de cabildo y la sala de ayuntamiento, y cuanto por lo bajo correspondía a esto y

era parte de la alhóndiga, el oficio de la diputación y fiel ejecutoría, los de los escribanos públicos y en ellos y en el del mayor del cabildo cuantos papeles había, así de lo que estaba corriente como de los protocolos, antiguos libros de censos, mayorazgos y semejantes cosas. Repito otra vez el que Dios le dé el cielo a quien, entre tantas llamas, sacó y aún tiene en su poder los libros capitulares, únicamente privilegiados en tan voraz incendio.[8] Quemáronse también algunas tiendas (y cuanto había en ellas) pertenecientes a los propios de la ciudad y, finalmente, discurrido el destrozo con madurez y juicio, pasa el valor del robo y de lo que arruinó el fuego de tres millones.

Acompañados del ilustrísimo señor arzobispo, de los ministros togados, de los títulos y de primera nobleza, y también de inmensa plebe que, con disimulo o arrepentimiento de lo pasado, les deseaban vida en públicas aclamaciones salieron los señores virreyes del convento de San Francisco y se vinieron a hospedar al palacio nuevo del marqués del Valle. No constaba la disposición con que estarían los ánimos de los tumultuantes y, aunque hasta ahora se hallaba en arma la ciudad toda, nombró su excelencia, sin dilación, los cabos de milicia que le pareció convenir. Abriéronse listas para dos compañías de caballería que estuviesen al sueldo, para rondar la ciudad y presidiar el palacio; distribuyéronse las del batallón donde pareció y, por último, se le imposibilitó a la plebe otro movimiento y, arrojando el barrio de Santiago luego aquel lunes y el siguiente martes algunas tropas, aunque lo hallaron despoblado, se aparejaron algunos indios (y para proseguirlo después como se hizo con algún logro) se comenzó a recobrar parte de lo que habían robado.

Los que se habían salido de la ciudad la misma noche del domingo, aunque les sobraba la ropa y dinero, no les acompañaba el sustento y, acometiendo a algunas canoas que venían navegando desde Chalco con provisión de maíz, las dejaron sin grano; pero con la actividad con que don Juan de Aguirre y don Francisco de Sigüenza, mi hermano, introdujeron, aquél en otras canoas y éste en las recuas que halló muy cerca, no sólo suficiente sino sobrado maíz, pudo abundar aquel día y quedar para otros en la ciudad, si su excelencia, sin más consejeros que su caridad y misericordia, no hubiera mandado que a todos, y con especialidad a la ingrata, traidora chusma de las insolentes indias, se les repartiese graciosamente y sin paga alguna cuanto hubiese entrado.

Es verdaderamente digna de elogio esta acción tan cristiana, pero merece por otro este excelente príncipe cuantos en todos tiempos les formó la elocuencia a los mayores héroes. Como nunca (entrando el tiempo de su gentilidad) llegó la borrachera de los indios a mayor exceso y disolución que en aquestos tiempos en que, con pretexto de lo que contribuyen al rey nuestro señor los que conducen, abunda más el pulque en México, sólo en un día que en un año entero cuando la gobernaban idólatras. Al respecto de su abundancia no había rincón, muy mal he dicho, no había calles ni plaza pública en toda ella, donde, con descaro y con desvergüenza, no se le sacrificasen al demonio muchas más almas con este vicio, que cuerpos se le ofrecieron en sus templos gentílicos en los pasados tiempos; las muertes, los robos, los sacrilegios, los estupros, las bestialidades, las supersticiones, las idolatrías, contra que tantas veces se declamó en los púlpitos y se escribió en los libros, ¿quién duda que tenían ya (si así se

puede decir) enfadado a Dios, y quién duda que, tomando por instrumento a los consentidos, quiso hacer un pequeño amago para castigar a un lugar donde tanto se le había ofendido en esta línea? Si falta enmienda perfeccionara su justicia.

Desde el instante mismo que se principió el tumulto, inspirados quizá del cielo, levantaron todos el grito: "¡Este es el pulque!", y ofreciósele lo propio al mismo tiempo al señor virrey quien mucho antes, detestando las consecuencias que de su abuso se siguen, había escrito al rey nuestro señor dilatadamente) y, pareciéndole que obsequiaría a su majestad obsequiando a Dios, mandó el lunes mismo por la mañana, nueve de junio, el que ni una sola carga de pulque le entrase en México, y con parecer del real acuerdo, después cooperando a ella el ilustrísimo señor arzobispo, algunos de sus sufragáneos, los cabildos eclesiástico y secular, la Real Universidad, los colegios, las religiones, los hombres doctos y aun, de los propios indios los pocos que conservaban algo de nobleza antigua, hasta dar cuenta dello al rey nuestro señor, lo prohibió en México absolutamente.

Habiéndose cogido cuatro indios en los mismos cuarteles de palacio al ponerles fuego y confesando, sin tormento alguno, haber sido cómplices en el tumulto y cooperado al incendio, menos a uno que con veneno la noche antes se mató a sí mismo, el miércoles once por la mañana los arcabucearon; ahorcaron a cinco o seis; quemaron a uno y azotaron a muchos en diferentes días y juzgo que se va procediendo contra otros que se hallan presos.

Las alarmas falsas, los miedos, las turbaciones de todo México en aquella semana y quizá después pedían para su expresión relación muy larga, pero no obstante vivían los pusilánimes con algún consuelo,

discurriendo el que, aunque faltasen los españoles a su defensa, siendo mortales enemigos de los indios de México los de Tlaxcala, en ocasión de rompimiento grande los tendrían seguros y, corriendo voz de los que forman república se le habían enviado a ofrecer al señor virrey, se alegraron todos.

Ser aquellas presunciones fantásticas y los indios, se comprobó con evidencia el lunes siguiente, diez y seis de junio, en que hubo noticia cierta en esta ciudad de haberse amotinado también la de Tlaxcala, quiero decir, por hablar con precisión y verdad, tres pueblos suyos, y fue éste el caso: Hay mercados, o tianguis, en ella todos los sábados y en el que se contaron catorce del propio mes, valiendo la carga de maíz de dos fanegas a cinco pesos, consiguieron a gritos los de aquellos pueblos les diese don Fernando de Bustamante, alcalde mayor de aquella provincia, a solos cuatro pesos el que tenía, y pareciéndoles más acomodado precio que éste el arrebatarlo se arrojaron al que estaba en la plaza de manifiesto y se lo llevaron. No se les hizo oposición alguna por excusar alborotos, pero reconociendo aquél entre ellos inquietud notable y recelándose de lo mismo que sabía por el correo que pasó en México, hizo llamar a recoger a los vecinos españoles con una caja y a las dos de la tarde se hallaban en el palacio solos seis hombres.

Ni aun éstos quisieran los indios que hubieran venido y, emulándoles a los de México cuanto habían hecho, a un mismo tiempo comenzaron a apedrear aquel palacio y ponerle fuego. Hiciéronle el alcalde mayor y los que le acompañaban cuanta resistencia se pudo y, con la ayuda de otros veinte españoles que acudieron presto, después de haberlos destrozado razonablemente, los retiraron; y mientras

duró la refriega, que fue buen rato, se quemó la mayor parte de aquel palacio. Con algún castigo que se hizo en ellos, a lo que presumo, y con haber enviado su excelencia luego al momento dos compañías de a caballo, por si aún duraba la sedición, se consiguió el sosiego en que hoy perseveran ellos y todo el reino.

NOTAS

* En la portada de casi todas las obras de Sigüenza y Góngora figura lo que podemos llamar su *super libris*, que consiste en la figura de un pegaso, con el lema: *Sic itur ad astra.*

** El hospital del Amor de Dios ocupaba el edificio que, reformado, sirvió más tarde para la Academia de San Carlos, convertida hoy en Escuela Nacional de Artes Plásticas.

1 La huerta del marqués del Valle estaba situada en lo que es hoy el panteón Inglés.

2 Se refiere, probablemente, a la capellanía que dotó don Juan de Alva Ixtlilxóchitl sobre ciertas propiedades en las cercanías de San Juan Teotihuacan y de la cual instituyó por primer capellán a Sigüenza y Góngora.

3 El palacio arzobispal estaba situado en la actual calle de la Moneda, en el edificio que hoy ocupa una dependencia de la Secretaría de la Defensa Nacional.

4 Actualmente el Museo Nacional.

5 Este palacio es el edificio ocupado hoy por el Nacional Monte de Piedad.

6 Hoy de la Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez.

7 Don Carlos pudo salvar el cuadro con los retratos de los reyes católicos, don Fernando y doña Isabel, así como el del emperador Carlos V y su padre don Felipe el Hermoso. También logró salvar de las llamas el retrato del virrey Galve y otros de menor importancia artística.

8 Ya se dijo en el prólogo cómo salvó Sigüenza los libros de cabildo.

VOCABULARIO DE ALGUNOS TÉRMINOS MARINOS

Aferrar.—Doblar velas.

Amura.—Cuerda para amarrar la vela mayor.

Anclote.—Ancla pequeña.

Andarivel.—Cordaje ligero.

Baos.—Vigas que sostienen los puentes del navío.

Baquianos.—Guías.

Batidor.—Cuerda de las velas.

Bolina.—Pesa atada a una cuerda que se echa en el mar para tantear la profundidad de éste.

Braza.—Medida de seis pies.

Cajeta.—Trenza.

Codaste.—La parte de la quilla que está tocando con la pala del timón.

Combés.—Parte de la cubierta superior.

Chapuces.—Remiendos.

Chata.—Embarcación de dos palos.

Entalingar.—Amarrar el extremo de un cable a un ancla.

Galafatear.—Cerrar las junturas de las maderas.

Gálibo.—Esqueleto de un navío.

Guiñar.—Mover la proa por medio del timón.

Meollar.—Cordel.

Mojeles.—Poleas.

Orzar.—Inclinar la parte del buque hacia la proa, de donde viene el viento.

Pañol.—Compartimiento de la bodega de una nave.

Pingue.—Embarcación de carga.

Plático.—Práctico, piloto.

Porta.—Tronera para boca de fuego.

Proejar.—Remar contra la corriente.

Rebenque.—Látigo para castigar a los galeotes.

Rezón.—Ancla pequeña.

Singladura.—Camino que hace la nave en veinticuatro horas.

Tamborete.—Pieza de madera que encaja en la espiga de los masteleros.

Velacho.—Vela del mastelero de proa.

NOTA DE ACTUALIZACIÓN BIOBIBLIOGRÁFICA

Mucho ha aparecido sobre don Carlos de Sigüenza y Góngora y de su propia obra en los años transcurridos desde la primera edición de este tomo de la Biblioteca del Estudiante Universitario. Dado que el criterio de la colección es conservar los estudios ya clásicos cuando el autor lo amerite, se da aquí en beneficio del lector una biobibliografía actualizada.

BENÍTEZ GROBET, Laura, *La idea de la historia en Carlos de Sigüenza y Góngora*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 152 pp.

———: "El nacionalismo en Carlos de Sigüenza y Góngora", *Estudios de Historia Novohispana*. México, 1985, vol. VII, pp. 20-221.

BURRUS, Ernest J., "Clavijero and the lost Sigüenza y Góngora manuscripts", *Estudios de Cultura Náhuatl*. México 1959, v. I, pp. 59-90.

———: "A Sigüenza y Góngora contribution to the history of Florida", *The Americas*. Washington, enero 1963, vol. XIX, núm. 3, pp. 305-313.

———: "Sigüenza y Góngora's efforts for readmission into the Jesuit Order", *The Hispanic American Historical Review*. v. XXXIII, agosto 1953, núm. 3, pp. 387-391.

CHAVERO, Alfredo, "Sigüenza y Góngora", *Anales del Museo Nacional de México*. México, 1ª época, 1886, t. III, pp. 258-271.

———: "Sigüenza y Góngora" en sus *Obras*. t. I, "Escritos diversos", México, Tipografía de Victoriano Agüeros, 1904, XXVI-464 pp. (Biblioteca de Autores Mexicanos, 51), pp. 141-180.

DELGADO, Jaime, *vid.* Sigüenza, *Piedad heroica.*

EGUIARA Y EGUREN, Juan José de, *Prólogos a la Biblioteca Mexicana.* Nota preliminar por Federico Gómez de Orozco, versión española, estudio biográfico y bibliografía del autor por Agustín Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, 306 pp. (Biblioteca Americana de Obras Latinas.)

FUENTES, Ignacio, "Don Carlos de Sigüenza y Góngora, polígrafo mexicano", *Memoria de la Academia Nacional de Historia y Geografía.* 2ª época, segundo año, 1946, núm. 1, pp. 28-41.

GRAJALES, Gloria, *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales. Estudio historiográfico.* México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961, 136 pp. ils. (Cuadernos del Instituto de Historia. Serie histórica, 4).

IGLESIA, Ramón, "La mexicanidad de don Carlos de Sigüenza y Góngora" en: *El hombre Colón y otros ensayos.* México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1944, 306 pp., pp. 117-143.

LEONARD, Irving A., *Documentos inéditos de don Carlos de Sigüenza y Góngora. La Real Universidad de México y don Carlos de Sigüenza y Góngora. El reconocimiento de la bahía de Santa María de Galve.* México, Centro Bibliográfico Juan José de Eguiara y Eguren, 1963, VIII-120 pp. (Biblioteca Mexicana, 1.)

———: *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. A Mexican Savant of the Seventeenth Century.* Berkeley, University of California Press, 1929, X-288 pp. mapa. (University of California in Publications in History, 18.)

———: *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII.* Traducción de Juan José Utrilla. México, Fondo de Cultura Económica, 1984, 318 pp. (Vida y pensamiento de México).

———: *Ensayo bibliográfico de don Carlos de Sigüenza y Góngora*. México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1929, x-70 pp. (Monografías Bibliográficas Mexicanas, 15.)

———: "Sigüenza y Góngora and the Chaplancy of the Hospital del Amor de Dios", *The Hispanic American Historical Review*. v. XXXIX, noviembre 1959 núm. 4, pp. 580-587.

———: *Spanish approach to Pensacola, 1689-1693*. Foreword by James A. Robertson. Alburquerque, The Quivira Society, 1939, XVIII-324 pp., ils. mapas. (Quivira Society Publications, IX).

López Cámara, Francisco, "El cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza y Góngora", *Filosofía y Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*. México, julio-septiembre de 1950, núm. 39, pp. 107-131.

———: "La conciencia criolla en Sor Juana y Sigüenza", *Historia Mexicana*. v. VI, enero-marzo de 1957, núm. 3 (23), pp. 350-373.

Maza, Francisco de la, "Sor Juana y don Carlos. Explicación de dos sonetos hasta ahora confusos", *Cuadernos Americanos*. México, v. XXV, 1966, núm. 2, pp. 190-204.

Méndez Plancarte, Alfonso, *Poetas novohispanos. Segundo siglo (1621-1721). Parte segunda*. Estudio, selección y notas de . . . , México, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1945, LXXIV-230 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 54.)

Moreno Montes de Oca, Rafael, "El método experimental y matemático en Sigüenza y Góngora", *Memorias del Primer Coloquio Mexicano de Historia de la Ciencia*. 2 v., México, Sociedad Mexicana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, 1964, ils., I, 117-131.

O'Gorman, Edmundo, "Datos sobre D. Carlos de Sigüenza y Góngora", *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, 1ª serie, t. XV, octubre-diciembre de 1944, núm. 4, pp. 593-612.

———: "Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México", en *Seis estudios históricos de tema mexicano*. Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960. 22 pp. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras, 7.)

———: "Sobre los inconvenientes de vivir los indios en el centro de la ciudad", *Boletín del Archivo General de la Nación*. México, 1ª serie, t. IX, enero-marzo de 1938, núms. 1-34.

Oviedo y Romero, Aurelio María, "Don Carlos de Sigüenza y Góngora", *Biografías de mexicanos célebres. D. Carlos de Sigüenza y Góngora. Antonio Alzate Francisco J. Clavijero. Francisco J. Gamboa. Antonio L. y Gama. Francisco E. Tresguerras. Fray M. Navarrete*. París-México, Librería de Ch. Bouret, 1889. 160 pp., pp. 5-36.

Paz, Octavio, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. 660 pp. ils. (Sección de Obras de Lengua y Estudios Literarios).

Pérez Salazar, Francisco, *Biografía de D. Carlos de Sigüenza y Góngora, seguida de varios documentos inéditos*. México, Antigua Imprenta de Murguía, 1928, 198 pp.

———: "Los concursos literarios en la Nueva España y el 'Triunpho Parthénico' ", *Revista de Literatura Mexicana*. México, año 1, octubre-diciembre de 1940, núm. 2, pp. 290-306.

Posada, Germán, "Sigüenza y Góngora, historiador". *Revista de Historia de América*. México, diciembre de 1949, núm. 28, pp. 377-406.

Quintana, José Miguel, *La astrología en la Nueva España. De Enrico Martínez a Sigüenza y Góngora*. México, Bibliófilos Mexicanos, 1969, 298 pp.

Rojas Garcidueñas, José, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Erudito barroco*. México, Ediciones Xóchitl, 1945, 174 pp. (Vidas mexicanas, 23).

———: "Sor Juana Inés de la Cruz y don Carlos de Sigüenza y Góngora", *Anales del Instituto de Inves-*

tigaciones Estéticas. México, 1964, núm. 33, pp. 51-65.

Ruiz, Eduardo, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora*. México, Vargas Rea, 1950, 34 pp. (Biblioteca de Historiadores Mexicanos, Hombres de México).

———: "Don Carlos de Sigüenza y Góngora", en *Hombres ilustres mexicanos. Biografías de los personajes notables desde antes de la conquista hasta nuestros días*. Ed. Eduardo L. Gallo, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1874, ils., v. 2, pp. 341-352.

Sánchez Lamego, Miguel A., *El primer mapa general de México elaborado por un mexicano*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Comisión de Cartografía, 1955, 36 pp.

Schons, Dorothy, "Dos documentos inéditos relativos a Sigüenza", *Revista mexicana de estudios históricos*. México, t. I, núm. 6, pp. 248-251.

Sigüenza y Góngora, Carlos de, *Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692, Relación de don Carlos de Sigüenza y Góngora en una carta dirigida al Almirante don Andrés de Pez*. Edición anotada por Irving A. Leonard, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1932, 160 pp. ils.

———: *Glorias de Querétaro en la Nueva Congregación Eclesiástica de María Santísima de Guadalupe con que se ilustra y en el suntuoso templo que dedicó a su obsequio D. Juan Caballero y Ocio, presbítero, comisario de Corte del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Escríbelas D. Carlos de Sigüenza y Góngora*. Querétaro, Ediciones Cimatario, 1945, XIV-78 pp.

———: "Informe de don Carlos de Sigüenza y Góngora sobre el castillo de San Juan de Ulúa (1695)", prólogo de Irving A. Leonard, *Revista de Historia de América*. México, junio de 1958, núm. 45, pp. 130-143.

———: *Infortunios de Alonso Ramírez*. México, Premiá Editora, 1978, 98 pp. (La Nave de los Locos, 38). Nueva ed. 1982.

———: *Libra astronómica y filosófica.* Presentación de José Gaos, edición de Bernabé Navarro, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Filosóficos, 1959, XXXIV-(22), 252 pp., ils. (Nueva Biblioteca Mexicana, 2). Reimp. 1984.

———: *Mercurio volante con la noticia de la recuperación de las Provincias del Nuevo México conseguida por D. Diego de Vargas, Zapata y Luxán Ponze de León, Governador y Capitán General de aquel Reyno. Escriviola por especial orden de el Excelentisimo Señor Conde de Galve Virrey, Governador, y Capitán General de la Nueva España &c. Don Carlos de Sigüenza y Góngora, Cosmógrapho Mayor de su Magestad en estos Reynos, y Cathedrático Jubilado de Mathemáticas en la Academia mexicana.* México, Oficina Tipográfica del Museo Nacional de México, 1900, 22 pp.

———: *Noticia chronológica de los reyes, emperadores, governadores, presidentes y vi-reyes de esta nobilísima ciudad de México.* Edición de Irving A. Leonard, México, José Porrúa e hijos, 1948. (Bibliotheca Novohispana, 2).

———: *Obras.* Con una biografía escrita por Francisco Pérez Salazar. México, Sociedad de Bibliófilos Mexicanos, 1928, LXXXVIII-382 pp. 1 retrato. (Bibliófilos Mexicanos, 3).

Contiene:

Theatro de virtudes políticas, [facs. de la port.] pp. 1-148.

Trofeo de la justicia española, [facs. de la port.] pp. 149-245.

Relación de lo sucedido a la armada, [facs. de la port.], pp. 247-68.

Piedad heroyca, [port. moderna: 3ª ed.], pp. 269-346

Primavera indiana, [facs. de la port. o anteport.] pp. 347-377.

———: *Obras históricas.* Edición y prólogo de José Rojas Garcidueñas, 2ª ed., México, Editorial Porrúa

1960, XXVIII-366 pp. (Colección de escritores mexicanos, 2).
Contiene: *Infortunios de Alonso Ramírez, Mercurio volante, Trofeo de la justicia española, Relación de lo sucedido a la armada de Barlovento y Teatro de las virtudes políticas.*

———: *Piedad heroyca de don Fernando Cortés.* Edición y estudio por Jaime Delgado, Madrid, José Porrúa Turanzas, Editor, 1960, CVIII-98 pp. ils. (Colección Chimalistac de Libros y Documentos acerca de la Nueva España, 7).

———: *Poemas.* Recopilados y ordenados por Irving A. Leonard, con un estudio preliminar de Ermilo Abreu Gómez. Madrid, Biblioteca de Historia Hispano-Americana, 1931, 200 pp.
Contiene:
"Soneto", tomado de Ribera, *Poética descripción,* 1668, p. 41.
Primavera indiana, pp. 43-70.
"Romance", tomado de Ramírez, *Sencilla narración,* 1677, pp. 71-75.
Glorias de Querétaro, pp. 77-82.
Teatro de virtudes, pp. 83-92.
Triunfo parténico, pp. 93-120.
Oriental planeta, pp. 121-145.
Epigramas y cuartetas recitados por Sigüenza en el certamen de 1682 al dar los premios, pp. 149-176.
Id. de 1683, pp. 177-193.

———: *Primavera Indiana. Poema sacrohistórico. Idea de María Santíssima de Guadalupe de México copiada de Flores. Escriviólo D. Carlos de Sigüenza y Góngora.* Prólogo de Fernando B. Sandoval. México, Ediciones Vargas Rea, 1945, IV-46 pp.

———: *Relaciones históricas.* Selección, prólogo y notas de Manuel Romero de Terreros, 2ª ed. México, Universidad Nacional Autónoma, 1945, XXX-188 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 13).
Contiene:

Infortunios de Alonso Ramírez.
Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento.
Alboroto y motín de México del 8 de junio de 1692.

———: *Triunfo Parténico que en Glorias de María Santísima, inmaculadamente concebida, celebró la Pontificia, Imperial y Regia Academia Mexicana en el bienio que como su Rector la gobernó el Doctor Don Juan de Narváez, Tesorero General de la Santa Cruzada en el Arzobispado de México y al presente Catedrático de Prima Sagrada Escritura. Descríbelo Don Carlos de Sigüenza y Góngora Mexicano, y en ella Catedrático propietario de Matemáticas.* Prólologo de J. Rojas Garcidueñas. México. Ediciones Xóchitl, 1945, 328-[8] pp., ils.

———: *Seis obras. Infortunios de Alonso Ramírez. Trofeo de la justicia española. Alboroto y motín. Mercurio volante. Teatro de virtudes políticas. Libra astronómica y filosófica.* Prólogo por Irving A. Leonard. Edición, notas y cronología por William G. Bryant. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984. XXXIV-438 pp., ils. (Biblioteca Ayacucho, 106).

———: *Teatro de virtudes políticas . . . y Alboroto y motín de los indios de México.* Estudio por Roberto Moreno. México, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México y Miguel Ángel Porrúa, 1986. 200 pp. (Biblioteca Mexicana de Autores Políticos).

TOUSSAINT, Manuel, *Compendio bibliográfico del Triunfo Parténico de don Carlos de Sigüenza y Góngora.* México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1941, 48 pp. facs.

TRABULSE, Elías, *Ciencia y religión en el siglo XVIII.* México. El Colegio de México, 1974. 286 pp., ils. (Centro de Estudios Históricos. Nueva Serie, 18).

ZÁRATE, Julio, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora.* México, Editor Vargas Rea, 1950, 36 pp.

ÍNDICE

Prólogo v
Cronología xix
Bibliografía sucinta xxi
Obras consultadas xxv
Infortunios de Alonso Ramírez 1
Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento 63
Alboroto y motín de México, del 8 de junio de 1692 81
Notas 152
Vocabulario de algunos términos marinos . . 154
Nota de actualización biobibliográfica . . . 156

Relaciones Históricas de Carlos de Sigüenza y Góngora, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en la Imprenta Universitaria el mes de marzo de 1992. Su composición se hizo en tipo Electra 10:11, 9:10 y 8:9 puntos. La edición consta de 15 000 ejemplares.